
STAR WARS
SKYEWALKERS
ABEL G. PEÑA

Obi-Wan Kenobi, Anakin Skywalker y Halagad Ventor viajan al remoto planeta Skye, y se alían con los nativos s'kytri para enfrentar a un científico separatista y temibles sus creaciones.



SkyeWalkers

Una historia de las Guerras Clon

Abel G. Peña





LEYENDAS

Esta historia forma parte de la continuidad de Leyendas.

Título original: *SkyeWalkers: A Clone Wars Story*

Autor: Abel G. Peña

Arte de portada: David Rabbitte

Publicado originalmente en *StarWars.com*. Había sido planeada para *Hypespace*, pero esa sección fue cancelada, lo que demoró algunos años su publicación.

Esta historia es un a precuela del cómic clásico de Marvel, *Star Wars Annual #1* (escrito por Chris Claremont e ilustrado por Mike Vosburg).

Publicación del original: 2015

22 años antes de la batalla de Yavin

Traducción: CiscoMT

Revisión: (sin revisar)

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.0

18.03.18

Base LSW v2.21

Declaración

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

Agradecimientos

Un especial agradecimiento a Michael Kogge y a Rich Handley por las horas de discusión y perspectiva incalculable; a Jean-François Boivin y a John Hazlett por ir más allá de la llamada del deber, una y otra vez; a Ji Cervantes y a Cynthia Furey por su visión y devoción; a Chas LiBretto y a Paul Urquhart por la asistencia de investigación fundamental; a Pablo Hidalgo por darme esta oportunidad y, finalmente, a George Lucas por crear una fantasía tan cautivadora, y a las décadas de contribuyentes de Star Wars que la han evolucionado en otra realidad.

Y especialmente a Suzi.

Esta historia está dedicada a los fans… siempre.

Los eventos de esta historia ocurren entre las películas *El Ataque de los Clones y Las Guerras Clon*.

PRELUDIO

Conforme un humo acre llena sus pulmones, la terriblemente lisiada Capitana Brisha Shard de la república acepta que no hay salvación para su nave. Con su siguiente respiración torturada, acepta que no hay salvación para su vida. Ella se lame los labios: tamizado de hierro de la sangre. Y conforme sus ojos bronceados saltan sobre los cuerpos mermados desperdigados por su puente en llamas, cada uno de ellos compartiendo esa cara almizcleña, sinónima… ella lamenta su perfecta falta de remordimientos.

Clones, piensa ella. *¿Por qué no me puede importar un carajo?*

La Capitana Shard *sabe* por qué. Cada clon muerto no es uno de sus niños deltron. Alarik. Bellen. Viqi. Si no fuera por esos droides de carne, su hijo e hijas serían los que habrían sido arrastrados a morir en esta guerra.

Durante un pálpito, la oficial de piel dorada respira con más facilidad.

La «misión piadosa» de Shard de entregar comida y auxilio a Marat V, golpeado por la peste, ha fracasado aparentemente. Su nave ha caído víctima de una emboscada orbital, transformando el *Golandras* de una fragata médica a una estrella moribunda.

Minas ocultas, supone ella. *Debería haberlo esperado.*

La Capitana Shard *debería* haberlo esperado. Pero incluso mientras la vergüenza consume su mente como la podredumbre de un gusano cerebral, la mujer se tranquiliza. Aún puede salvar la misión.

Al precio de su propio pellejo, el *Golandras* ha abierto un camino a través del campo de minas invisible… y su precioso cargamento está cargado.

Las explosiones puntean la nave marcada de agujeros, corriendo hacia el puente, mientras Shard desliza su inútil torso sobre cuerpos de soldados clon chamuscados hasta su silla de mando y golpea la consola de control… disparando dos de las vainas de escape cargadas con esos bienes perecederos que son *desesperadamente* necesarios por los habitantes del planeta abajo.

La Capitana Shard quiere sonreír.

Eso, sin embargo, es un privilegio reservado para los vivos: mujeres, niños y clones por igual.

Comprometedor, ella sangra en su lugar.

Y conforme la última explosión engolfa el puente, destrozando los tecnicismos compuestos que constituyen a una capitana de la República… Brisha Shard se marcha.

I. HERMANOS DE SANGRE

Maestro y comandantes,

El cobarde terrorista Zeta Magnus, alias «Saturna el Garu,» «K'am'ir Zaarin» y «Eon Null,» ha esclavizado a los S'Kytri de Marat V y se ha proclamado a sí mismo su gobernador. El DIS[1] *cree que este tirano maestro de la genética no es sólo el perro akk del Conde Dooku responsable de los recientes brotes de ácaros de piedra, sino también el maníaco homicida tras las criptas de metástasis de carbonita de Anaxes y el descenso de la flota Katana hasta una demencia a escala global.*

El Canciller Palpatine exige la aprehensión de este cobarde, ileso, para que pase por juicio, negando a Dooku cualquier alimento para su propaganda. Pero sean —[codificado]— su afectación por el obsoleto guardarropa real de Onderon Centinelas Magi, fuertemente creo que Magnus podría ser uno de los arquitectos de la Revolución Arkaniana. Específicamente, el clon primario de esas sabandijas asesinas, los Odiadores Heurísticos Transgénicos Acelerados.

La Capitana Sharp de la fragata MedStar Golandras y una unidad de élite recién salida de Kamino se reunirán con ustedes en el borde del sistema Marat —[codificado]— una «misión piadosa.» Deberían, por lo tanto, aterrizar sin impedimento.

Una última advertencia. He sido testigo, de primera mano, de los horribles apetitos sin prejuicios de los Odiadores digiriendo incluso aleaciones «indestructibles» de diamantes hasta quimo… por no hablar de la simple carne humana.

Escudriñen los archivos de datos adjuntos… sin piedad.

Que la Fuerza —[codificado]

—Mace Windu del Alto Consejo Jedi
Holotransmisión pre-misión,
archivos de datos corruptos no adjuntos

***

Conforme el *Golandras* se convertía en nova en el espacio local de Marat V, sus vainas de escape rastrillaban fuego por el cielo como estrellas fugaces gemelas.

Trozos de metal retorcido, sobrecalentado, volaban desde los navíos ardientes mientras caían hacia el planeta para un beso balístico fatal. Las cápsulas chocaron lado a lado en la base de una montaña, eructando hacia delante una catarata de peñascos, restos de alienígenas fosilizados y polvo. Y casi tan rápidamente, la avalancha precipitada por el impacto se movió para enterrar su reciente e invisible cicatriz geológica.

Imposiblemente, las vainas ovaladas humeantes parecían intactas, si acaso fuertemente aplastadas, en su enorme cráter. Pero no hacía falta decirlo: sus contenidos «perecederos» salva-vidas, *ciertamente* víctimas de licuefacción compresiva.

[1] DIS (Despacho de Inteligencia del Senado)

Entonces, tres astas de luz brillante —azul y verde y azul— apuñalaron desde los restos como las lenguas inquisitivas de las cobras gallianas saliendo del huevo. Aún así, la velocidad y la precisión con la que esos instrumentos mortíferos tallaron una ventana de cada cascarón de duracero proclamaban un trío de criaturas mucho más peligrosas.

En un parpadeo, las lanzas de luz desaparecieron, dejando sólo los perfiles de dos figuras geométricas: círculo, cuadrado. Las puertas improvisadas y los escombros que obstruían fueron entonces lanzados hacia fuera por alguna causa invisible, una espuma perlada babeando a su paso.

—¡*Maldición*! —Dijo una figura con barba, golpeando su puño contra el exterior de su vaina—. ¡Esto es por lo que *odio* volar!

—Empieza a sonar como Trespeó, Maestro, —dijo un hombre más joven, saliendo de su propio módulo de vaina salvavidas empapado de espuma—. ¿Está bien?

—*Bien*, Anakin… mejor que Shard y su tripulación. —El General Kenobi encogió los ojos hacia el cielo ante los restos en expansión de la fragata MedStar, aún astillándose en feroces piezas al entrar en la atmósfera.

Anakin se quitó el residuo sintético de su túnica mientras su maestro pasaba unas manos calmantes de delante hacia atrás sobre su cabeza… escurriendo su peinado al estilo de casco. El Padawan pretendió no percatarse mientras Kenobi saltaba al suelo, resbalándose ligeramente en las rocas cubiertas de espuma.

—Podría haber sido peor… —El tercer Jedi, de hombros anchos, agarró la mano ofrecida por Anakin y salió de su cápsula. Entonces, casi inmediatamente, se dobló y vació su estómago en el planeta.

—¿Comandante Ventor? —inquirió Kenobi.

—Le dije a Hal que no tomara esa galleta de bantha de desayuno, —dijo Anakin.

—Corta el rollo, Ani, —respondió Halaga Ventor de mala gana—. Un poco de mareo espacial. Estoy… estupendamente, General.

—Eso supuse, —murmuró Kenobi—. Pero no veo cómo las cosas podrían ir mucho peor.

—Al menos no nos hemos desintegrado, —sugirió Anakin.

Kenobi gruñó.

—Eso es *una* forma de verlo.

—Yo me siento kriffidamente *Clase-D'ado*, —dijo Halagad entre resoplos y escupitajos de porquería.

La desintegración de *Clase-D*… también conocida como aniquilación *transcendental*. La invención de una tecnología disruptora «absoluta,» por parte de los misteriosos fatalistas de Plootark IX, introdujo una forma de muerte pura tan única en su atrocidad que la ciencia alienígena había sido prohibida en toda la galaxia. Creyendo que ataca a los midiclorianos, la materia por lo tanto atómicamente erradicada se decía que desaparecía incluso de la detección en la Fuerza… la afronta a la vida definitiva.

—Lenguaje, Comandante, —dijo el General Kenobi.

—Nuestros Tarks lo lograron, Maestro, —confirmó Anakin—. ¿Qué hay de los suyos?

—Con esa armadura pesada de Katarn suya, es un milagro que la montaña no sea la que esté dando gracias.

Halagad observó mientras, goteando espuma, cuatro enormes cosas robóticas, dos en cada vaina salvavidas, salían de los transportes destrozados. El sol brillante resplandecía en su armadura corporal plateada como un tanque y en los visores azules en forma de T de sus cascos. Armados con granadas, garrotes, vibroespadas de guantelete, lanzallamas y sus típicos rifles bláster intercambiables DC-17m descomunales, parecían más el modelo más reciente y mortal de droide asesino que hombres.

Comandos clon. RC-1570, RC-1571, RC-1572, RC-1573: Nilo, Xoni, Quo y Kupe.

La respuesta grandilocuente del Gran Ejército de la República a las operaciones encubiertas.

—Capitán Nilo, —dijo Kenobi—. ¿Cuál es la condición de sus hombres?

—Óptima, señor, —respondió el líder de la unidad, su hombrera negra mostraba modestamente la única distinción entre él mismo y los otros comandos.

El propio general recientemente había aceptado llevar armadura, clamando hacerlo para generar una mejor relación con los soldados del GER. Pero Halagad sospechaba que su maestro obtenía más de una modesta excitación al vestirse como los Caballeros Jedi lo habían hecho en las antiguas guerras con la Orden de la Mirada Terrible y la Hermandad de la Oscuridad. Mientras que el General Kenobi se había puesto un equipo completo de combate clon en previas batallas, el general Jedi ahora llevaba una versión más funcional, consistiendo en una placa pectoral sobre su túnica y protecciones para los brazos y piernas.

Pero Halagad había preferido el ejemplo inicial de Kenobi. El fornido aprendiz Padawan llevaba una túnica Jedi tradicional y una capa sobre la prístina armadura de soldado clon que le cubría de cuello a pies. Además, un medallón dorado colgaba de una fina cadena alrededor de su cuello, claqueteando no tan silenciosamente sobre su placa pectoral de plastoide con cada paso.

De hecho, del equipo de siete hombres, sólo *uno* no llevaba ninguna armadura.

A no ser que contaras su ego.

—¡Escuadrón Tark! —dijo Anakin, las manos agarradas tras su espalda.

Los comandos se colocaron en atención.

—¡Comandante, señor!

—¡Establezcan un perímetro y habiliten las comunicaciones de corto alcance!

Sin la más leve vacilación, los clones obedecieron.

—*Recuerda* Anakin, —le amonestó Kenobi—. Pese a su apariencia, *no* son droides.

Era una reprimenda predecible del general. Pero Halagad detectó la perturbación de Kenobi acerca de la destrozada fragata médica sangrando a través de ella.

—Si usted lo dice, Maestro, —dijo Anakin—. Pero pensé que estas unidades de Kamino se suponía que recibieran todas las órdenes sin cuestionarlas.

—Eso no significa que no puedan llegar a *ofenderse* por ti.

—Esos clones en particular, —observó Halagad—, parecen mucho más… sosos.

—Son comandos, —explicó Anakin—. Diferente estirpe que los soldados normales.

—Aprendí eso de ellos antes de abandonar la nave, —dijo Halagad—. *Eso* y que sus nombres son «Cero,» «Uno,» «Dos» y «Tres» en thyrsiano.

Anakin resopló.

—Déjame adivinar. ¿«Tark» significa «Cuatro»?

El humor serio del General Kenobi pareció ceder al fin mientras su labio se contorsionaba en un cuarto de sonrisa.

—Los kaminoanos *sí* que dijeron que consideraron a un Guardia del Sol de Thyrsus como un donante primario para el GER, —dijo él—. El Escuadrón Tark debe haber sido entrenado en thyrsiano: los genes de Jango, sólo que sin sus modales.

El general lo sabría. Tuvo la fortuna de pelear con el donante primario Mandaloriano del Gran Ejército. Todos los soldados clon crecieron del patrón genético del cazarrecompensas Jango Fett, aunque estos nuevos comandos pasaron por un entrenamiento único por parte de varios mercenarios especialmente reclutados.

—En cualquier caso, —insistió Anakin—, esos clones parecen obedientes.

—Sí, —dijo Kenobi—. Al contrario que algunos Padawans.

Halagad y Anakin miraron ambos mientras el general Jedi inhalaba profundamente una bocanada del aire de la montaña rico en oxígeno del planeta, dejaba salir un suspiro de satisfacción, y alcanzaba una de las vainas de escape.

Los Padawans se volvieron el uno hacia el otro.

—Estaba hablando de ti, —dijeron.

***

—Mira, Hal… —dijo Anakin—. Eso es por lo que juré no *tener* nunca un Padawan.

—No podrías aguantar a alguien tan malo como tú, supongo.

—Yo conozco mis límites.

—Yo estaba hablando de los míos. —Con las manos en las caderas, Halagad hizo una supervisión lenta de tres-sesenta del infinito paisaje, silbando suavemente—. Legiones de Xendor… Así que esto es Marat Cinco.

—Con suerte el Maestro Windu hizo eso bien.

Anakin asimiló las colosales montañas contra el fondo de un firmamento melifluo protegiendo el planeta y tambaleándose bajo sus propias gravedades.

—Esas formaciones son absolutamente increíbles, —dijo Halagad—. Nosotros teníamos las montañas Triplehorn rodeando el Palacio Real Aldera. Pero nada como esto.

—Sé lo que quieres decir. Me recuerda a las carreras de vainas sobre la Meseta de Ben en mi hogar. —Un guiño cayó sobre el ojo de Anakin—. Apuesto a que podrían hacer una pista de carreras alucinante a través de aquí.

—*¡Muy improbable!* —Intercedió Obi-Wan desde su vaina de escape—. *¡Dado que las carreras de vainas siguen siendo muy ilegales!*

—Qué mal que eso sea casi *todo* lo que sabemos de este lugar, —dijo Halagad. Los Padawans observaron a su maestro volver con algo en la mano.

—Aquí, —dijo Obi-Wan—. Logré rescatar estas de las vainas. —Él le dio a cada uno un par de células de energía—. Y nosotros tenemos nuestro mandato, Comandante Vento. *Eso* debería ser suficiente.

—Zeta Magnus, —siseó Halagad—. Él está ahí fuera… en alguna parte en esas montañas.

Anakin le dio un golpecito al sable láser en su cintura con unos dedos dorados, prostéticos.

—No por mucho tiempo.

—*Vivo*, Anakin, —le recordó su maestro.

—¿Cómo te *está* funcionando ese sable láser, Ani? —preguntó Halagad.

Anakin desancló el arma Jedi de su cinturón y la encendió. Una hoja verde vívida resplandeció en la existencia.

—¿Esta cosa? —Dijo él, dándole a la zumbante espada láser un profuso vistazo—. Me recuerda a mi primer sable láser.

—El de Qui-Gon Jinn, —dijo Obi-Wan.

Halagad sonrió.

—Exactamente, —dijo Anakin—. …Sólo que no es ni de cerca tan bueno. Lo admito, me gusta el acabado negro, y tendré que tener en mente este velo emisor en una pieza y el anillo estabilizador magnético. Pero, ¿puedes creer que este sable láser ni siquiera viene con un ajustador de la longitud de la hoja? Supongo que eso está bien si no terminas, digamos, huyendo por tu vida de seguidores fanáticos de la Iglesia de la Primera Frecuencia…

Halagad se aclaró la garganta incómodamente.

—El pastor de nerfs que fabricara esta cosa apenas tenía idea, —concluyó Anakin, dándole a su muñeca un giro rasgador antes de desactivar el arma—. Pero ahora que he hecho algunas modificaciones especiales, es al menos… aceptable.

—Bueno, Bordero, sé exactamente a lo que te refieres, —dijo Halagad, desanclando el sable láser de su propia cadera y escupiendo un vibrante rayo azul—. Quiero decir, me gusta el sellado de la estela de vapor, ¿pero sabes que el cerebro de láser que construyó *este* usó una puerta de energía defectuosa en la cámara de energía del cristal?

—¡¿Qué?!

—Lo sé, yo tampoco podía creerlo. Es como si tuviera dos tentáculos izquierdos. Tuve que reemplazar los circuitos de modulación de energía y recalibrar el cristal focal *tres* veces justo para que funcionara bien.

—Es un sable láser nuevo, —gruñó Anakin.

—Supongo que eso es lo que pasa cuando alguien construye uno de estos en sólo dos días.

—Sólo *un* día, —le corrigió Anakin.

—Exactamente lo que quería decir.

—Déjame ver ese…

—Bueno, está arreglado ahora, —dijo Halagad, tirando del sable láser fuera del alcance de Anakin.

Anakin y Halagad recientemente habían participado de un antiguo ritual conocido como la Concordancia de la Fidelidad. Era un vínculo sagrado en el cual dos Jedi tomaban un juramento de aprendizaje recíproco e intercambiaban sables láser como un símbolo de confianza mutua y entrega. La ceremonia sólo se practicaba con poca frecuencia y casi exclusivamente lo hacían los Maestros Jedi… el consenso generan acerca de dos aprendices tomando el juramento siendo el de el ciego guiando al ciego.

Aún así, Anakin y Halagad, ambos uniéndose a la Orden Jedi a edades relativamente avanzadas, estaban lejos de ser Padawans tradicionales. Se habían conocido en el enrevesado resultado del proyecto de Vuelo de Expansión: una expedición extragaláctica que había ido terriblemente mal. El Senado Galáctico había colocado a la Caballero Jedi testaruda Everen Ettene y a su Padawan Halagad al mando de una investigación agresiva, incluyendo la involucración de Anakin y Obi-Wan en el asunto.

Una hermandad improbable se había desarrollado con los años desde esa presentación poco amistosa, y con el consentimiento a regañadientes de Obi-Wan, el Concordancia permitió a los Padawans evadir el protocolo antiguo de la Orden Jedi de un maestro para un aprendiz. Para Anakin, tomar el juramento había tenido mucho sentido. Después de Virgillia 7, Halagad necesitaba un maestro y, después de Geonosis, Anakin necesitaba… a *alguien*.

Alguien para hablarle de su madre.

De Padmé.

—Señores, —informó el Capitán Nilo desde el borde del cráter arriba—, formas de vida aproximándose desde el noreste.

—Yo no percibo nada, —dijo Halagad.

—Ninguna respuesta a nuestra petición de identificación.

—Aguarde, Capitán. Ese es nuestro contacto, —dijo Obi-Wan. Él se volvió hacia Halagad—. La sensibilidad no es tu fuerte, Comandante.

—Eso duele, General.

—Trata de formar a dos Padawans alguna vez.

Con los archivos de datos de Marat V corrompidos, Anakin no tenía ni idea de qué esperar de un comité de bienvenida. Pero conforme los comandos clon se alineaban por el borde del cráter tras los Jedi, vio a seis humanoides volando hacia ellos sobre unas gigantescas alas membranosas. Los voladores llegaron en dos tonalidades distintas. Los tres seres más pequeños, con un suave tinte aguamarina en su carne, parecían mujeres, mientras que los tres grandes, con una piel cerúlea no muy distinta a la leche de Bantha, hombres. Unos ondulados mechones de pelo de diversos tonos plateado, naranja y

amarillo coronaban sus cabezas por lo demás calvas. Los hombres y dos de las mujeres llevaban armas como lanzas, y todos ellos llevaban poca ropa, escasamente por modestia.

—Arrastre de viento, —susurró Halagad.

Aunque compartían una ligera similitud a las diminutas alas de un toydariano, las majestuosas alas de los S’kytri no eran para nada como el aleteo hiperkinético del antiguo amo de esclavos Anakin. Tanto si era sólo por nervios o por vestigios de algún instinto primario, Anakin no pudo evitar una sensación de profunda inquietud conforme las siluetas gargolescas se acercaban como murciélagos de las arenas cazando, sus alas golpeando desconcertantemente desincronizadas. De niño, había oído la historia de los viajeros de unos ángeles en el espacio profundo. Pero recordaba ahora que los demonios, también, eran una parte de la leyenda.

Las alas se batían mientras el comité S’kytri descendía hacia el borde del cráter opuesto a los clones con rifles. Eran una especie atractiva, casi humana, los irises de sus ojos a juego con el tono respectivo de sus cuerpos. Casi de dos metros de altura, los musculados hombres y mujeres igualaban a Anakin y Halagad en altura, aunque sus alas arqueadas se alzaban casi otro medio metro por encima de eso. Extrañamente, aunque las orejas de los hombres parecían análogas a las humanas, la parte superior de las de las mujeres se reducía dinámicamente en puntas, unos anillos dorados decoraban los lóbulos y los vértices por igual. Su fornido líder llevaba un bastón con un gancho plateado, mientras que su guardia de honor llevaba lanzas ceremoniales con punta de aurodium y caras ilegibles.

Un miembro de su comitiva, sin embargo, resaltaba fácilmente. Alzándose hasta la altura del hombro del líder había una joven no mayor de trece años estándar, llevando sólo un saco.

—¡Extranjeros! —Bramó el líder de pelo ámbar—. Yo soy Klarymére, Señor de los Clanes de Tierras Altas y Patriarca de *Skye*… lo que su República llama Marat Cinco. Les agradezco que acudan a mi llamada de ayuda.

Desde abajo, Obi-Wan se inclinó ligeramente, con Anakin y Halagad haciendo lo mismo.

—Yo soy Obi-Wan Kenobi, General de la República y Caballero Jedi. Estos son los Comandantes Jedi Halagad Ventor y Anakin Skywalker y los comandos clon del Escuadrón Tark.

Casi como uno, todos esos ojos s’kytri azules y verdes se fijaron únicamente en Anakin, estudiando al Padawan como a una presa fresca.

—Yo… —Anakin tragó saliva—. Nosotros, eh… no anticipamos a un heraldo tan estimado, mi señor.

Los ojos astutos del patriarca permanecieron en él un momento o dos más… luego, casi sin importancia, se movieron hacia Obi-Wan.

—La estima no está garantizada, Jedi. Sus sacrificios son lo suficientemente corteses. Fuimos testigos de la destrucción de su fragata de la República.

—Sí… —dijo Obi-Wan—. Junto con las vidas de la tripulación, me temo que las provisiones destinadas a su gente fueron destruidas.

La voz profunda del patriarca se hundió perceptiblemente.

—¿El antídoto?

—Una prórroga mientras el Dr. Boll y el Ministerio de Ciencia finalizan la cura real, —explicó el general—. Pero se ha perdido igualmente.

Disciplinados como eran los centinelas, las alas de varios parecieron sacudirse sutilmente ante las malas noticias. Pero no en su gobernador.

—Eso temía, —admitió Klarymére—. Pero eso es por lo que he venido personalmente. Mi gente es una raza escéptica y orgullosa, General Kenobi. Se requirió de una coacción considerable para persuadirles a aceptar la ayuda de la República. Sin sus provisiones y medicinas prometidas, convencerles de aceptar ayuda de caminantes será aún más difícil.

—¿Caminantes? —se hizo eco Anakin.

—*Caminantes*, —repitió Klarymére. En el parpadeo de un ojo, el patriarca alienígena extendió sus enormes alas en su completa envergadura—. ¿Puedes volar, chico?

Anakin se permitió sonreír.

—Dicen que soy el mejor piloto estelar de la galaxia. Mi señor.

—Sí, —dijo Klarymére, plegando sus alas y mirando más allá del joven Jedi a las dos vainas de escape destrozadas y desguazadas—. Estoy seguro.

La pequeña s'kytri tensó una risa. Anakin enrojeció.

—Esa ha sido buena, Ani.

—Cállate, Hal.

—Mi gente también recela de sus clones, dada la devoción del Gran Tirano Zeta Magnus a esa disciplina experimental. —Klarymére ahorró a los soldados una mirada—. Sólo juntos podemos satisfacerles de que su llegada es fortuita.

—Nuestro mandato le da nuestra completa cooperación, —dijo Obi-Wan—. La República desea neutralizar a Magnus tanto como ustedes.

—Eso es improbable. A no ser que hayan sido testigos de manadas de su gente muriendo de hambre y siendo transfigurados en abominaciones de la naturaleza.

—Acepto su punto, Patriarca.

—Sólo hay una cosa más. —Todos los ojos se volvieron a la joven al lado de Klarymére ya que ahora ella habló por primera vez. Ella sacó su saco, abriéndolo expectantemente—. Tendrán que entregar sus armas.

Anakin intercambió una mirada con Halagad, sus manos yendo instintivamente a sus sables láser. Los comandos clon permaneciendo estoicos.

—Presten atención a las palabras de mi hija Kharys. Es nuestra ley, —dijo el patriarca—. Nuestra gente recibe una tenue visión de la guerra, permitiendo armas sólo bajo las circunstancias más restringidas.

Como esperando la señal, los centinelas a cada lado del padre y la hija inclinaron sus picas hacia los Jedi.

Obi-Wan aún no se había movido… ni probablemente parpadeado. Pero lanzando una mirada sobre su hombro a los Padawans y luego de vuelta a Klarymére, el general Jedi al fin movió su mano hacia su propia arma.

—Por supuesto, —dijo él.

Desanclando su sable láser, lo lanzó hacia arriba. Los guardias s'kytri se tensaron. Pero Klarymére los tranquilizó con un siseo, atrapando el cilindro con su mano libre. Él lo dejó caer de forma poco ceremoniosa en el saco de Kharys.

El centinela de pecho hinchado junto a Klarymére ronroneó algo, y el patriarca respondió calmándolo en su lengua nativa.

Ahora era el turno de Anakin y Halagad. Conscientes del revuelo que había provocado Obi-Wan, simplemente alzaron las empuñaduras de sus espadas por encima de sus cabezas.

Klarymére asintió hacia el guardia con el que había estado hablando.

—Aragh.

El guardia Aragh volvió su lanza y la clavó en el suelo antes de planear hacia el cráter. Cogió hábilmente los sables de las manos extendidas de los Padawans y se inclinó hacia el cielo. El hombre de piel azul permaneció un par de segundos, inspeccionando las exóticas armas, antes de volverse a deslizar hacia abajo.

Frunciendo el ceño en casi disgusto, Aragh le dio las armas Jedi a Kharys. Entonces dirigió esa misma mirada dura a los clones armados, cantando algo duro.

Anakin no hablaba s'kytrico, pero entendió el significado.

—Hombres, vacíen sus Decés.

En un movimiento fluido, Nilo y su escuadrón quitaron los tambores de sus rifles y los lanzaron en las manos en espera de los Padawans abajo. Una centinela de pelo naranja, Herana, si Anakin había analizado la lengua de los alienígenas correctamente, atrapó la munición en el momento.

Aragh continuó mirando a los comandos cuidadosamente.

—Sus soldados son como armas vivas, —dijo él—. Tendrán que quitarse la armadura o entregarse a nuestras mazmorras.

Anakin se preguntaba si una especie medio desnuda se lo pensaba siquiera dos veces antes de pedir a unos soldados que se quedaran en sinte-calzoncillos. También pensó que era irónico que los comandos fueran los que eran considerados armas vivas.

Él se volvió hacia los clones.

—¿Capitán?

—Mantendremos la armadura, Comandante, —dijo Nilo.

Anakin miró a su maestro para confirmación mientras Obi-Wan asentía.

—Lo mismo haría yo, —dijo Anakin—. Tarks, échennos una mano. —Los comandos les ayudaron a él y a Halagad a salir de la cavidad—. Ahora, denme sus esposas.

Nilo, Xoni, Quo y Kupe llevaron a cabo su orden prácticamente simultáneamente. Estaban empezando a gustarle *realmente* estas unidades de comando. Anakin le dio un

par de esposas a Halagad, y los clones esperaron pacientemente mientras los aprendices de Jedi les esposaban.

—Mi señor, —dijo Anakin—. Como muestra de nuestra buena voluntad, sometemos al Escuadrón Tark a su cuidado.

Klarymére estaba aparentemente satisfecho.

—Muy bien. Síganme.

Una vez que Anakin y Halagan ayudaron a Obi-Wan a salir del pozo, el cuarteto de centinelas s'kytri rodeó a los Jedi y los clones. Halagad cándidamente estudió a la más cercana, la del pelo llameado. Ella no flaqueó.

—Bueno, —le dijo Anakin mientras marchaban—. Ya hemos perdido el sable láser del otro. ¿Significa eso que ya no somos amigos?

—Depende de si los recuperamos.

—Intentaré no dejar que tu falta de fe me perturbe.

—La única cosa perturbadora aquí es lo grande que se ha vuelto tu cabeza desde que te conocí.

—Al menos *esta* cabeza no está perdiendo pelo, anciano.

Halagad pasó una mano a través de su corto pelo negro como el alquitrán hasta su trenza de Padawan.

—Claro… tu pelo no está retrocediendo. Bordero. Sólo tu brazo. —Él apuntó a la extremidad prostética de Anakin—. He oído que empeora con el paso de los años, ya sabes.

—En ese caso, tendré que fundir tu medallón para tener partes de repuesto.

—¿Envidioso, Ani? —Halagad le dio una rápida mirada al medallón colgando de su pecho—. Ya sabes, el *Canciller Supremo* me dio esto. ¿No te dieron una a ti? Cierto, cierto… Palpatine sólo nos ha dado una a *mí* y al Maestro C'baoth.

—Pensé que no te gustaban los políticos, pastor de nerfs.

—Los políticos, no. Las medallas brillantes, sí.

—¿Y el Senador Organa?

—Prestor no cuenta.

Anakin sacudió la cabeza.

—Te queda bien la hipocresía, ¿lo sabías?

Halagad asintió sabiamente.

—A nosotros los medallistas nos gusta pensar eso.

***

Unos rascacielos naturales, piramidales, de kilómetros de altura, los empequeñecían mientras viajaban a través del angosto desfiladero de la montaña bajo el sol ardiente de Skye. Por encima de sus cabezas, un guardia s'kytri de piel pastel mantenía la vigilia, mientras el resto caminaba con seriedad, con los pies engarrados arañando el suelo, a cada lado de una columna compuesta por Anakin, Halagad y los Tarks. Liderando la

manada, Lord Klaryrnére y su hija adolescente caminaban junto a Obi-Wan. Las miradas periódicas de la chica hacia atrás, exageradas por tener que mirar alrededor de sus propias alas, sugerían preocupación por ser seguidos.

Y amontonados en el camino, como cientos de mojones inútiles, estaban los cuerpos.

Al principio sólo había uno o dos: un cuerpo demacrado azul o verde, aquí y allí, apareciendo inesperadamente por el pasillo, la boca abierta horriblemente, como si aún anticipara el sustento que nunca vendría. Ignorados por Klaryrnére, Obi-Wan, también, inicialmente pasó esos en silencio.

Pero entonces, como el camino a la maldición Stalbringion, manadas de macilentos s'kytri empezaron a pavimentar el camino ante ellos. Cascarones sin vida se apilaban los unos sobre los otros, la piel estirada tensamente sobre las costillas, las alas marchitas como hojas muertas, el músculo catabolizado por la hambruna. Los hombres y mujeres se podrían bajo los rayos abrasadores de Marat Prime como si un sarpullido negro sobre su piel pareciera devorarlos pedazo a pedazo. El hedor era del todo intolerable.

—Por la Eterna… —exclamó Obi-Wan—. ¿Qué les ha pasado a esas patéticas formas de vida?

—No los toque, —le advirtió Klaryrnére—. Aunque sucumbieron al hambre para escapar de él, el mutágeno del Gran Tirano ahora los consume en la muerte.

—Si no le importa que lo diga, Lord Klaryrnére, —observó Obi-Wan—, usted y *su* comitiva parecen sorprendentemente sanos.

—Por supuesto. Es la carga del patriarca ser el símbolo de Skye, General. Mientras yo y los míos estemos fuertes, la esperanza galvaniza a nuestra gente para frustrar a Zeta Magnus y a sus Claneros Extranjeros enfermos.

—Por supuesto, —Obi-Wan cambió de táctica—. ¿El Clan Extranjero de Skye está en rebelión, entonces?

—Sí y no, —dijo el patriarca—. El Clan Extranjero alcanza un tercio de nuestro número, consistiendo en aquellos s'kytri que abrazan la vida como caminantes y rechazan el credo de los Celestiales. Mientras que esos aberrantes de pigmentación reversa no son destruidos al salir del huevo.

—¿Disculpe?

—Mutantes, Maestro Jedi, —le ofreció su hija Kharys—. Carne-granates y naranjas.

—¿Y eso da pie a una sentencia de muerte para un recién nacido?

—En el pasado, era ley, —explicó Klaryrnére—. Ahora, es una elección que deben tomar las parejas s'kytri. Los padres generalmente ofrecen a un recién nacido desfigurado en sacrificio al Gran Viento en el Monte Krisklar antes que afligirlo con su existencia. La condescendencia por los inadaptados Extranjeros entre los Tierras altas y especialmente los Tierras bajas es vieja y profunda.

Obi-Wan hizo lo que pudo por no parecer aturullado.

—Un resentimiento mutuo parecería natural.

—Muy natural. Empleados, desde hace mucho tiempo, como los sirvientes no remunerados de los Tierras bajas, el Clan Extranjero se grabó un nicho granjeando las

tierras arables a lo largo de los eminentes picos de Skye. Ahora negociamos y dependemos de sus comestibles y les permitimos vivir desafiando a nuestras leyes sagradas. El sistema es imperfecto, pero pese a un par de incidentes aislados, hemos vivido en una relativa paz.

—Sin embargo, desde que Magnus llegó, —añadió su hija—, ha vuelto al Clan Extranjero en nuestra contra.

—Cortando su suministro de comida, —dijo Obi-Wan.

—*Nuestro* suministro de comida. El Magistrado en persona se dice que cena de la carne de los Extran…

—El parloteo de los polluelos, —le cortó Klarymére, extendiendo su lengua y cerrando sus dientes en una rápida sucesión, un gesto que Obi-Wan tomó como burlón.

—Si la Fuerza quiere, —dijo él—. ¿Cómo llegó Magnus aquí?

—¿De qué otra forma? Fue invitado, —dijo el patriarca—. Llegando en su nave estelar bizarra, prometió a los Extranjeros que podía aumentar la producción de sus granjas con unas técnicas científicas avanzadas. Incluso prometió una cura para sus pigmentaciones estigmatizantes. Sus ojos estaban cegados. Como recompensa, Magnus liberó su virus entre ellos, cambiándoles en sus vasallos deformes y corpulentos. El mismo destino que nos ha prometido a todos desde que se proclamara a sí mismo Magistrado de Skye y extendiera comunicaciones a los mundos exteriores.

—Sí, pero ¿por qué? —Obi-Wan se encontró a sí mismo hablando sin pensar—. No hay lógica en las acciones de Magnus aquí. Skye es una isla en el mismo límite de los Territorios del Borde Exterior.

—Puede que nuestro planeta no comparta la significancia codiciada que el Espacio Hutt tiene para la Confederación y la República, General, pero nosotros lo consideramos incalculable, a pesar de todo.

—No pretendía ofenderle, Patriarca. —El acceso a las carreteras hiperespaciales en el Borde Exterior de los Hutts se estaba convirtiendo ciertamente en un imperativo de guerra vital. Obi-Wan escogió sus siguientes palabras con cuidado—. El beneficio estratégico de Skye para los Separatistas meramente… no es obvio.

—Del mismo modo, yo sólo pretendía *evidenciar* lo obvio. Zeta Magnus puede que no esté aliado con los Separatistas. Y tan arbitrariamente como nosotros los s'kytri le otorgamos un valor incalculable a nuestro mundo, lo mismo puede hacer un loco genocida engendrado por Entyrmion.

Obi-Wan lo consideró mientras Klarymére se quedaba en silencio. La deferencia pragmática del patriarca a una realidad gobernada por lo aleatorio era un argumento tan viejo como el tiempo. Pero el general Jedi también sabía que era una deferencia primariamente arraigada en la desesperación. La esperanza —o la falta de ella— sabía Obi-Wan, ejercía una influencia manifiesta en el campo de energía que rodeaba a todas las cosas vivas.

Aún así, las acciones excéntricas de Magnus —esclavizar a un tercio de una población planetaria y colocarse a sí mismo como su rey inescrutable— simplemente no encajaban.

Obi-Wan, como todo Jedi, conocía el camino al lado oscuro. El miedo llevaba a la rabia, la rabia al odio, y el odio al sufrimiento.

Pero el terrorismo sabía que el primer enlace en esa cadena se forjaba por la *inseguridad*.

Captando el movimiento de cabeza nervioso de Kharys de nuevo, Obi-Wan miró atrás él mismo hacia sus dos aprendices, recordándole *un montón* que esta maldita guerra simplemente no encajaba.

Había momentos en los que Obi-Wan dudaba que hubiera siquiera escogido a un Padawan como Anakin si no hubiera insistido el Maestro Qui-Gon en ello con su último aliento. Obi-Wan nunca se arrepintió de la decisión, a pesar de ello. Pero ahora, gracias a Anakin, se encontraba con un *segundo* aprendiz… cada pedacito tan poco convencional como el primero.

Nada ocurre por accidente.

Alderaaniano de nacimiento, el fornido Halagad Ventor era cinco años mayor que Anakin, justo cercano a la edad que Obi-Wan había tenido en su último año de aprendizaje Jedi. Pero Ventor definitivamente compartía una afinidad mucho mayor con Anakin en cuanto a temperamento. Descarado, terco, confiado. No era de extrañar que se hubieran convertido rápidamente en amigos.

Perlas de krayt gemelas en una molleja de dragón.

Obi-Wan suspiró.

Justo antes del estallido de las guerras clon, durante una misión traicionera a la necrópolis Sith Korriban, Anakin experimentó una pelea decisiva con sus conocidos más cercanos del Templo Jedi: su mejor amigo, Tru Veld, y su rival ocasional, Ferus Olin. Alimentados con la temeridad del «Elegido», ambos Padawans desdeñaron a Anakin, con Ferus incluso abandonando la Orden Jedi. En el vacío había llegado Ventor.

Fue definitivamente el Maestro Jedi Ashka Boda, uno de los antiguos amigos de confianza de Qui-Gon, el que persuadió a Obi-Wan de aceptar al Comandante Ventor como un aprendiz temporal. Mientras Anakin estaba convaleciente por su duelo con el Conde Dooku en Geonosis, el Maestro Boda había hecho equipo con el Senador Organa y el pistolero Giles Durane para salvar a Ventor y a su maestro original de una misión desastrosa en Virgillia 7. Pero el maestro de Halagad nunca logró volver.

En Ventor, Anakin convenientemente encontró personificadas las cualidades críticas de ambos, Tru y Ferus: alguien que innatamente le entendía pero también le ponía a prueba.

Un hermano.

Y por eso, Obi-Wan estaba *muy* agradecido. Anakin se había vuelto considerablemente retraído desde la pérdida de su madre… y su brazo derecho. *Eres lo más cercano que tengo a un padre*, le había dicho una vez Anakin a su maestro. Pero

mientras que Obi-Wan hacía lo que podía por enfrentar esa demanda emocional, toda una vida como un Jedi le dejaba menos que equipado idealmente para la tarea. En los años desde la muerte de Qui-Gon —*desde la muerte de Siri*— Obi-Wan había quemado casi todo el apego de su ser. Como un buen Jedi.

Pero no Ventor.

El joven era tan atípico como podía ser un aprendiz. No en términos de apariencia, ya que sus casi dos metros de altura, constitución ancha, ojos marrones perforantes y el llamativo Medallón de Honor se aseguraban de que pareciera en cada pedacito el estereotipo heroico de un Caballero Jedi. Sin embargo, Ventor era un producto de la academia heterodoxa Almas, admitido en la Orden Jedi a la tierna edad de *diecisiete* años. Obi-Wan, que había vivido en el Templo Jedi toda su vida —que casi había sido *expulsado* del templo a los trece años— encontraba esa discrepancia incómoda.

Pero, se recordó a sí mismo, el camino prescrito para alguien no está delineado de la misma forma para todos. Anakin demostraba eso. Ventor ejemplificaba ese inconvenientemente embarazoso recordatorio emergiendo de la moderna práctica del Templo de reclutar estrictamente infantes, libres de apegos emocionales, para el entrenamiento Jedi. Como un sensible a la Fuerza latente, Ventor no había demostrado potencial Jedi hasta mucho más tarde en la vida y fue pasado por alto. Por qué su conteo de midiclorianos nunca fue probado seguía siendo un misterio. La única persona que podía responder a esa pregunta era el Centinela Jedi responsable del fallo en el protocolo, el Maestro Jorus C'baoth, muerto hacía ahora cinco años.

Y por lo tanto, en lugar de un desarrollo refugiado en el Templo Jedi, Halagad había tenido Okonomo.

Para el pacífico Alderaan, la Tragedia Okonomo había sido como una pesadilla de otro espacio, más allá casi de cualquier cálculo. Pero para Halagad, seguramente había sido algo mucho, mucho peor.

El entrenamiento Jedi de Ventor fue sin lugar a dudas ecléctico, pero Obi-Wan a menudo se había preguntado si estaba bien que los Jedi se llevaran a los niños de sus familias en primer lugar. De hecho, el entrenamiento tardío de Ventor igualaba al Camino Jedi practicado en los días pasados antes de las Antiguas Guerras Sith. Ese pensamiento ofrecía a Obi-Wan cierto consuelo… hasta que recordó que la caída al lado oscuro de otro Jedi Alderaaniano había sido la misma raíz de la Gran Guerra Sith.

Obi-Wan sacudió la cabeza.

Halagad y Anakin compartían un vínculo inherente que dos Jedi normales nunca podrían compartir: vivir la vida fuera de las reglas y restricciones de los Jedi. Temprano en su entrenamiento bajo Qui-Gon, Obi-Wan brevemente había renunciado a la Orden Jedi para luchar en la Guerra Civil Melida/Daan y, más tarde, había estado ese año horroroso que había pasado en Mandalore. Aunque Obi-Wan encontró su camino de vuelta al Templo Jedi en cada ocasión, las peligrosas experiencias le habían dado una pequeña pero potente prueba de una vida «normal», enseñándole las consecuencias, tanto

jocosas como dolorosas, del apego íntimo… los apegos que eran para Anakin y Halagad su segunda naturaleza.

Obi-Wan podía admitir que crecer lejos de la disciplina del Templo Jedi parecía un concepto casi imposible de imaginar para él, menos aún saberlo. Aún así, mientras observaba la facilidad espontanea de la charla de los dos Padawans, ese conocimiento sin esfuerzo y familiar que pasaba entre ellos, él también concedía que a parte de él le habría gustado hacerlo.

Obi-Wan levemente recordaba una visita a casa a su familia en Stewjon, no mucho después de unirse a la Orden Jedi. Vagamente recordaba a una madre… y a un padre.

Un hermano.

Había sido todo hacía tanto tiempo. Eran sólo imágenes fugaces. Sentimientos.

No toda la culpa la tenía el tiempo. Con los años, Obi-Wan se había preguntado a sí mismo si esa recolección borrosa era, de hecho un recuerdo real. O si, en su lugar, era algo más peculiar. Algún tipo de visión Jedi… una premonición del futuro.

O…

O simple anhelo.

Obi-Wan suspiró. Ya que, admitió, su descontento al tomar a Halagad como segundo alumno estaba concebiblemente arraigado en un sentimiento general, distintivamente no-Jedi…

Celos.

Aún tienes mucho que aprender, mi joven aprendiz.

Era la voz de Qui-Gon lo que escuchó Obi-Wan. Aún así, esas palabras insignificantes estaban estampadas en la memoria de cada antiguo aprendiz Jedi.

Obi-Wan se preguntaba si el Maestro Yoda, también, las oía aún ocasionalmente.

Volviendo al aquí y ahora, Obi-Wan se percató de Lord Klarymére frunciendo el ceño. Pero no era hacia él. Él siguió la mirada crítica del patriarca hacia su hija, sus ojos *aún* sujetos a algo tras ellos. Obi-Wan ahora rastreaba el hilo invisible de la mirada contagiosa de Kharys. Pero una vez más, la única cosa en la línea de visión de la chica parecía ser Anakin…

—*Ejem*, Lord Klarymére, —dijo Obi-Wan—. Dígame, ¿qué es este «Entyrmion» que mencionó antes?

Klarymére movió sus ojos desaprobadores hacia Obi-Wan.

—Es el submundo s'kytri, —dijo él.

—¿Un lugar de leyenda?

—Real, Maestro Jedi. Tan real como su lado oscuro de la fuerza.

—Por supuesto, —dijo Obi-Wan—. Por favor, cuénteme más.

***

Sus comandos clon responsablemente se resignaron a la celda de prisión a los pies de la colosal montaña. Entonces, Klarymére y su guardia de honor llevaron a los Jedi por un

hueco imposiblemente largo erosionado a través del centro de la montaña hasta un punto cerca de su cumbre. Halagad presionó sus dedos contra la pared alisada en su ascenso mientras el túnel se comprimió repentinamente en la angosta apertura hacia la capital de Skye.

Había medio esperado un lugar vivo de actividad, mientras atractivos cuerpos azules y verdes se movían afanosamente, charlando acerca de las kristermet recién peladas y la joyería anunciados en los mercados al aire libre, sorbiendo blorgs anélidos en las tiendas de víveres locales, y llegando y saliendo de las pistas en los salientes de la ciudad como aero-voladores arcaicos. En su lugar, la gloriosa Ciudad de la Gente Alada cargaba la inequívoca peste de Zeta Magnus.

Sus coloridos comederos y mercados estaban vacíos, los vientos de las elevadas alturas sacudiendo sin impedimentos a través de las carreteras abarrotadas de los espantosamente disecados fallecidos. En unos momentos, él captó las primeras señales de vida: un grupo de recién nacidos s'kytri malnutridos tirados contra un domicilio en forma de barril, cada extraña ala destrozada, cada barriga fraudulentamente hinchada. Sus ojos miraban descentrados con toda la sabiduría de la mortalidad mientras Klarymére escoltaba a los Jedi velozmente por el municipio muerto.

Cerca del límite de la ciudad, Halagad recibió otro shock aún. Más allá del lateral del risco, posada como un nido en el extremo de un paso de roca, flotaba una augusta cámara elíptica vertical.

—La Torre del Consejo S'kytri, —dijo Kharys.

Conforme admiraba el exótico edificio de color champán, Halagad no pudo evitar percatarse de la falta de barandillas en el puente que les conectaba a él.

Él se volvió burlonamente hacia Kharys.

—Nosotros les atraparemos si se caen, —clarificó ella.

Halagad asimiló una vista de la caída mareante, multi-kilométrica.

—Estás fundiendo mis fraggidas barras colectoras.

—No es ninguna broma, —dijo el guardia Aragh—. Los caminantes que desean dirigirse al Consejo Supremo deben transitar esta calzada abierta bajo su propio poder.

—Me gustaba más cuando sólo hablaba *su* lengua, —dijo Halagad, enfrentando la mirada desdeñosa del guardia—. Bueno entonces… —Él hizo un gesto hacia el camino delante galantemente para Anakin—. Lidera el camino. *Caminante*[2].

—Gustosamente, —dijo Anakin.

Kenobi puso una palma sobre el pecho de Anakin mientras el general salía confiadamente hacia la pasarela.

—*Yo* iré primero.

—No mire abajo, —le advirtió Halagad.

—Ya lo…

[2] Walker en el original.

Pero casi tan pronto como puso un pie en el puente, una poderosa corriente golpeó a Kenobi, sacudiéndole fuera de equilibrio. Él agarró por reflejo al patriarca, enderezándose.

—Ah, Lord Klarymére, —dijo el general, mirando abajo al golfo de nuevo—. Asumo que yo no soy *el* primero. Quiero decir, en cruzar *jamás* este puente.

Klarymére se tensó.

—No recibimos muchos visitantes.

—Ah.

El patriarca gorjeó y siseó en su lengua natal. Desde detrás de Kenobi, una guardia voló cual mariposa con sus apéndices coriáceos alrededor de él, encapullándole casi por completo en el interior.

—Les esperamos en el otro lado, Extranjeros, —dijo Klarymére. Entonces él y su hija se lanzaron al aire, volando sobre la cisma hasta la Torre del Consejo. Con una última sonrisa de superioridad hacia los discapacitados para volar, el criado Aragh les siguió.

Mientras tanto, golpeados por unas corrientes apaleantes, Kenobi, Anakin y Halagad cada uno se movía a paso de Hutt por la calzada, un centinela s'kytri aislante cuidadosamente siguiendo a cada Jedi. Encogiendo los ojos, Halagad miró entre las dos alas verdes carnosas, aleteando de la guarda Herana escudándole de los vendavales que les sacudían. El viento resonaba como truenos en sus oídos, haciéndoles perder el equilibrio. El único otro sonido que él podía oír era el de su armadura chirriando con cada paso peligroso.

Halagad recordó la historia del noble «Squib Jedi» que su padre le leía de joven, *Busteromuchmacho y el Arco hacia el Infinito*. En la historia, el guerrero roedor viajaba por un puente aparentemente infinito entre las estrellas, enfrentándose a un enemigo y obstáculo bizarro tras otro —una hechicera de Dathomir, un demonio de la Fuerza de afinidades amorales, un jugador de la vida y la muerte trans-dimensional— todo en su búsqueda del origen de la propia Fuerza.

Comparado con eso, pensó Halagad, *esto debería estar chupadísimo*.

Aún podía oír la voz de su padre, siempre empezando la historia del mismo modo:

Esta es la historia de un gran guerrero. Su nombre es Busteromuchmacho, o Buster para abreviar, y él es el Jedi más pequeño y el más valiente…

Delante de él, la situación de Anakin parecía incluso más precaria, sus túnicas Jedi ondeando salvajemente en las feroces corrientes.

—¡Ani! ¿Estás bien? —gritó Halagad por encima de los vientos. Cuando no obtuvo respuesta, añadió—, ¡Apuesto a que desearías llevar algo de armadura ahora!

—¿Qué? —dijo Anakin.

—He *dicho*…

—¿Qué? —gritó el General Kenobi.

—¡Halagad! —respondió Anakin.

—¿*Qué*? —contestó Halagad.

—Por favor… —dijo su escolta Herana, con cada vez más impaciencia—. Calme su lengua, antes de que se la arranque y alimente con ella a mis polluelos.

Antes de que pasara mucho tiempo, Halagad liberó el aliento que no se había dado cuenta que estaba conteniendo. Habían alcanzado el otro lado y la majestuosa Torre del Consejo. Él caminó hacia un suelo con aspecto de mármol, atravesado por hilos de escarlata y pulsando de vitalidad. La magnífica piedra subía hacia un techo abierto con unas vigas arqueadas intricadas talladas por masones de increíble habilidad. Los ojos de Halagad siguieron las filas de arcos hasta el otro extremo de la cámara y una mesa de conferencias con la forma de medio anillo. Allí estaban sentados los cuatro miembros de aspecto silíceo del Consejo Supremo S'kytri.

Y más allá había un portar abierto hacia una vista arrebatadora.

Tal y como Klarymére había explicado, los s'kytri eran una cultura de animistas, creyendo que en todas las cosas en su planeta moraba una esencia viva. Ahora Halagad entendía por qué. Como un mundo inmaculado atrapado en los cambios de la juventud evolucionaria, innumerables montañas bermejas se alzaban a todo su alrededor, sobresaliendo con una nobleza descarada. El panorama de dientes de sierra estaba intermitentemente hendido por profundos valles esmeralda que pronto desaparecían tras la subida de otro regio pico. Imitando las montañas con un aire de calculación juguetona, unas nubes incontrolables lenticulares salpicaban el cielo dorado, la severidad de los vientos de las elevadas alturas enfrentándolas en imitaciones de tortitas de desayuno apiladas. Y pese a esta visión, el Consejo Supremo recibía a sus invitados con todo el calor que era costumbre s'kytri.

—*Caminantes*, —escupió una consejera—. Me maravilla que hayan llegado tan lejos.

El General Kenobi dio un paso hacia delante.

—Miembros del Consejo Supremo…

—Se dirigirá únicamente a *mí*, Nebaél, como Portavoz del consejo, —dijo la mujer de carne color lima—. Y lo hará una vez haya dicho lo que tenga que decir.

El general ofreció una sonrisa educada, dando un paso hacia atrás.

—Como desee.

—Es debido a Extranjeros como *ustedes*… —empezó ella, deteniéndose para dar énfasis—, *caminantes* como ustedes, que nos encontramos en este mismo aprieto. ¡Nosotros, los *Celestiales*, forzados a abandonar nuestros consagrados cielos y nidos por miedo a la infección de la peste de Zeta Magnus! Vivir escondidos o, peor, vivir en el suelo como los bajos Clanes Extranjeros, en violación de todo lo que creemos. ¡A *diario* sufrimos saqueos por parte de los mutantes del Magistrado! Ustedes dicen que vienen a ayudar a los s'kytri, pero lo mismo dijo el Gran Tirano antes de erigir su ciudadela sobre nuestra sacrosanta Montaña Canaitith.

—¿Cómo sabemos que no vinieron aquí para robar nuestro heliotropo auto-curativo, como él? —Dijo Nebaél, haciendo un gesto hacia el interior de la cámara marmolesca—. Ustedes traen sus armas, su tecnología y sus abominables clones, profanando nuestro planeta con su propia presencia. ¡Aún así vienen sin las provisiones que su República

prometió! Patriarca, usted ha jurado fidelidad eterna a esos caminantes si pueden librarnos dl Gran Tirano de Skye. ¿Se da cuenta de qué peligrosa corriente es por la que lleva a su gente?

—No lo sé, Nebaél, —respondió Klarymére—. Pero diré de nuevo que si no aceptamos la asistencia de estos Extranjeros, la destrucción de Skye está asegurada. ¡Sean testigos de cómo nuestra adherencia servil a los viejos modos nos ha traicionado ya! ¡Los Extranjeros s'kytri moradores de tierra, a quienes nuestra política siempre ha favorecido con nuestro más seleccionado desdén, han sido lanzados a las alas del tirano y les han vuelto en nuestra contra! ¡Y mientras el contagio de Magnus nada libre en nuestras aguas, nuestras cosechas se marchitan en la nada bajo nuestra orgullosa ignorancia agrícola!

Un murmullo nervioso recorrió la cámara.

—¿Sugiere, —se aventuró un miembro del consejo—, que el Clan Extranjero está justificado en su traición?

—¡Habla fuera de turno, Habitante de las Tierras Bajas Thyswar! —dijo Nebaél.

—Lo que sugiero, estúpidos cabezotas, —dijo Klarymére—, es que alegremente juraría fidelidad a estos Caballeros Jedi si pueden ayudarnos a librarnos de este terrorista. ¿Qué bien nos hacen nuestras inflexibles leyes si resultan en nuestra extinción?

Halagad y su compañero Jedi miraron desde el otro extremo de la torre.

—Parece un desastre, —murmuró él.

—Estamos tratando de ayudar a esta gente, —dijo Anakin—. ¿Por qué no ven eso?

—Creo que puedo ayudar con eso, —dijo Kenobi—. Simplemente seguidme la corriente.

Abruptamente, el general se aproximó al círculo del consejo.

—¡Portavoz Nebaél! —bramó él. Inmediatamente, un trío de puntas de lanza ceremoniales se materializó a centímetros de su garganta.

—Definitivamente ha pillado el acento, —dijo Halagad.

—Es por eso por lo que le llaman el Negociador, —estuvo de acuerdo Anakin.

Nebaél hizo una señal a los guardias para que retiraran sus armas.

—Dejen hablar al caminante, —dijo ella.

—¡Portavoz Nebaél, —continuó Kenobi—, y miembros del Consejo Supremo! Yo soy el Caballero Jedi Obi-Wan del Clan Kenobi. Y les haría saber que entre mi gente, nosotros también tenemos una larga historia de tradiciones. Durante mil generaciones, unos tales como yo mismo o mis alumnos han sido los guardianes de la paz y la justicia en la República Galáctica.

—¡Pero durante este tiempo, hemos encontrado que a veces nuestras tradiciones deben *reconciliarse* con las realidades presentes! Yo mismo, por ejemplo, he tomado un voto de servir de mentor a estos jóvenes que ven aquí. Este voto es antiguo y, *tradicionalmente*, también exclusivo. ¡Ustedes verán, hace milenios, durante lo que mi gente llama la Gran Guerra Sith, algunos de nuestros números *traicionaron* a nuestra hermandad y se volvieron al mal! Lo que nosotros los Jedi nos referimos como el lado oscuro de la Fuerza. Aunque esos renegados fueron derrotados, nuestros maestros

determinaron que esta traición brotaba de un sistema de enseñanza fallido, con demasiados aprendices estudiando bajo un único Maestro. De ahí en adelante, un Jedi podía tener sólo *un* alumno.

—¿Adónde va con esto? —preguntó Halagad.

—Creo que lo sé. —Anakin se puso cómodo en el suelo—. ¿Recuerdas ese pequeño truco que usamos con los droides Buitre antes en Otranto?

Halagad frunció el ceño.

—Recuerdo que no *funcionó*…

—Pero, como pueden *ver,* —continuó Kenobi—, No tengo uno sino *dos* aprendices. Como sin duda son conscientes, una guerra civil galáctica ha estallado, una guerra *deshumanizante* luchada principalmente entre droides y clones genéticamente alterados, volviendo de arriba abajo muchos dogmas Jedi creados para realidades obsoletas.

—Aún así, los Jedi tenemos una *profecía*. Esa profecía afirma que en los tiempos de mayor desesperación, vendrá un salvador, un *Elegido*…

—Ya sabes, —dijo Anakin—, realmente tengo una buena sensación acerca de esto.

Sentándose ahora, Halagad inspeccionó sus entradas en su medallón.

—Creo que se está excediendo.

—Deberías haberle visto en Ansion.

—¡Creemos, —continuó el general—, que el *Elegido* de esa antigua profecía traerá *equilibrio* a la galaxia en un tiempo de gran crisis! Creemos que ese tiempo es *ahora*, y creemos que el Elegido no sólo está por llegar, sino que está *aquí*. ¡Entre nosotros!

—Es la hora del espectáculo, Hal. —Dijo Anakin, sacudiéndose la túnica—. ¿Preparado?

—¿Quieres decir que tengo elección?

—Simplemente no me dejes caer.

—No prometo nada.

—¡Él es *ese* hombre, ese *caminante*, como ustedes le llaman! —concluyó Obi-Wan—. ¡Él es *Anakin*… del clan… *Sky*walker[3]!

Todos los ojos siguieron el punto del dedo acusatorio del general Jedi.

Conforme Anakin se alzaba en pie, captó una mirada perpleja de la hija del patriarca, Kharys. Él le guiñó el ojo.

—¿Sky-walker? —jadeó el Consejero Thyswar, soltando la palabra como si se estuviera atragantando con un gusano blorg.

Los s'kytri de una zumbaron en un torbellino de su lenguaje sibilante y un aleteo nervioso sincopado.

—No nos tome por imbéciles supersticiosos, Extranjero Kenobi, —dijo Nebaél, aunque sus ojos se movieron inseguros hacia Anakin—. ¿Qué significancia tiene un nombre?

Ella estaba a punto de saberlo.

---

[3] Referencia al significado de Skywalker (caminante del cielo) y el apellido del personaje.

Los ojos de Halagad se cerraron mientras extraía con profundidad del pozo de la Fuerza. Se sintió a sí mismo vaciarse… y con cada centímetro de él que vaciaba, sentía la Fuerza decantándose en el vacío, llenándole con la densidad de mil océanos. El Jedi succionó aliento abruptamente mientras sentía que se llenaba… llenándose hasta rebosar con las energías sempiternas del universo.

Cada espacio en su cuerpo… cada minúsculo margen entre cada fibra, cada micrón entre cada célula, entre cada *átomo*… entre cada partícula nuclear y cada unidad *infinitesimal* de esencia dentro de él… *inundada* con la suma luminosa de toda la posibilidad… la divisibilidad ilimitada del ser temporal.

Y todo lo que él era y podría ser jamás, había sido y nunca *sería*… rogaban por desatar su potencial ilimitado en una marea cruda de absoluto e incontrolable *poder*…

Pero las palabras de su antiguo Maestro Everen Ettene cubrieron los pensamientos del Padawan con serenidad blanca… *Halagad, tu mente es como los vientos de Tatooine, volando en cada dirección a la vez. La esencia del arte Jedi es el control… control del cuerpo, control de la mente…*

Control…

La respiración de Halagad se ralentizó, y su mente se silenció.

Tan silenciosa, que pensaba que sus tímpanos habían implosionado. No le importaba.

Tan silenciosa… que apenas oía los jadeos, mientras Anakin empezaba a alzarse.

Su ascenso fue repentino, pero constante… En la Fuerza, a Halagad le parecía una imagen de compostura —brazos y piernas extendidas, aunque poco, similar a una estrella— alzándose en un gradiente grácil hacia las vigas elevadas en arco de la Torre del Consejo. Su ascenso sin esfuerzo continuó pasando a los miembros del Consejo Supremo con la boca abierta y salió por el portal tras ellos.

Entonces, flotando entre el interminable sistema de montañas, a miles de miles de metros por encima del indistinto suelo y bañado por la luz del sol de Marat Prime, el cuerpo de Anakin rotó con una precisión medida, milimétrica, su subcapa de cuero y su túnica oscura ondeando febrilmente en los agitados vientos.

Mientras sostenía a Anakin suspendido sobre el precipicio, Halagad abrió lentamente los ojos, emergiendo de una paz más profunda que ningún sueño.

Quería sonreír.

Simplemente miró en su lugar.

Anakin… estaba volando.

—Por el condenado viento, —exclamó Klarymére.

Halagad era consciente del General Kenobi observándole de cerca, evaluando su esfuerzo. Usar la Fuerza para hacer levitar a una persona no debería ser más difícil que hacer levitar una gran roca. En teoría. Pero los sentimientos de apego entre los participantes —y hacia uno *mismo*— notoriamente habían provocado antes una ansiedad desconcertante que abrumara las mentes de los aprendices Padawan… pero él estaba en control.

Por su parte, Anakin parecía casi *demasiado* cómodo mientras lanzaba una mirada confiada, juiciosa, hacia los miembros del Consejo Supremo.

Entonces, la mirada arrogante se desvaneció, y sus ojos azules se clavaron directamente en aquellos de la portavoz.

—Milady… consejeros, —empezó Anakin, las palabras retumbando. Halagad podía percibir a Kenobi usando la Fuerza para ampliar las ondas sonoras en la cámara—. No es ninguna coincidencia que la República nos haya mandado aquí. Nosotros los caminantes entendemos que nuestras costumbres os deben parecer extrañas. Pero yo soy un producto de la amabilidad de los extraños. Hace años, los Jedi llegaron a mi planeta y me salvaron de la esclavitud, entregando mi corazón a la simple idea de que si la gente simplemente se ayudaba los unos a los otros, habría muchísimos menos problemas en la galaxia.

—Yo estoy aquí ante ustedes para devolver la amabilidad que se me mostró… así como mis hermanos Jedi. Yo *soy* el Elegido. Yo soy Anakin *Skywalker*. Y al igual que mis hermanos Jedi y yo hemos jurado votos de lealtad los unos con los otros, me gustaría hacer tal voto para *su* gente. ¡Una promesa de que, con nuestra ayuda, los s'kytri una vez más *volarán libres*!

—¡Portavoz! —dijo Klarymére, volando al lado del General Kenobi—. ¡Nos gustaría tener su respuesta!

Nebaél se volvió cuidadosamente de la forma flotante de Anakin, mirando primero hacia Klarymére y luego a sus compañeros miembros del consejo. Todos estaban sin palabras.

Después de sólo un momento, ella se dirigió hacia el general.

—El Consejo Supremo acepta sus términos, Obi-Wan del Clan Kenobi. Si esta profecía del «Elegido» de la que habla es cierta, y puede librarse del Gran Tirano de nuestro mundo, les consideraremos a los tres Jedi por siempre nuestros hermanos de sangre sin alas.

Kenobi se inclinó.

—Tienen nuestra palabra.

—¡Entonces está hecho! —dijo Klarymére.

Como la relajación delicada de un músculo demasiado contraído, Halagad suavemente hizo levitar a Anakin de vuelta abajo al borde del portal abierto, cogiendo aliento largamente una vez que sus pies tocaron firmemente el suelo.

Kharys apareció al lado de su padre. Klarymére extendió el brazo en su saco y sacó el sable láser del General Kenobi.

—Creo que esto le pertenece.

El general asintió lentamente.

—Gracias. Ahora, si liberaran a mis clones de su celda de detención.

—No han estado incómodos. He visto que sean alimentados. Tienen un buen apetito.

—Pero su suministro de comida…

—Hemos puesto nuestra confianza en usted, General Kenobi, —dijo el patriarca—. Usted es nuestra única esperanza.

—Entonces… démonos prisa. Los tiranos no tienen derecho a las necesidades que les niegan a los otros.

Conforme Halagad se les unió, Kharys le dio un sable láser.

—Ese es el de Anakin, —dijo él—. Por ahora, en cualquier caso.

La chica parecía momentáneamente confundida. Pero cuando Anakin apareció junto a ella, ella se tensó rápidamente y entregó el arma.

—Gracias, —dijo Anakin.

—De nada… Skywalker.

—Llámale «Ani,» —dijo Halagad—. Le gusta que las chicas le llamen así… ya que es un nombre de chica.

—¿Hal?

—¿Ani?

—Cállate. —Anakin hizo contacto visual con Kharys—. Ani está bien, milady.

Kharys se sonrojó. Escarbó en su bolsa en busca del sable láser restante y se lo dio a Halagad.

—Bien hecho, chico, —dijo Klarymére, permitiéndose sonreír—. *Skywalker*.

Anakin le devolvió la sonrisa.

—Le dije que sabía volar.

—¡Ey! Yo era el que pilotaba, —dijo Halagad.

Para su sorpresa, el General Kenobi colocó una mano en su hombro.

—Sí, lo hiciste, —dijo él—. Eso fue un buen trabajo, mi aprendiz Padawan.

—Yo… gracias, Maestro Kenobi, —logró decir Halagad. Era la primera vez que Obi-Wan no le había llamado por su rango militar formal—. No fue fácil.

—Lo sé. Has demostrado un entendimiento mucho mayor de las sutilezas de la Fuerza.

—Gracias. Lo que realmente pretendía decir, sin embargo, era que aquí el Mr. Elegido podría ponerse a dieta ithoriana.

El general asintió pensativo.

—Confidencialmente, una vez escuché al Maestro Yoda admitir que el tamaño importa sólo un poco.

—Espera un minuto… —Anakin movió una mano recriminatoria hacia su compañero Padawan—. *Hal* es el grande.

Kenobi se acarició la barba. Entonces alzó las manos, las palmas una enfrente de la otra, a seis centímetros a cada lado de su cabeza.

—¡Exactamente! —dijo Halagad—. ¡Eso es lo que no paro de decirle!

Anakin sacudió la cabeza.

—Necesito al Canciller aquí para defenderme. —Él alzó el mentón, sin embargo, conforme la Portavoz Nebaél finalmente se aproximaba.

De cerca, ella parecía de algún modo enfermiza, las señales de la malnutrición más aparentes.

—No nos falle, —dijo ella—. Elegido.

—No pretendo hacerlo, milady. Pero necesitaremos su cooperación. Reúna a su gente, y prepárense para un asalto a la ciudadela de Magnus.

—Necesitaremos cogerlo por sorpresa, —dijo Obi-Wan—. Patriarca, usted mencionó al Entyrmion.

La expresión de Klarymére se volvió seria.

—¿Sabe del submundo s'kytri? —preguntó Nebaél.

—Sé que puede ser un activo para nosotros, —dijo Obi-Wan—. Si podemos encontrar un camino subterráneo, posiblemente podríamos evitar ser detectados por los espías de Magnus, dándonos el elemento de la sorpresa.

El Entyrmion es un laberinto, General, —advirtió Klarymére—. Todos los que han entrado nunca han vuelto.

—Yo lo he hecho.

Todos se volvieron hacia la silenciosa voz confiada. No era la de Nebaél.

—Yo lo he hecho, —repitió suavemente Kharys.

Las alas de Klarymére y Nebaél se tensaron señaladamente. Si la expresión del patriarca era seria antes, lo era mortalmente ahora.

—Hija, —dijo él cuidadosamente—. Sabes que el Entyrmion está prohibido.

—Lo sé, —dijo ella, encontrando sus ojos desgarradores—. Yo *puedo* encontrar el camino a través de la fortaleza-nido del Magistrado.

El aire era denso de la tensión. A pesar de la confianza de la joven, Halagad percibió que la voz de Kharys llevaba una inusual *potencia*…

Y, quizás al igual lo hizo la portavoz.

—Si nuestra gente puede atraer a la fuerza principal lejos de la fortaleza… —dijo Nebaél.

Anakin completó el pensamiento.

—Podemos colarnos y neutralizar a Magnus.

Padre e hija sostuvieron la mirada el uno de la otra. Entonces, al fin, fue el turno de Klarymére de sacudir la cabeza.

—Está bien, hija, —dijo él—. Hemos pospuesto lo suficiente tu rito de iniciación. —Klarymére se volvió hacia su sirviente—. Aragh, una vez liberes a los clones del General Kenobi, prepara nuestras espadas. Es hora de cazar.

—Sí, Patriarca, —dijo Aragh. Aún así las siguientes palabras del guardia helaron a Halagad hasta los huesos—. Pero hay algo que debe saber. Ha habido una transmisión.

***

Ciudadanos de la República,

Yo soy Zeta Magnus, Magistrado. Yo soy el gobernante del quinto planeta del sistema Marat, un reino del Borde Exterior del cual, estadísticamente hablando, podríais no haber oído nunca. No sufráis de vergüenza por vuestra ignorancia. Expresado de otro modo, yo soy —en una República de miles de miles de mundos— nadie.

Pero debido a que he tomado el control de la intolerante hegemonía de infanticidas antiguamente en el poder y debido a mi principio de no alineación en las presentes guerras clon, vuestros generales del Consejo Jedi han invadido este territorio soberano para sabotear la petición de Marat al floreciente Consejo de Sistemas Neutrales, para deponerme ilegalmente, y para confiscar los preciosamente mutables heliotropos vivos de Marat V como un recurso de guerra. Una nave de guerra de la República ya ha soltado una plaga en mi mundo, infectando a dos tercios de mis súbditos y volviéndolos en mi contra. Afortunadamente, el navío ofensor y todos a bordo han sido destruidos, alabados sean los dioses del espacio.

Vuestros engañosos maestros Jedi quizás se justificarán ante vosotros etiquetándome de un arquitecto del terror, un lunático o, peor, un Separatista. El hecho es que el sistema Marat nunca ha pertenecido al espacio de la República y sólo desea permanecer sin involucrarse en otro conflicto destructivo más de unas proporciones pangalácticas sin sentido. Pero vuestros llamados guardianes de la paz y la justicia parecen estar a favor de derrocar gobiernos cada vez que convenga a su sed de poder. Eso es desafortunado.

Yo por lo tanto concedo a vuestros maestros veinticuatro horas estándar para que reconozcan mi gobierno soberano. El no cumplimiento resultará en la liberación recíproca de Jurr-5, pudrecerebros, rooze con base de trihexalon o alguna otra plaga mutagénica en un mundo de la República aleatorio inmediatamente allí y repitiéndose cada ciclo a continuación.

No os preocupéis, ciudadanos. En miles de miles de mundos, estadísticamente hablando, pasará algún tiempo antes de que alguno de tales planetas apestados o su población clasifique para la distinción de vuestro conocimiento. Dado, por supuesto, que no sea el vuestro.

Expresado de otro modo…

No me [improperio]. U os devolveré el favor.

—Zeta Magnus, Magistrado de Marat V
Noticias de la HoloRed de la República, nodo sin especificar
Censurado para su reproducción

II. ACOSADORES TIRANOS

La oscuridad, densa y sofocante, amenazaba con colapsar sobre la pandilla de Caballeros Jedi, comandos clon y nobles s'kytri mientras se abrían paso a pie y a ala a través del desnivelado e irregular terreno del submundo oculto de Skye.

Su objetivo: el Magistrado de Skye, el Gran Tirano… Zeta Magnus.

El Entyrmion, como los s'kytri llamaban a este vasto dominio claustrofóbico bajo los sistemas de montañas, reveló sus secretos gradualmente. La entrada de la guarida estaba anunciada por kilos de apestoso excremento de skingle, donde generaciones de las bestias voladoras se habían refugiado de los hambrientos s'kytri. Sin querer desperdiciar tal banquete, unos bullentes guanomongers dándose un festín cubrían la montaña de estiércol que se apilaba a cientos de metros de altura.

Una vez dentro, el reino prohibido era sofocante de formaciones espeleológicas… a veces vítreas a veces verrugosas. Algunas configuraciones de piedra simulaban lámparas de araña tan espectacularmente gráciles como colosales. Otras imitaban gigantescos colmillos perfilando las fauces de algún horror profano de arcilla.

Obi-Wan y su banda de infiltradores habían estado corriendo por las cuevas cada vez más álgidas contra el límite de tiempo de veinticuatro horas de Magnus, viajando por el subterráneo infernal en una formación vagamente en diamante. Obi-Wan, Kharys y Lord Klarymére formaban una fila central horizontal con un par de comandos clon delante y detrás emparedando al trío entre ellos. Completando la configuración rómbica estaban Anakin, en la punta, y el musculoso Halagad cubriendo la retaguardia. Conteniendo la negrura opresiva de las cavernas, los sables láser encendidos de los Padawans iluminaban el camino por delante y por detrás respectivamente en brillos zumbantes de esmeralda y cobalto.

En contraste, el sable láser de Obi-Wan permanecía anclado a su cintura. Él y el patriarca s'kytri llevaban antorchas rojo anaranjado, diseñados a partir de aceites de combustión lenta de gusano blorg. En lugar de su bastón ceremonial, Klarymére ahora llevaba una espada larga enfundada colgada en su espalda, al igual que su hija, una derogación de la ley Skye permitida para los ritos de paso de los jóvenes voladores. Mientras que el metabolismo naturalmente hiperactivo de los s'kytri aseguraba que Kharys y el patriarca llevaran sus trajes típicos escasos, ambos parecían patentemente incómodos con las botas tirahnnesas impuestas en sus pies con garras para la marcha subterránea. Similarmente, mientras que el traje de armadura completo de Halagad le mantenía aislado, del mismo modo los vac-térmicos ayudaban a Obi-Wan y a Anakin a compensar el frío subestrático.

—Hace más frío que en el Noveno Infierno Corelliano, —afirmó Anakin en una nube de aliento congelado.

Directamente tras él, el Capitán Nilo golpeó su pecho.

—Pruebe… *zunkzunk*… la armadura la próxima vez, señor.

Los clones del Escuadrón Tark agarraban sus DC-17 preparados. Unos perforantes rayos blanco azulados de sus lámparas focales gemelas de su casco golpeaban hacia delante para el beneficio colectivo de la caravana. Mientras tanto, las armaduras metálicas de los comandos ejercían una doble función, reflejar las fuentes de luz que les rodeaban en una presentación espontánea de colores caleidoscópicos de las bellezas naturales de las cuevas.

Mientras se abrían paso a través de los pasadizos condensados, evitaron rocas cayendo y agujeros en el suelo, los soldados de la República y s'kytri periódicamente encontraban torres de piedra volcadas y misiles de techo destrozados, evidencia de los multifarios peligros de los túneles subterráneos. Una y otra vez, precipitosos salientes les forzaban a romper filas y los musculares s'kytri revoloteaban observantes sobre los pozos sin fondo en caso de que un clon o un Jedi diera un mal paso mientras lo reptaban. A su vez, los Jedi juiciosamente sablelaseaban las obstrucciones de roca problemáticas que de otro modo habrían permanecido sin perturbar durante inimaginables micronios.

Con un instinto repulsivo, sus cuerpos continuamente se sacudían reptadores invisibles; algunos eran tan rápidos como para ser vistos sólo parcialmente, otros trogloditas evolucionaron bajo condiciones de ausencia de luz en una opacidad fantasmagórica. Las excepciones eran los miembros del Escuadrón Tark, que parecían ignorantes a la ráfaga nauseabunda de reptantes corriendo sobre los caparazones de sus armaduras Katarn. En contraste, los corpulentos bloots zumbantes eran mejor tolerados. Aunque los estúpidos bichos del tamaño de un detonador térmico les hacían saltar los nervios cada vez que chocaban con alguien, sus cuerpos gordos y verdes, luminosos, ayudaban a encender la oscuridad, aunque pobremente.

Imaginaciones poco compasivas amenazaban de terrores invisibles conforme el goteo sin fin de carbonato cálcico responsablemente esculpía nuevas generaciones de estalactitas y estalagmitas. El sistema cavernoso aparentemente infinito resonaba con un eco a veces calmante, a veces enloquecedor.

Drip. Dripdrip. Drip.

Klarymére había adoctrinado profusamente a Obi-Wan en la leyenda del Entyrmion. De acuerdo a la mitología s'kytri, el Skye primordial era un mundo impregnado en cataclismo, gobernado por la mala creación y la monstruosidad. Gusanos blorg mutantes rengueantes, gogitols carnívoros de cinco cabezas y guzzlers de sangre vampíricos eran a la vez creadores y guardianes de este pandemonio. Sólo los cielos arriba permanecían prístinos para la alfombra de depravación de la superficie del planeta. Y por lo tanto fue el Gran Viento en consorcio con la Montaña Canaitith, la cima más alta de la roca viviente, engendraron a los s'kytri para derrotar a los demonios que acechaban, se deslizaban y merodeaban el repugnante mundo de abajo. En las guerras por venir, los Nacidos del Viento, liderados por Hormaket el Vencedor, empujaron a todos los moradores de tierra a las catacumbas tenebrosas del Entyrmion, donde el batiburrillo de obscenidad se había enconado durante eras desde entonces.

Ciertamente, parecía que se habían topado con tal obscenidad ahora.

—Molador *despiadado,* —jadeó Halagad—. ¿Qué *es* eso?

Apilado precariamente junto a un abismo de una profundidad indeterminable, y destrozado más allá de ningún reconocimiento, había un… algo nauseabundo de tamaño humanoide. Los habitantes industriosos de la cueva arrancaban trozos señaladamente incoloros de lo que fuera en una diligente procesión.

—¿Patriarca? —dijo Obi-Wan, volviéndose horrorizado hacia el gobernante por derecho de Skye.

—Sólo los Extranjeros y los idiotas se atreven a entrar en este cubil perverso, —respondió Klarymére—. Se lo advertí, General. Estamos entre demonios.

—¡Estamos llegando a una red de cámaras! —vino la voz amortiguada de Anakin desde delante—. Traed aquí arriba a Kharys.

Era la hija del patriarca la que estaba, en realidad, liderando a la tropa desde el centro. Aunque los rastreadores acoplados en la muñeca de los clones resultaron ser competentes en las profundidades de los túneles próximos, en la ausencia de un auténtico ecolocalizador tretrahertz penetrante para trazar la imagen del submundo apanalado, la memoria de Kharys tenía que servir. Habiendo desafiado frecuentemente la prohibición s'kytri contra entrar en el Entyrmion, tenía la mayor familiaridad con el vasto complejo de cavernas. Pero reconociendo la agregada brutalidad de sus horas sin descanso, Obi-Wan se ofreció a una idea mejor.

—¡Rompamos un momento! —dijo él. Ante la señal de alto de Anakin, Obi-Wan se volvió hacia los clones—. Escuadrón Tark, relájense.

El líder de la unidad, Nilo, lo aceptó con nada más que un asentimiento sin palabras.

Obi-Wan no culpaba del todo a Anakin por confundir a veces a los soldados clon con algo… menos humano. Especialmente esas unidades comando. Fabricados para las misiones encubiertas más peligrosas, donde la más pequeña vacilación podía resultar en la muerte inmediata para todos —o peor, el fracaso de la misión— los cuatro hombres estaban entrenados para actuar como una sola entidad. Para ese fin, el adoctrinamiento de los comandos era distintivamente más despiadado que el del soldado clon medio. Ese tipo de entrenamiento erradicaría toda laxitud de cualquier ser, pero eso era doble para unos soldados que compartían un código genético hasta la última letra. La concentración en la misión del escuadrón limitaba lo absorbente, con sus personalidades siendo la única baja aparente.

Pese a sus comportamientos no sin sentido, sin embargo, y al contrario que los droides, los Tarks parecieron apreciar definitivamente la llamada al descanso de Obi-Wan. Sus posturas a juego cansadas, bizarras, reafirmaban su humanidad, incluso mientras retenían cierta atención casi canina por el peligro.

Obi-Wan sabía que no había tal cosa como la suerte. Pero agradecía a la Fuerza que él, y no los Separatistas, hubiera sido el que se topara con los asesinos condicionados de Kamino.

—Discúlpeme, Patriarca, —dijo él.

Klarymére inclinó la cabeza en dispensas mientras Obi-Wan se aproximaba a sus comandos.

Las mentes de los soldados eran rígidamente controladas y difíciles de leer, como su mismo progenitor Mandaloriano. Obi-Wan decidió hacer una aproximación directa.

—¿Cuál es su estado, hombres?

—Óptimo, señor, —respondió Nilo.

Óptimo. Parecía que el capitán favorecía mucho ese término funcional, rehuyendo del argot informal, más tradicional, para las afirmaciones positivas: «*Cien porciento*.» Obi-Wan esperó algún tipo de elaboración, tanto del propio Nilo como de sus soldados. Pero sólo el general Jedi parecía incómodo con el imposible silencio que les siguió.

Aunque sabía que los oficiales clones habían sido culturizados para la autonomía, generalmente incluso los soldados clon de las filas estaban ansiosos por charlar con un guerrero Jedi. Parecía que el entrenador *Cuy'val Dar* de los Tarks había sacado implacablemente casi cada onza de sociabilidad de los comandos.

—¿No os vais a quitar esos asfixiantes cascos? —preguntó Obi-Wan. El visor en T del casco del comando clon era *particularmente* reminiscente de Jango Fett.

—No con *este* frío, —dijo uno de ellos: RC-1573, o Kupe, supuso Obi-Wan aleatoriamente—. Señor.

—Nuestra armadura está controlada ambientalmente, General, —aclaró Nilo.

—Entonces no les culpo, —dijo Obi-Wan.

Silencio de nuevo. Pero el general Jedi aún tenía un skifter bajo la manga.

—No pude evitar notar sus acentos. No son Mandalorianos. —Por primera vez, Obi-Wan se percató de una sombra de sorpresa desde detrás de las máscaras inescrutables de los comandos—. Díganme, el entrenador del Escuadrón Tark, ¿fue un Guardia del Sol?

—Lo fue, señor, —dijo Nilo. Bastante orgullosamente—. Sarsius Torne. Si le hubiera pasado algo a Fett, el Gran Ejército de la República tendría un stock Thyrsiano en vez de Mandaloriano.

—No está mal, —dijo un tercer clon. Xoni, RC-1571, quizás.

Obi-Wan recordó al antiguo protector de la Senadora Amidala, el Capitán Panaka, contarle una vez acerca de la Guardia del Sol del sistema Thyrsus. Los soldados de fortuna eran unos guerreros absolutamente terroríficos y poco ortodoxos, y se rumoreaba que habían construido un culto alrededor del saber de la Fuerza elogiando a un salvador galáctico profético. Y *odiaban* a los soldados de choque Mandalorianos… como Jango.

—¿No sienten una lealtad a su genética? —suscitó Obi-Wan.

—Sentimos lealtad a Sarsius, —dijo Nilo—. Y a la República, señor.

El general asintió.

—Hace tiempo, —dijo él—, los propios Jedi experimentaron con la tecnología de clonación.

—¿Señor?

—La investigación fue abandonada, por supuesto. Dados los apéndices influenciables del Código Jedi del Maestro Simikarty y otros.

El casco de Nilo se meció.

—La guerra siempre encuentra un camino, General.

—Sí, —dijo Obi-Wan—. Supongo que lo hace.

***

<Padre, ¿puedo tomar prestada su antorcha?>

<¿Con qué propósito?> Aunque preguntaba, Lord Klaymére miraba a su hija con la sospecha conocedora de un padre.

<Para inspeccionar las bocas de las cavernas por delante con el Skywalker.>

El patriarca puso una mueca.

<Espera la orden del General Kenobi de proceder.>

<*Padre*,> dijo Kharys, esta vez con un deje reprobatorio de un polluelo adolescente. <Esta es mi *Caza de Iniciación*. No puedes mantener mis alas atadas por siempre.>

<No. Sólo hasta que seas Matriarca.>

Un aleteo de sus alas, y Kharys atrapó la antorcha de su padre. Ella voló hasta el cruce y aterrizó cautelosamente junto al comandante Jedi mirando en la oscuridad.

—Skywalker, —dijo ella—, ¿ha pedido al General Kenobi que me mande?

Él se volvió hacia ella. Ella era casi tan alta como él.

Él ejerció la luz verde de su espada láser hacia los pasillos oscuros, como si estuviera seleccionando uno para la ejecución.

—¿Cuál cree usted, milady?

Kharys tragó saliva. Dándole la antorcha, ella extendió el brazo por encima de su hombro y desenvainó su espada. Vigilando cada una de las aperturas por turnos, alzó su arma como lo había hecho Skywalker y cerró los ojos.

Después de un puñado de segundos, ella los abrió de nuevo y apuntó su acero confiadamente hacia la entrada del extremo izquierdo.

—Este, —dijo ella.

—¿Este?

Kharys asintió.

—¿Cómo conoces el camino a través de aquí? —preguntó Skywalker.

—Yo… —Ella miró por encima de su hombro hacia su padre.

—¿Ha estado tan lejos?

—No tan lejos, —dijo ella—. Yo… tomo prestado el poder del Gran Viento. Como usted lo hace.

—¿El poder? —Dijo Skywalker—. ¿Quiere decir la Fuerza?

—Todo el poder viene del Gran Viento.

—¿Usó este poder antes en la cámara del Consejo Supremo? ¿Para convencer a la Portavoz Nebaél de que continuara con nuestro plan? —Una pausa fraccional.

—Sí.

—Ya veo, —dijo Skywalker, sus ojos fijándose en ella sólo por un momento—. ¿Le importa que pruebe algo en usted?

La cara de Kharys tenía una pregunta, pero se percibió a sí misma asintiendo, sin vacilar.

—¿Le importa?

Ella sacudió la cabeza.

—No… no me importa.

Él desactivó su sable láser, miró a su alrededor, y aseguró la antorcha de Kharys en una grieta sobre ellos.

—No tengo un kit de midiclorianos… —dijo él.

—¿Midiclorianos?

—No importa. El Maestro Justiss me enseñó otra forma de identificar una fuerte señal en la Fuerza. Tendré que usar mis poderes para acariciar su mente.

Los labios Esmeralda de Kharys se retrajeron dentro de su boca.

—No esté nerviosa. Se sentirá un poco raro. Ligeramente invasivo pero no mal, —dijo él—. Estaré dentro y fuera antes de que lo sepa.

Kharys tragó saliva.

—¿Está bien? —preguntó Skywalker.

—Sí.

—Bien… allá vamos.

Ella esperaba que Skywalker extendiera el brazo hacia ella, pero los ojos del Jedi simplemente se cerraron. Sin estar segura de qué hacer, Kharys le imitó. Ella sintió algo… invisible alcanzar su consciencia, hilando a través de sus pensamientos como las puntas de los dedos a través de rizos de pelo. De repente, ella pudo ver su propia psique como si estuviera fuera de sí misma. Sintió su propia mente delicada y ansiosa, aún desarrollándose. Pura.

Suavemente, ella le sintió sondeando sus contornos sinuosos, explorando el espacio interior sensible con cuidado. Ella correspondió con un sentimiento de reconforte. Ella le sintió moverse más profundamente dentro del estrato inconsciente. Brevemente, llegó a un receso mental remoto y primitivo, encontrando un nodo psíquico único. Con su corazón palpitando, sintió a Skywalker prepararse, luego *acariciar*…

Instantáneamente, la Fuerza contraatacó, repeliendo al Jedi con un golpe telequinético tambaleante.

El General Kenobi y el Comandante Ventor sacudieron unas miradas alarmantes en su dirección.

—¿*Qué ha ocurrido*? —dijo Kharys, el miedo en su voz.

—Está *bien*… —dijo Skywalker, encontrando la mirada de sus compañeros Jedi antes de alzar una mano apaciguadora—. Está bien. Es un reflejo de la Fuerza.

—¿*Yo* hice eso?

Él asintió.

—Definitivamente es sensible.

Kharys sonrió excitada.

—¡Tengo un truco más! —Ofreció rápidamente.

Ella cerró sus ojos verdes de nuevo, y su frente se arrugó. Un suave agitar llenó el espacio vacío entre ella y el Jedi. Ella podía percibir un diminuto conjunto de partículas microscópicas frotándose, más y más rápido, como una fogata creciente. Abruptamente, una pequeña bola de luz azul amarillenta floreció espontáneamente ante su cara.

Kharys abrió los ojos, sonriendo al manojo brillante en el aire entre ella y el Skywalker… sus ojos azules como los de su padre.

—Mi antorcha se apagó una vez mientras exploraba aquí abajo, —explicó Kharys—. Usé este truco para iluminarme hasta la salida.

—Un buen truco.

Kharys se frotó un pendiente mientras su piel adoptaba un verde más oscuro. Una combinación de travesura y coraje se mostró en la cara de la chica mientras su mirada se encogía en el manojo de luz sostenido en el aire. De repente el conjunto se cerró, quemando una serie de líneas leves en el aire y recorriendo el vacío tenue con unos resplandores de vida corta.

Ella miró la cara de Anakin para ver si podía ver sus figuras de «A», «N» e «I».

Eran letras en estándar galáctico: Aurek, Nern e Isk.

Deletreaban **A-N-I**.

Skywalker sonrió.

—La Fuerza es poderosa en usted, milady.

—Puedes llamarme Kharys… si quieres.

—¿Dijiste que el patriarca sabe de tus poderes, Kharys?

—Mi padre se negó a entregarme para el entrenamiento Jedi, —dijo ella—. Porque no confiaba en los caminantes. Dijo que un día, como Matriarca de Skye, usaría el poder del Gran Viento para el bien de los Celestiales.

—¿Qué dijo tu madre al respecto?

—Mi madre murió dándome a luz.

—Yo… lo siento.

Él extendió el brazo hacia delante, tocando su hombro, su mano cálida.

—Gracias, Skywalker.

—Ani.

—Ani, —dijo ella—. Los Caballeros Jedi no llegan a conocer a sus madres tampoco, ¿no?

—No. Normalmente no, —dijo él—. Tu padre tenía razón, aún así. El Código Jedi nos prohíbe gobernar a otros. Al igual que prohíbe los apegos.

—Prohíbe los apegos, —repitió Kharys—. ¿Quieres, quieres decir… amor?

—Sí, *Ani*… ¿quieres decir apegos como el *amor*?

Kharys se quedó helada como si acabara de oír el gruñido de un gogitol comedor de carne. Anakin alzó la mirada para ver a Halagad, que se había materializado como de la nada.

Inhalando abruptamente, Kharys saltó con un aleteo de vuelta hacia su padre.

Anakin le fulminó con la mirada.

—Eres un bocazas, pastor de nerfs.

Halagad se rió.

—Se llama adolescencia, Bordero. Ella lo superará. Vivir en ese templo cursi en Coruscant te ha vuelto blando.

—¿Cursi? —Dijo Anakin—. Cierto, porque el perfecto Alderaan amante de la paz es tal páramo.

—Que las estrellas se lleven Alderaan, —escupió Halagad—. La única cosa buena acerca de ese planeta miserable eran mis mascotas mookas.

—Purasangres consentidos, apuesto.

—Creo que me confundes con la realeza de Naboo, amigo mío.

—Cuidado, Ventor.

Anakin no sólo estaba defendiendo a su esposa ausente. También había confiado a Halagad el secreto respecto a su matrimonio con la antigua reina de Naboo. Pero Halagad había compartido con él sus propios secretos: su escandalosa aventura con Tia Organa, su obsesión con convertirse en Jedi… y el mal que transpiraba tan sin sentido en Okonomo.

Los padres de Halagad, Ean y Zollet, no habían sido parte de la capa superior de la aristocracia de Alderaan. Sólo simples archivistas trabajando en la Biblioteca Real. Pero dentro de ese templo al conocimiento, su hijo estaba hinchado con los antiguos códices, historias e ideales de los Caballeros Jedi. Y cuando las dos familias nobles más poderosas de Alderaan, la Casa Organa y la Casa Antilles, se habían enredado en un despilfarro político, él había observado boquiabierto cómo una delegación de Jedi, dirigidos por el imponente Maestro C'baoth, adjudicaba hábilmente el conflicto. Allí y en ese momento, Halagad tomó la determinación de ser un Jedi.

Finalmente, con la bendición de Ean y Zollet, un joven noble llamado Bail Prestor Organa tomó a su hijo bajo su cuidado. Bajo su tutelaje, Halagad vigorosamente persiguió una educación de primera clase en todo tipo de estudios, así como en entrenamiento en puntería, caza y esgrima. Fue en esta determinación de Halagad, que Anakin vio su propia determinación reflejada más fielmente.

Pero simplemente compartir la ambición no forjaba su vínculo. Estaba, también, la Tragedia de Okonomo.

Halagad había sufrido la pérdida de ambos padres en ese incidente escalofriante. Y en el dolor de su compañero Padawan, Anakin, quizás egoístamente, encontró su propio dolor transfigurado en algo más tolerable… junto con la propensión de Halagad de quitarle importancia a todo.

Anakin sonrió. *Apuesto a que esos antiguos comentadores sabelotodo del Código Jedi protestarían y refunfuñarían acerca del egoísmo sirviendo como el cimiento de una profunda amistad.*

—Sólo recuerda, Skywalker, —dijo Halagad—. Puede que yo haya nacido en un Mundo del Núcleo comeflores. Pero intenta vivir en Almas, colega. Cultistas de la

Fuerza, bestias del sueño, Lenguas Negras, K'kayeh… tenemos cosas allí tan desagradables que harían hacerse *shee* al Maestro Mace Windu en sus túnicas Jedi.

—Bueno, ahora eso *es* decir algo.

Ahora Halagad se quedó helado. La inequívoca voz no había venido de Anakin. Había venido de *detrás* de Halagad. Y definitivamente, *definitivamente* no era Kharys.

La sonrisa de Anakin se extendió de oreja a oreja.

—Ciertamente lo es, Maestro.

—*Puuduu*… murmuró Halagad, sin atreverse a darse la vuelta.

—Padawan Ventor, —llegó de nuevo la voz autoritaria de Obi-Wan—. Te haré una propuesta. Sal de esta misión con vida, y puede que le ahorre al Maestro Windu los detalles de tu escatológico dominio de su lengua korunnai nativa.

Halagad tragó saliva.

—Eh, trato hecho, General… Maestro. Señor.

—Genial, —dijo Obi-Wan—. Nos movemos en cinco.

—Eso por eso por lo que le llaman el Negociador, —dijo Anakin.

Halagad le lanzó dagas con la mirada.

—Podrías haberme advertido, cerebro de láser.

—¿De que eres un bocazas? Lo hice. ¿Recuerdas?

—Está bien, cállate un segundo. He venido a hablar.

—Exactamente lo que yo decía.

—He percibido esa perturbación en la Fuerza entre tú y Kharys.

—Ella es sensible a la Fuerza, está bien, —asintió Anakin—. ¿Es eso lo que has venido a preguntarme?

—¿Sabemos que *Magnus* no es sensible a la Fuerza? —preguntó Halagad.

—Supongo que no. Imagino que el Maestro Windu habría estado estresado si lo pensara.

—Esa es la cosa. ¿No oíste cómo enfatizó uno de los alias de Magnus, «Saturna el *Garu*»? ¿No te dice nada eso?

—¿Debería?

—Por supuesto que no… creciste en mitad de la nada. Déjame que te ponga al día, Bordero. —Halagad se inclinó—. *Garu* era el nombre de un Lord Sith durante la Gran Guerra del Hiperespacio.

—Vale… —le concedió Anakin—. ¿Y qué? Sólo hay unos cuantos sonidos en el rango de vocalización humanoide. *Garu*, *paru o waru*… no significa nada.

—Bueno, si te vas a poner brusco.

Anakin lo pensó por un momento…

—*Dantooine*, —dijo él, chasqueando los dedos—. Los indígenas de Dantooine llaman a su jefe brujo *Garoo*.

Las cejas de Halagad se arquearon abruptamente.

—¿No me digas? Y el Maestro Windu acababa de estar *en* Dantooine.

—*Eso* es quedarse corto. —Las proezas de Mace Windu en la guerra ya se estaban convirtiendo en una leyenda—. ¿Entonces qué estás diciendo? ¿Crees que estaba buscando a Magnus?

Halagad se encogió de hombros.

—Parece una coincidencia bastante grande, ¿no?

—Podrías tener algo, en realidad. —Los ojos de Anakin se centraron hacia dentro—. Quizás es el Maestro Windu, y no el Canciller, el que quiere a Magnus de vuelta con vida.

—¿Para qué?

Ahora Anakin se encogió de hombros inocentemente.

—Bueno, los hechos son los hechos, —dijo Halagad—. Aquí hay otro: Magnus es un título Sith.

Ahora fueron las cejas de Anakin las que se arquearon.

—Reclamado por los autoproclamados gobernantes de los más antiguos Sith. Significa «Todo-Poderoso» o «Señor de Señores,» —explicó Halagad—. En una palabra: Emperador.

—Así que estás diciendo…

—¿…Podría ser Zeta Magnus el *segundo* Sith?

—Por la forma en que conoces estas cosas, *tú* podrías ser el Sith.

—Quizás lo soy, —dijo Halagad—. Quizás *tú* lo eres.

La «Teoría del Segundo Sith» había ganado un poco de adherencia desde que Obi-Wan y Qui-Gon Jinn lucharan a uñas y dientes contra un derviche zabrak con cuernos y tatuajes en Naboo. Podo después, los consejeros de Padmé habían revelado haber oído por encima al Virrey de la Federación de Comercio referirse al asesino de Qui-Gon como Darth Maul. El nombre demostró ser imposible de corroborar, pero los rumores antiguos acerca de los Sith siempre apareciendo en una pareja de maestro y aprendiz corrieron para llenar el vacío de la evidencia. El propio Dooku había alimentado una vez el fuego cuando «reveló» a Obi-Wan en Geonosis que cientos de senadores de la República estaban bajo el control de un «Lord Oscuro» llamado Darth Sidious.

La afirmación era, por supuesto, absurda. Salvo por los del tipo del curtido Maestro Vos o el iconoclasta Gokim Keeg y su maleducado compañero, la mayoría de Jedi lógicamente consideraba al propio Dooku el principal sospechoso de su propia revelación cuestionable.

Y aún así…

—Quizás Magnus sólo está jugando con nosotros, —dijo Anakin—, si está trabajando para Dooku.

—O quizás es el conde con el que están jugando.

—Lo sabremos bien pronto.

Halagad miró su crono.

—Será mejor que nos vayamos. Antes de que Magnus haga un buen uso de su prometida fiesta de muerte.

—Movámonos.

***

Uno a uno, se abrieron paso a través del pasadizo prescrito por Kharys. El túnel era estrecho. Siguiéndolos el último, Halagad encontró que era necesario desactivar su sable láser ya que el área se contraía. La oscuridad inmediatamente les inundó.

Estaba sorprendido por que los comandos, con armadura descomunal y todo, parecían retorcerse a través de la estrecha figura con una relativa facilidad. Había leído informes de que algunos soldados clon mostraban síntomas de claustrofobia en lugares estrechos. Algo en el ADN de Jango Fett.

Pero si el espacio restringido estaba teniendo algún efecto en ellos, los Tarks no lo estaban reflejando. Unas cosas útiles, esos cascos; el propio Halagad no tenía tal fortuna. Su armadura arañándose y su capa atascándose una y otra vez en protrusiones de piedra, siguió empujándose a vaivenes a través del pasadizo sin luz.

Es sólo en la oscuridad que todos estamos solos juntos…

Recordó escuchar las palabras por primera vez siendo cantadas por su madre. Componían la primera frase de un antiguo canto de niños alderaaniano. Pero aunque su madre cantaba la canción… siempre era la voz de Tia la que oía.

Tia, que una noche se la había susurrado al oído. Tia… a quien había dejado atrás justo cuando ella más le necesitaba. *Te queda bien la hipocresía, ¿lo sabías?* Anakin sólo había estado bromeando cuando dijo eso… pero quizás Ani no se equivocaba.

Pero yo no lo sabía…

Halagad sintió que se estaba mareando ligeramente. Agarró su medallón… obtenido por sus acciones en Virgillia 7… por fracasar, en esencia, en salvar a su maestro. Escuchó su respiración hacerse superficial. Su cara se sentía fría… mojada. Sus botas, su armadura, estaban más estrechas. Los muros estaban resbaladizos de humedad. ¿O estaban sudándole las palmas? Sus ropas y armadura se estaban sintiendo más pesadas. Más calientes.

…Sofocantes.

La mente de Halagad se replegó. Pensó en ese fatídico día en Alderaan. Había estado cazando gatos manka con Prestor y Tia, mientras sus padres disfrutaban de una rara estancia en el Lugar de Retiro Okonomo…

Por qué no estaba yo allí…

Halagad tuvo un mal presentimiento desde que llegara a Skye. Ahora sentía el agujero en su corazón abriéndose a la fuerza, haciendo pucheros como una boca hambrienta. Su estómago se revolvió. Sintió su garganta contraerse…

Contraerse…

Es sólo en la oscuridad que todos estamos solos juntos…

Yo soy la Oscuridad, ya ves, y estaré contigo para siempre…

La luz explotó en la cara de Halagad.

—¿Algo de ayuda, señor?

Conforme la lámpara focal acoplada al casco prácticamente cegaba a Halagad, una mano enguantada se extendió desde la oscuridad. Halagad tentativamente asignó la extremidad sin cuerpo a RC-1572, Quo, aunque no podía estar seguro.

Halagad aceptó la ayuda ofrecida. Una medida de gruñidos y rocas desmoronándose después, el comando había tirado de él liberándolo.

—Gracias, —dijo el Padawan.

Estaba a punto de jactarse acerca de cómo los auténticos hombres se asfixiaban en el espacio profundo, cuando su aliento abruptamente se le quedó atrapado en la garganta.

—Por la Fuerza…

***

Su belleza natural rivalizaba con la jungla de naves rebaño ithorianas, su arquitectura elegante a la de cualquier catedral de G'aav'aar'on.

Obi-Wan miraba con asombro. Ante ellos, emitiendo un brillo suave, natural, y alterando su visión a toda capacidad, se desplegaba un laberinto cristalino. Unas inmensas columnas de cristal solapadas, cada una más gruesa que la anterior y todas con irregulares vetas escarlata recorriéndolas, entrecruzaban la exótica galería de alabastro en un despliegue hipnótico. Un bosque de obeliscos blancos apuñalando desde cada ángulo concebible. Toda la cámara parecía palpitar con vida mientras su generosa incandescencia refluía y crecía sincronizada con las vetas pulsantes. Un leve aroma como de menta vieja se filtraba hacia ellos.

—Es gypryst, —dijo Kharys—. El heliotropo viviente. ¡Nunca había *visto* tanto!

—La roca vibrante de la Torre del Consejo, —dijo Halagad—. Stang… apuesto a que alguien podría hacer una auténtica fortuna haciendo contrabando con esto.

—Reto a que alguien lo intente, —contestó la chica—. No querrías enfrentarte a un equipo de caza s'kytri.

—Tal sublimidad… —dijo Lord Klarymére, las sombras de la antorcha jugueteando en su cara—. Nunca imaginé que tal cosa pudiera existir tan lejos bajo las estrellas.

—Es prácticamente como Ilum, —señaló Anakin. Se limpió el ceño—. Sólo que más cálido.

No era sólo él. Incluso los muros y las columnas de cristal estaban sudando. Aunque las formaciones parecían hielo, eso parecía una imposibilidad certificable. Las frígidas temperaturas de la cueva aquí producían una humedad completamente sofocante. Una humedad *mortal*, se dio cuenta Obi-Wan. Necesitaban moverse.

—Admirémoslo de camino, —dijo él.

—No creo que estemos muy lejos, —dijo Kharys.

Apagando sus fuentes de luz, continuaron cuidadosamente a través del resbaladizo y sofocante laberinto de cristal. Caminando con cuidado, evitaron láminas afiladas de cristal como dientes de bloodfins amenazadores sobresaliendo a todo su alrededor,

inclinándose sobre los gruesos pilares de gypryst por apoyo. El dócil material crudo rápidamente presentó su reputación, moldeándose sutilmente ante el toque de los viandantes, dejando distintivas huellas en la roca viva.

Aún así, sus botas habían aplastado sólo un par de docenas de metros del ambiente exótico, húmedo, cuando Anakin les detuvo.

—Retroceded. Este camino es un callejón sin salida.

—¿No puedes cortar a través? —preguntó Kharys.

Anakin evaluó la matriz de múltiples toneladas de heliotropo.

—No sin arriesgarnos a un colapso.

—No duraremos otros treinta minutos en este hervidero, —dijo Obi-Wan—. Podríamos necesitar encontrar un camino alternativo.

—*¿Qué nos retrasa?* —llegó la voz amortiguada de Halagad—. *Si nos damos prisa, aún podemos llegar a Dex para un slider de Raxus.*

—Este es el camino, —insistió Kharys.

—Si te equivocas, joven…

Klaryrnére se movió junto a ella.

—Tenga fe en el juicio de mi hija, Jedi, —dijo él—. Ella es joven pero… visionaria.

—Lo sé, —dijo Anakin. Él se volvió hacia Obi-Wan, y el general asintió.

Anakin hizo chisporrotear su sable láser entre sus manos de carne y metal, preparado para destrozar el camino a través, cuando Kharys le agarró.

—Espera… —dijo ella—. Percibí algo.

—¿Qué es? —preguntó Anakin.

—*Mi estómago*, —dijo Halagad.

—¡Allí! —gritó Kharys.

Allí… en una grieta, camuflada por el jaleo de vigas inyectadas en sangre, su integumento quitinoso de un rojo morado oscuro perturbador —silenciosamente lamiendo los ricos fluidos vitales de un Extranjero S'kytri sin vida de piel tangerina acunado en dos de sus cuatro garfios similares a los de un cangrejo— allí, estaba agachada una cosa salida de la locura y la imposibilidad.

El horror jorobado, de fácilmente tres metros, se asemejaba a la descendencia abortada de un gundark y un bloque de cemento. Dos enormes pezuñas de dos dedos soportaban unas patas gruesas como troncos de wroshyr; sangrando de cada centímetro de su prodigioso torso había miles de bordes espinosos; y sobresaliendo como patas arácnidas había un cuarteto de brazos hinchados, escamosos, dos a cada lado, terminando delicadamente en los codos en cuatro cuchillas cortantes. Soltando su comida, la criatura, más pesadilla que otra cosa, cerró en tijera sus garras delanteras, como afilándolas, y se volvió para enfrentarlos.

Entonces la cualidad más perturbadora de todas de la pesadilla se hizo conocida.

No *tenía* cara.

Carecía, de hecho, de cualquier cosa remotamente similar a una cabeza. En su lugar, su espalda encorvada estallaba en un cuello de tres pliegues como una serie de capas

incrustadas una sobre la otra hasta ser vomitadas hacia delante desde su esófago convenientemente extendido. Rodeando al único orificio obvio de la criatura, configurados como pétalos de una pasión morada, había docenas de tallos ondulantes, cada uno un nodo temblando hambriento con su propio succionador diminuto, escurridizo con un brebaje crúor meloso.

Kharys inhaló abruptamente.

—Los *Oskans*…

—¿Los *qué*? —dijo Obi-Wan.

—*Comedores de sangre*.

—No, —le corrigió Klarymére—. La retorcida perversión de Zeta Magnus.

Conforme la bestia los analizaba, hebras de un carmesí mucoso goteaban en largos hilos pegajosos desde sus extremidades en forma de hoz y sus fauces volcánicas vagamente trapezoidales.

—General… —sugirió Nilo.

…Como la letra del estándar galáctico «⏢»… Osk, pensó ausente Obi-Wan. *Un tirano con sentido del humor.*

—¡General!

A través de la neblina de la imposibilidad, Obi-Wan encendió su sable láser.

—Sí. —obedeció el general Jedi.

Y cada cosa muerta y viva se estremeció mientras el borracho de sangre rugía su ultimátum gutural, apagando el grito frenético de las órdenes, el blandir de las espadas, y los sables láser ardiendo encendidos.

Una ventisca de fuego de bláster de los comandos convergió en la colosal bestia incluso mientras los Jedi cargaban cuando, sin advertencia, los gritos de Kharys y un soldado clon atravesaron la caverna mientras desaparecían en dos juegos más de agarres en pinza y aullidos hambrientos.

—¡Kharys! —gritó Klarymére, y el patriarca alzó el vuelo.

Y justo mientras los Jedi estaban sobre la primera horrible bestia… media docena más de expertos en la sangre se unieron desde el laberinto de cristal.

Deteniéndose en un derrape, Obi-Wan soltó una maldición túrgida toydariana de cuatro piezas.

Eso casi asustó a Anakin y a Halagad más que los comedores de sangre.

—No sabía que usted hacía eso, —admitió Anakin.

—La Fuerza, —confesó Obi-Wan—, ayuda a los Jedi a trascender de sus limitaciones.

Halagad besó a su medallón.

—Malditamente cierto.

Y los tres Jedi se dejaron ir contra el muro de muerte roja.

En otra parte, el comedor de sangre que había agarrado a Quo trataba de trocear malditamente como pudiera al clon con sus cuatro apéndices antinaturales. Pero la armadura reforzada de duraplasto resistía, y el comando escupió un remolino de rondas

de su DC-17m a los pies con pezuñas de la criatura. La bestia le soltó, y el clon inmediatamente se dio la vuelta e, increíblemente, escaló la espalda de la cosa, veloz como un lagarto-mono, bombeando una furia en staccato por su boca abierta.

Dos de sus hermanos ahora se unieron a la refriega con unos sonidos de *shnnk* distintivos. Con las vibroespadas desenvainadas de sus guanteletes de muñeca, el comando Kupe cortó al Oskan como un campeón de boxeo de shock, cortando a los puntos más probables de contener el corazón del monstruo. Si tenía uno, o de otro modo derramar sus vísceras. Más pragmático, su hermano Xoni rodó y cortó la pezuña de la criatura con barridos precisos, cortando su tendón de soporte. Como un árbol gigante de Kashyyyk, la criatura cayó con la melodía de su propio aullido vociferante.

Cerca, Nilo evadió por poco su propia emboscada por parte de chupasangres, saltando mientras la bestia cortaba hacia abajo con todos sus brazos fileteantes. A medio salto, el comando capitán giró sobre su atacante y golpeó con su antebrazo derecha su mano opuesta. Un hervidero cobrizo llameó desde su guantelete, bañando a la bestia en una lluvia de fuego.

En su propia lucha de vida o muerte, Kharys luchaba por escapar del agarre de su secuestrador. Pero la fuerza de la bestia era monumental, y ella rápidamente aprendió las terribles consecuencias de luchar. El agarre de cuchillas de la criatura cortó su muslo, y la sangre manó de la carne rasgada. Ella gritó mientras el dulce aroma sanguíneo impregnaba el aire, lanzando instantáneamente al comedor de sangre en un frenesí hambriento.

Mientras tanto, los sables láser de los Jedi giraban en una coreografía sinérgica de desmembramientos y evisceraciones, sus cómplices poco apreciativos en esta danza de muerte bramando aullidos de violenta desaprobación.

Y mientras el segundo grito de Kharys perforaba sus oídos, Anakin ya no podía retener su instinto.

—¡*Maestro*! —gritó él.

Obi-Wan sabía que era inútil tratar de detenerle.

—¡Ve con ella! —dijo él—. ¡Nosotros tenemos esto!

Virtualmente enterrado en comedores de sangre, la afirmación de Obi-Wan era dudosa como mucho. Pero Anakin se permitió creerla. Y con un barrido doble taimado —más un lanzamiento de tronco de leñador endoriano que un golpe de sable— el Elegido bifurcó al bebedor de sangre ante él, de la ingle a la garganta, esprintando atrás hacia Kharys incluso mientras sus entrañas desparramándose sonrojaban el suelo de marfil.

La cueva abarrotada de columnas impedía la habilidad de maniobrar del Klarymére en el aire. Pero no importaba. Mientras el comedor de sangre amenazaba con picar a su hija en lingotes de carne, el patriarca cayó en picado y cortó con todo su poder. Trozos rojos de quitina saltaron al aire mientras el filo de su espada se hundía limpiamente en el hombro derecho carnoso de la bestia, dejando su inmenso brazo-hoja superior colgando inútilmente de los tendones.

Kharys no vaciló. Sacrificando dos aperturas recientes en su brazo y torso, luchó justo lo suficiente para extender el brazo hacia atrás y desenvainar su propia espada. Deslizándola en un agarre inverso, metiendo su brazo izquierdo tras su espalda y agarrando el cuero en medio de sus alas entre sus piernas, ella empujó hacia abajo con toda su fuerza.

El duracero se clavó profundamente. El monstruo bramó mientras la hoja perforaba a través de su pecho hinchado, saliendo por su espalda empapado en un plasma negro. Al mismo tiempo, Klarymére clavó su espada en la espalda arqueada de la bestia y… *giró*. El comedor de sangre rugió, atacando en una furia errática. Increíblemente, la espada real del patriarca se partió. Evadiendo una retahíla de barridos salvajes, Klarymére voló a salvo justo fuera del alcance del chupasangres.

Cuando de repente sintió un pellizco inesperadamente duro.

Klarymére pensó que había escuchado a Kharys gritar en s'kytrico «*Padre*.» Por un segundo, él se sintió aturdido, e hizo un esfuerzo instintivo para cambiar la dirección de su vuelo. Su ala derecha bateó, pero su ala izquierda parecía anclada. Se dio cuenta entonces de que, aunque estaba suspendido en el aire, no se estaba moviendo.

Y por lo tanto, cediendo a la intuición, el patriarca bajó la mirada.

Lord Klarymére confirmó que aún estaba en el aire. Era sólo que una cuña gruesa, carmín había atravesado su espalda y sobresalía por su pecho.

El olvido se acercaba sobre el patriarca S'kytri mientras, mostrando su triunfo, el Oskan al que pertenecía esa garra que sobresalía, ondeaba su espetada comida como un premio de feria.

Pero el demonio no saborearía su botín mucho tiempo.

***

Considera…

Una criatura del más primitivo instinto, poco más que una boca, una masa de músculos, y una maraña de tejido nervioso pasando por cerebro, el comedor de sangre Oskan sin cabeza está biológicamente diseñado para ser nada más que una máquina comedora hematófaga. Incansablemente fiel a su constitución sintética, esta cosa asesina sin mente es incapaz, realmente, de apreciar ningún instante o incidente de cualquier porción de su ingenua existencia. Su mencionada fiesta de victoria es realmente sólo una serie de espasmos involuntarios, carentes ni de significado *ni* de disfrute, predeterminado por la firma molecular artificial de la bestia y (podría decirse) plausiblemente predeterminado por cualquier métrica relevante de amplitud cósmica o existencial.

…Es por lo tanto que, mientras el comedor de sangre siente el más ligero y más sutil pellizco en la zona que pasa por su abdomen, también no entiende, ni en el más ligero, en el más sutil segundo, la inminencia de su defunción predestinada (la cual, puede decirse ahora, es tan profusamente carente de significado como la vida de esta criatura). Por no decir nada de su poética forma de muerte inminente… al sable láser shish kebab.

Ahora, *ese* shee es gracioso…

***

La punta de jade del sable láser de Anakin fundió a través de la parte media de la espalda del exuberante Oskan, asando sus tripas y saliendo por la protuberante barriga de la abominación.

Por un segundo, la bestia sin cara realmente pareció mirar abajo para revisar los daños.

Anakin no había terminado. Como descorchando una botella vintage de vino especiado de Deltron, procedió a tallar su paso a través del borracho de sangre, atornillando su sable láser en el sentido de las agujas del reloj a través del músculo tendonado en un giro cada vez más grande hasta cortar desastrosamente el lateral del bruto.

Eviscerado más allá de cualquier cortesía, el demonio cayó.

Aún cautiva, Kharys observó mientras el cuerpo empalado de su padre caía al suelo junto con su ejecutor. Dolor. Dolor y una ira desesperada le inundaron. Una vez más, ella hundió la punta de su propia espada en el comedor de sangre tratando de convertirla en su comida, esta vez retorciendo la apertura para abrirla más, haciendo que la criatura la soltara al fin. Usando ambas manos, ella arrancó el arma del corazón de la bestia con un estrujón húmedo. Entonces, tomando el aire, hundió su espada en la garganta estruendosa, temblante, silenciándolo para siempre.

<*¡Padre!*> Dijo Kharys, volando hasta su forma inmóvil.

Mientras tanto, dos hojas azules resplandecieron en rebatimientos elocuentes mientras Obi-Wan y Halagad —exhaustos, manchados de burdeos y empapados de sudor— apuñalaban, tallaban y cortaban a través de montañas vivientes de muerte, enfrentando sus hojas contra las extremidades trituradoras ansiosas por hacerlos picadillo tierno. Toneladas de piedra brillante colapsaban aleatoriamente a su alrededor, fraternizando libremente con los trozos desperdigados de carne retorciéndose, humeantes costados de carne cruda y pilas de extremidades como troncos.

Aparentemente entendiendo el propósito de la armadura que Halagad y Obi-Wan llevaban, los chupasangres cambiaron de táctica y volvieron sus brazos cuchilla para la decapitación. Pero cuando Halagad pivotó para interceptar un par de las guillotinas horizontales, lo impensable ocurrió: su sable láser chisporroteó y la hoja azul se desvaneció… sucumbiendo ante el calor y la humedad despiadada de la cueva.

Halagad retrocedió, resbalándose en un coágulo de carnicería justo mientras las hojas cortadoras le alcanzaban… gritando mientras sentía los cortes casi en su cuello, tajando su cara y dividiendo su oreja.

Junto a él, Obi-Wan, en un agarre a dos manos, balanceó su sable láser en un arco endemoniado, cortando limpiamente a través de las extremidades del lateral derecho de la criatura, desgarrando a través de las dobles axilas y siguiendo una curva invisible a través

de su cuello inexistente y bajando a través de los apéndices gemelos a su otro lado. La carnicería fue tan precisa, que parecía menos un guerrero que un hábil artesano cortando el ofensivo exceso de una escultura sin acabar.

Sin estar impresionados, los Oskans siguieron viniendo.

Conforme Nilo finalizaba su propia obra de arte sangrienta, alzó la mirada para ver a los fatigados Jedi fuertes en la melé, casi abrumados. Virtualmente sin pensar, el comando clon extendió el arma hacia su espalda.

—¡Comandantes!

Obi-Ean y Halagad le dedicaron una mirada apresurada. Suficiente para ver la esfera plateada del tamaño de un puño en la mano del comando.

—¡Muévanse! —gritó Nilo.

Canalizando la Fuerza, los Jedi se catapultaron lejos mientras Nilo lanzaba el detonador térmico hacia la piña de gigantes lame-carnicerías.

La esfera aterrizó con un *chank* en el suelo manchado de sangre.

Entonces, detonó.

Contrario a cualquier expectativa, no hubo ninguna explosión feroz. Aún así, la devastación que trajo no fue menos cataclísmica por ello. Con una eficacia tan total que dejaba a las mentes mortales en una pérdida de comprensión, todo —todo— en un radio absolutamente perfecto de cinco metros desde el detonador fue absoluta y sumariamente vaporizado. Columnas de cristal de cien toneladas, la horda Oskan, sus extremidades cortadas, y el *propio* aire… todo desapareció. En su lugar sólo había una depresión de cinco metros de profundidad, diez metros de extensión, como si el punto hubiera sido tallado por una cuchara de helado descomunal… y un vacío muy, muy frío, preternatural de inconmensurable *vacío*.

Un desangramiento psíquico… una «mancha de sangre» marcando una atroz violación de la Fuerza.

Los pilares atrapados en el capullo erradicador brevemente hicieron ostentación de inmaculadas lunas crecientes cortadas antes de chocar en sumisión a sus configuraciones violadas. Un macabro tercio, perfectamente preservado, de un comedor de sangre, atrapado en el borde del radio de explosión, se retorció en el suelo de la cueva un par de segundos antes de cesar todo el movimiento.

Sudando como cerdos, los corazones palpitando, todo el mundo respiró un suspiro de alivio.

Todo el mundo… excepto Obi-Wan.

—¡*Capitán*! —ladró el general Jedi—. ¡Eso fue un *detonador de Clase D*! ¡*NO* es algo estándar de la República!

El comando clon pareció abatido.

—Tranquilícese, señor, —dijo Nilo—. Ese era el único que teníamos.

Pero Obi-Wan *no* se estaba calmando.

—¡¿Entiende lo que ha hecho?! —exigió él—. ¡La artillería de clase disruptor está *prohibida bajo la ley galáctica*!

Como un muro de piedra, los soldados del Escuadrón Tark de repente estaban hombro a hombro con su capitán. Idénticos salvo por el protoplasma Oskan salpicando sus armaduras.

—Muerte es muerte al final. General.

—La *aniquilación de Clase D* no es *muerte*. Es una afrenta a la vida *y a la propia Fuerza Viva*.

—Las operaciones encubiertas son un asunto sucio. Sólo usamos la artillería que nos dan, —respondió el capitán clon… un poco demasiado calmado—. Debería dar las gracias de que no estuviera apuntándole a usted. Señor.

Si no estaba ya echando humo, Obi-Wan estaba ahora absolutamente lívido.

—¡Inmediatamente *cesarán* y se *abstendrán* del uso de armas de clase disruptor no sólo durante el resto de esta misión, *Capitán*, sino durante la duración de esta guerra dejada por la Fuerza! —dijo él—. O haré que se enfrenten a una *corte marcial*.

Cuando no recibió ninguna aceptación, Obi-Wan se irguió y lanzó su dedo hacia la cara de Nilo.

—¿Está *clara* esa orden, Capitán? ¡*Ninguna desintegración*!

Por sólo un momento, Obi-Wan retrocedió a esa mirada hacia abajo en Kamino con el donante primario de los clones Jango Fett, viendo los duros rasgos, cínicos, del cazarrecompensas tras el visor en T ilegible del comando.

Al fin Nilo respondió.

—Como desee, General.

Clones, se recordó a sí mismo Obi-Wan. *Clones… no Jango*.

Y entonces, en el silencio subsiguiente, un pequeño sonido, persistente y lastimero se volvió de repente despiadadamente claro.

—Maestro, —dijo Anakin.

Obi-Wan se volvió hacia el sonido lastimero para ver lo que ya sabía.

Sólo que no era lo que había esperado. Era mucho, mucho peor.

La arrodillada Kharys. Empapada en sudor y lágrimas, cubierta de heridas. La sangre supurando de sus heridas, tatuando su pálida carne color lima en rastros irregulares, pintando el suelo de la caverna gota a gota. Su espada a su lado, ennegrecida por las entrañas de los comedores de sangre.

Allí yacía Klarymére. Su cabeza sobre el regazo de su hija, muerto o moribundo, yaciendo en una postura extraña sobre su lateral. Un apéndice quitinoso gigante, carmesí y amputado, caprichosamente arrancado de su propietario, mordiendo a través del pecho del patriarca como un diente de rancor crecido de más, haciendo pétalos de su carne azul como en una incipiente everlily. Las lágrimas de Kharys bañando su cara, gota a gota, serpenteando hacia sus labios separados.

La boca de Klarymére se movió… saboreando la muerte.

—O… Obi-Wan, —dijo él.

El general de la República se agachó junto a él.

Durante mucho, mucho tiempo, Klarymére no dijo nada. Luego, sus labios funcionaron… escupiendo una última orden de un lugar más allá de la consciencia.

—Magnus… —dijo él—, debe morir.

Obi-Wan palideció.

Por un instante, vio la cara de Qui-Gon.

—Haremos… lo que debamos hacer, —prometió Obi-Wan.

Los ojos azules del patriarca se movieron infinitesimalmente.

—Sky-walker…

—Sí… —dijo Anakin suavemente—. Se lo prometemos.

La consciencia abandonó la mirada de Klarymére, y Kharys gritó inútilmente hacia su padre.

Pero desde ese lugar más allá de la consciencia, Klarymére le entregó a ella sus últimas palabras.

<Hija,> susurró él. *<Serás… una gran matriarca.>*

Entonces el Señor de Skye exhaló el patente aliento de la aniquilación… y se convirtió en el todo.

***

Durante un tiempo, Kharys simplemente acunó la cabeza de su padre y lloró.

La estridente oscuridad aún fluía de su cuerpo, drenando el vívido color de su piel azul clara, la sangre supurando sobre sus piernas, empapándolas en un calor pegajoso.

Kharys selló su mente de la posibilidad de todo tipo de pensamientos. El tiempo para ella no tenía sustancia. La muerte no tenía ningún significado. Sólo estaba el vulgar latido de su corazón. Su corazón, desgarrado de desesperación, con una hemorragia de dolor.

Cantando con la agonía del…

…amor.

Amor.

Sin palabras, la chica acopó sus manos bajo la cabeza de su padre y, con una inmensurable delicadeza, le colocó en el suelo de cristal.

E incluso antes de que lo hiciera, el General Kenobi sabía qué iba a hacer a continuación.

—No lo hagas, —dijo el Maestro Jedi.

Pero Kharys ya había cogido su espada, la había bautizado en el plasma del comedor de sangre y había caminado hacia delante para terminar lo que había empezado.

Ahí yacía el culpable. El asesino de su padre. Kharys juzgó al Oskan fallecido con unos ojos muertos, insensibles.

—Anakin… —dijo el Comandante Ventor.

Pero Ani no hizo ningún movimiento para detenerla de su horripilante responsabilidad.

Una. Y otra. Y otra vez: su hoja afilada cortando como un hacha, seccionando brazo de torso, cortando espinazo de músculo, pezuña de pata… y otra vez: separando el pecho de la bestia, cortando su garganta en dos, dividiendo las puntas succionadoras… Y otra vez: fileteando cada centímetro de la bestia con una vitalidad únicamente adolescente, el suero de sangre Oskan obsidiana, mezclada con la de sus víctimas, volando caliente en arcos sublimes, empapando a la joven destructora sin ninguna decencia o ironía, salpicando su cara, sus ojos, sus dientes, sus piernas y brazos y pelo.

Y conforme arqueaba su espada hacia atrás por encima de su cabeza para continuar con la masacre perpetúa, un agarre irrompible pinzó sus muñecas.

Los dientes apretados y los labios curvados de ira, Kharys giró hacia el intruso.

—Suficiente, —dijo Ventor, juntando sus muñecas en un agarre musculoso.

Una breve disputa lanzada, Kharys tratando desesperadamente de liberarse del fuerte agarre del Jedi. Ella mostró los dientes, al límite de liberarse a mordiscos… pero al final, el cansancio abrió los dedos involuntariamente, su instrumento de reconciliación resbaladizo de sangre deslizándose de su agarre y chapoteando en el suelo empapado de sangre.

Ella se desplomó en el agarre rígido del Jedi.

—*Hal*, —escuchó ella decir a Ani, su voz apenas controlada—. *Déjala. Ir*.

***

Anakin observó la pesadilla desplegarse, incapaz de moverse. Incapaz de negarle a Kharys su sagrado derecho a la justicia… por muy bárbaro que fuera. A masacrar al asesino de su padre como el malvado animal incapaz de pensar que era.

Vida, muerte y la Fuerza… necesitaban ser equilibrados sin fin.

Pero conforme Halagad se metía en la retribución de Kharys, algo en lo profundo de Anakin, algo primordial, resplandeció. Conforme Halagad inmovilizaba las muñecas de la chica, sosteniéndola indefensa como a un trofeo, Anakin sintió ese incontrolable *dragón* de emoción escarlata —el que casi le consumió en Zonama Sekot hacía años— cobrando vida…

¡ANAKIN! ¡ANAKIN, NO!

A través de sus dientes apretados, ordenó:

—Déjala ir. —Pero Halagad no lo hizo. En su lugar, su mejor amigo le miró con dureza, la postura de Halagad naturalmente inclinando hacia arriba su mentón en desafío.

Un arrebato recorrió a Anakin. Recordó a Halagad contándole cómo abandonó a Tia Organa…

Y la imagen de Padmé, colgando indefensa, de repente remplazó a Kharys. Y entonces…

Mamá…

Pero antes de que la mano de Anakin alcanzara su sable láser, Halagad cuidadosamente bajó la forma débil de Kharys, permitiendo que su cuerpo cayera sobre su charco de venganza.

Con un alivio aplastante, Anakin sintió al dragón dentro de él ceder.

Se volvió hacia Obi-Wan. Su maestro estaba sacudiendo la cabeza.

Una voz llamó desde delante.

—Comandantes… vengan a echarle un vistazo a esto.

Anakin se quedó donde estaba mientras Obi-Wan y Halagad se abrían paso hasta el comando. Pero incluso desde donde estaba, podía ver lo que el clon estaba señalando.

El colapso provocado por el detonador de *Clase D* había abierto un agujero gigante en el techo de la caverna. Por encima flotaba el cielo nocturno… lleno hasta rebosar de los fuegos de cien mil millones de estrellas.

—Hemos triangulado y comprobado dos y tres veces las coordenadas, señores, —dijo Nilo, de nuevo el modelo perfecto de profesionalismo—. Esa es la Montaña Canaitith directamente sobre nosotros.

El pico más alto de Skye. Y dañándolo como una corona ilegítima, el castillo de Zeta Magnus.

Kharys les había guiado bien.

—Es la hora, —dijo Obi-Wan.

Él se volvió hacia Halagad. Y ambos se volvieron hacia Anakin.

Poniendo una mueca, Anakin se movió hacia la forma encogida de Kharys.

—Kharys, —dijo él, lentamente extendiendo su mano.

Su cara triste, manchada, alzó la mirada hacia él. Una mancha oscura, en forma de pera —un vaso sanguíneo explotado— colgaba justo bajo su ojo.

Anakin abrió su mano… mostrándole una unidad de comunicación.

La apertura colapsada había vuelto a permitir sus comunicaciones de corto alcance.

Kharys simplemente miró a la unidad.

Entonces, suavemente, ella la cogió, y la encendió.

—Aragh. Aragh, aquí Kharys, —llamó con voz ronca—. Respóndeme.

El silencio reinaba. Ella oprimió el interruptor para intentarlo de nuevo.

—*Milady*, —irrumpió una voz por el comunicador—. *¿Está a salvo?*

—Lo estoy.

—*¿Dónde está el patriarca?*

—Nuestro patriarca… se lo ha llevado el Gran Viento.

Kharys esperó. No hubo respuesta.

—Sirviente…

—*Él era como un padre para mí en todos los sentidos salvo en el nombre. Lo siento, chica*, —balbuceó Aragh—. *Sin embargo, no creo que estas noticias deban ser compartidas con nuestra gente hasta después de nuestro asalto… si aún va a haber uno*.

—Fue el deseo de muerte de mi padre, —confirmó ella—. Iniciad el plan de ataque: *Vozburk*.

Vozburk. El término arcaico para una guerra con todo entre los Celestiales y los demonios moradores de la tierra de Skye.

—Nuestro acero y garras arrancarán carne en una hora, —dijo Aragh.

La comunicación se cortó.

—Milady… —dijo Anakin.

Kharys le dio el comunicador.

—Es blasfemo que el patriarca de los Celestiales muera en este submundo maldito, olvidado de los cielos, —dijo ella, derramando sangre y lágrimas mientras se limpiaba el dolor de la cara—. Debo llevar a mi padre al Monte Krisklar inmediatamente, donde los skingles puedan comerse su corazón, ojos e hígado de una forma respetuosa.

Conforme la chica levantaba a su padre, Halagad le dio un codazo a Anakin.

—Vamos, —dijo él.

Anakin apartó la mirada sólo con gran dificultad. Pero cuando finalmente se volvió hacia su amigo, sus ojos se abrieron como platos.

Halagad estaba sosteniendo el lateral derecho de su cabeza empapada de sangre, como evitando que se le saliera el cerebro. Largos riachuelos rojos recorrían su cuello y desaparecían bajo su armadura.

Halagad extendió su otra mano en un puño cerrado, sangriento. Mientras lo abría, Anakin contuvo el aliento, medio esperando ver la masa desgarrada de una oreja.

En su lugar, había un mechó de pelo firmemente enrollado.

—Mi trenza de Padawan, —dijo Halagad—. El kriffido comedor de sangre la ha cortado.

Anakin respiró.

—Piensa en ello como un ascenso, pastor de nerfs. Nunca ibas a llegar a caballero de otro modo.

—Púdrete en el espacio, Ani.

—Magnus primero.

—Capitán, —dijo Obi-Wan—. Que sus hombres, por favor, provean de algunos de sus analgésicos y gasas al Comandante Ventor.

—Señor.

Conforme Kharys caminaba hacia ellos con el patriarca en sus brazos, Anakin dijo la única cosa que podía pensar decir.

—Gracias… Kharys, —él flaqueó—. Y… que la Fuerza te acompañe.

Sus ojos descorazonados se cruzaron con los de Anakin. Esos mares de verde rogándole que viniera con ella.

La culpa estrujó el corazón de Anakin. Y él recordó aquellas palabras crueles del Maestro Qui-Gon, hacía una década. Acerca de cómo él no había ido a Tatooine para liberar a los esclavos… ni para salvar a un chico sin esperanza o a su pobre madre.

Anakin no entendió al Maestro Jedi entonces. Pero el Elegido, con millones de s'kytri dependiendo de sus poderes, ahora conocía la amarga verdad…

Él tenía razón.

Asimilándoles a todos, los ojos emborronados de acusación, ella declaró:

—El Entyrmion se os lleve a todos.

Con el corazón pesado, Anakin observó, junto con sus hermanos Jedi y los comandos, cómo Kharys salía disparada a través de la apertura del techo con su padre… transformada por su Caza de Iniciación, en esas pocas horas, de una chica adolescente a un ángel roto.

—Caballeros, —suspiró Obi-Wan—. Tenemos un infierno de escalada por delante.

INTERLUDIO

Yo soy Zeta Magnus.

Yo soy un experimento.

Empecé la vida como nada… nada de consecuencia, de lo que estar seguro. Sólo una idea. Pero los pensamientos son cosas, y los arkanianos nunca hacen nada a medias. No cuando se trata de ciencia.

Cuando los Renegados Arkanianos construyeron sus Asimiladores, guerreros cyborg capaces de reconstruirse a sí mismos con casi cualquier cosa —incluyendo las partes del cuerpo de su presa— los científicos del Dominio casi se rieron, respondiendo con su propia parodia xenobiológica. Empalmando sus propias secuencias genéticas con aquellas de los ogrescos yaka, los degenerados rakghouls, los androides amorphiianos de pluri-interfaz, los dianoga come-escoria y otras vísceras de perdición, el Dominio Arkaniano reprodujo a los monstruos más exquisitos jamás concebidos.

Yo soy uno de esos monstruos.

Tan sólo mis dimensiones ya me cualifican para el título. De casi cuatro metros, he hecho que hasta los rancors ferales se detengan. Pero también me he ganado por derecho este epíteto por mis trabajos… como han sido testigos innumerables mundos por los gritos moribundos en cientos de lenguas alienígenas. Me he tomado el tiempo de memorizar las lenguas de todas y cada una de mis víctimas… el proceso requiere sólo un par de horas, similar a mi aprendizaje de la vioflauta mawanesa, el arpa drumheller o el laúd zeltroniano. *Amo* la cuerda. Pero mi corazón se alegra más con mi pipa nalargon B'omarr. Se dice que nadie fuera del credo B'omarr ha dominado este motor de rapsodia infiel. Pero yo lo he hecho.

Porque yo soy un genio.

No pedí este intelecto. Y los dioses, si pudieran existir, están exentos de culpa del mismo modo. Los señores de la tecnología arkanianos, todos perversos experimentadores, son los que elevaron mi coeficiente de inteligencia a alturas obscenas con sus implantes noológicos. Ahora, yo paso el tiempo abstrayéndome en la poesía de los algoritmos metatemporales y la suave familiaridad de los sueños hiperdimensionales.

Nuestra guerra con los Asimiladores nacidos a la fuerza fue violenta, calculada, sádica… suculenta. Pero después de que se le pusiera fin a la revolución, el Dominio Arkaniano sistemáticamente y con poca simpatía destruyó todos mis hermanos creados erróneamente. Sólo yo escapé, el primero y último de mi especie, perdido y lleno hasta estallar con un deseo sin nombre. Por un tiempo, el Dominio regularmente despachó a sus comandos detrás de mí, pero cesaron ante mi retorno consistente, diligente, de sus restos despedazados. El asesinato me llegó naturalmente, pero contra todos estos organismos comunes no regenerativos, esa *gente*, la actividad se traicionaba a sí misma como generalmente monótona. Demasiado *predecible*. No pasó, por lo tanto, mucho antes de que descubriera la especia picante de la venganza metódica, inconsciente.

Después de digerir a mis creadores, de nuevo encontré mi hambre sin nombre sin ser correspondida… hasta que acoplé mi afecto por el derramamiento de sangre con la más vernácula de todas las entidades.

El tiempo.

He rapiñado por la galaxia durante tres décadas, desde los límites galácticos hasta su núcleo más profundo… aprendiendo lo que requería, tomando lo que deseaba. Primero, destruí con un abandono aleatorio, descubriendo a continuación los placeres matizados y refinados de la premeditación. Pero fue mientras cenaba en el córtex cerebral del penúltimo de mis creadores que me golpeó un resplandor con el auténtico significado, y placer, del terror.

Tiempo… tiempo *infinito*. La tortura podía ser *atroz*, la muerte manufacturada en escalas *épicas*. Todo lo que se requería —a pesar de las singularidades tetradimensionales— era una *sensata* deferencia al *tiempo*. Esto me complacía. Una fuerza esclava era fácil de domar, conforme era persistentemente seguido por admiradores salvajes, científicos y sabios por igual, drones de cada estirpe desesperados por algo en lo que creer, preparados para proyectar en mí el estigma de todo modo de sinsentido inconcluso. Con su devoción, fue capaz de tallar un reino desde los límites más lejanos de la galaxia.

Por supuesto, no es una tarea pequeña el ser contado como un coloso entre los gobernantes de lo desconocido. No me he enfrentado a ninguna escasez de curiosidad por parte de mis eclécticos vecinos: los molestos vagaari y los piratas ebruchi, una masa amorfa sabia y una bio-nave esquizofrénica del vacío, para no decir nada de la Ascendencia y el Imperio Shreeftut. Pero he estacado mi afirmación y mantenido el terreno. Encantadoramente, mis «Mundos Oscuros» estaban incluso «bendecidos» con una dispensación religiosa de aquellos nihilistas rhandite vanidosos. Ahora, mi reino existe como un monumento a mi obsesión por encontrar esa cosa sin nombre que añoro encontrar.

Y al fin, lo he encontrado.

Porque, al fin, me estoy muriendo.

Mi aflicción no es ni una herida ni enfermedad. Mi aflicción es, más bien, la pura perfección genética. No es de extrañar que el Dominio dejara de perseguirme, ya que construyó sus monstruos para que duraran sólo un tiempo. Y yo, siendo lo que soy, me encuentro en la hora programada.

El tiempo, al fin, me está matando *a mí*.

Pero sé que no nací para morir. La esencia de todas las cosas vivas no es alguna energía mística invisible. Es pequeña, sí, pero es concreta, real y, más importante, *inmortal*. No hablo de los midiclorianos, que, como todas las formas de vida, al final no son más que su progenie; me refiero en su lugar a esa partícula primordial que es inmortal.

ADN.

Los arkanianos vieron que mi especie no fuera capaz de la reproducción natural. Aún así, una ausencia de genitales no es un gran impedimento. Como mis comedores de sangre, sería un juego de niños gestar un clon de mí mismo. Con seguridad, podría entonces bombear mis recuerdos a esta criatura. Aún así, esa criatura, física y mentalmente idéntica a mí como pueda serlo, seguramente no sería yo. Tengo poco uso para la metafísica, pero ninguno para la estupidez. Una cosa que *yo* puedo crear, que *crea* que es yo, no soy *yo*… la risible postulación cuántica que prostituye mi duplicación en una infinitud probabilísticamente falsa de realidades también condenadas. El tiempo y la anarquía microscópica han conspirado para dar lugar a la plétora de toda la existencia, garantizando la perpetuidad de la materia viva al escaso coste de la continuidad del ego.

Mi consciencia, por lo tanto —lamentablemente— no está embebida en mi código genético.

Pero aún podría ser.

Ya que he hecho un trato con un Lord Oscuro.

El hombre —y él es de todo menos un hombre— profesa haber desbloqueado el secreto de la inmortalidad, confiándome que pretende por lo tanto prolongar su vida mil, incluso diez mil años. Y me ha prometido este secreto, a cambio de mis depravados talentos.

El Sith es divertido. Se cree un dios. Pero lo mismo lo hacían mis madres y padres arkanianos, antes de su metabolismo en mi intestino delgado.

La duplicidad es una preocupación obvia… confío en el Lord Oscuro incluso menos que en mis creadores. Pero he visto la seguridad arrogante en sus ojos y sé esto: el Lord Oscuro *cree*, absolutamente, que *él* vivirá para siempre. Aunque soy un escéptico nato, he sido testigo de las cosas que aquellos llamados maestros de la Fuerza pueden hacer. Son esas condiciones combinadas las que han provocado mi apuesta en el juego del Lord Oscuro. Tanto si él lo sabe o no, el Sith ha asegurado mi destino. Ya que me ha hecho una promesa, y si él no me concede la eterna inteligencia, le daré un nombre al propósito sin nombre de mi vida.

Matar al Lord Oscuro antes de morir.

Y por lo tanto, he ayudado a sus secuaces Confederados a elaborar el ácaro corrosivo de la piedra y las plagas de virus azul, provisto a su comandante supremo cyborg con muestras de mi suero 3L41UH7 mutagénico, y concedido acceso al Conde Dooku a mis instalaciones Wayland para sus tejidos dashta y el ejército de las sombras. Después de todo, aún controlo mi cámara acelerada GeNode, a salvo oculta dentro de las ruinas de Dantooine… el cebo que diseñé para que mi viejo amigo Mace lo viera. Y, por supuesto, está ese medio-bot curniculado que reviví de la insignificante tarifa de un quetarra de doble cuello, ocho cuerdas y un nombre de guerra más pintoresco.

Mis Oskans, aunque divertidos, han sido sólo una distracción; mis minas orbitales, ocultas con una tecnología N'Gai primitiva, meramente un medio para un fin. Es para las primeras causas para lo que siempre tenemos que permanecer sensibles: mis acechadores Jedi estaban condenados en el instante en que aceptaron su mandato.

Ahora, aquí en Marat V, personalmente espero a ese hijo de la profecía, «el Skywalker.»

El Lord Oscuro no es infalible. Incitado por los ojos de mis aliados —muertos, rojos, oscuros y triplicados— he descifrado el más oscuro secreto del hombre. *Sé* quién es. El Sith es probablemente el hombre más astuto que jamás he conocido, por breve que sea mi vida. Pero aún… es sólo un hombre.

Yo soy otra cosa.

Mi promesa de llevar la masacre bacteriológica a los mundos de la República no es ninguna amenaza vacía. Yo soy, en el análisis final, un monstruo de palabra.

Si el Lord Oscuro no logra mantener la suya, yo le desharé.

Centímetro a centímetro.

Molécula a molécula detectable.

Yo soy un carnicero. Un bárbaro. Y un loco.

Yo no soy Zeta Magnus.

Yo soy un experimento.

III. CAUSA PRIMERA

Los cielos sufren la hemorragia de la guerra civil.

En los cielos nocturnos del montañoso Marat V, unos cañones bláster desgarran las nubes de s'kytri mientras Aragh, leal siervo del patriarca muerto, se une a sus seres queridos en extirparse unos a otros. En un lado corpulentos y deformes Extranjeros rubí y tangerina corriendo, una vez una casta denigrada de granjeros y sacrílegos «caminantes» y ahora gárgolas sin mente defendiendo a su Magistrado recombinante. Asaltándolos están los «Celestiales» de piel azul y jade de los clanes de las Tierras Altas y las Tierras Bajas, dejando de lado sus diferencias lo suficiente como para masacrar a la raza esclavizada de hermanos y hermanas que siempre tenían en un común desdén.

Incluso para la mayoría de los estándares, el destino es particularmente cruel esta noche. Excepcional como lo es la vista de los s'kytri durante el día, rastreando a los kristenmet saltando y a los skingles volando alto a una distancia de un kilómetro, es casi inútil a la luz de la luna. Pero aquí, asediando la cumbre más alta de Skye, las montañas envueltas en niebla ahora hacen una *completa* burla de la agudeza visual. Los soldados volantes derramaban sangre como animales salvajes en la completa oscuridad, luchando y destripando, las garras cortando y las espadas chocando, lanzas y fuego de bláster acribillando haciendo los cuerpos voladores pedazos. Cada ejército volador mutila con una resolución incurable: una dinamizada por la perfecta seguridad de que eran señores nacidos de los cielos, los otros por la desolación patológica de toda consciencia, salvan esa intuición abrasadora de la humillación por retribución.

Depredan los unos sobre los otros como águilas en duelo, olvidando a los seres queridos, los miedos y a sí mismos en la sed inmortal del instinto asesino por una noche necesaria de éxtasis abyecto. Consignada al olvido, la masacre se zambulle en una majestuosidad insonora… consumida en esa sublime totalidad de oscuridad permanente debajo.

***

Conforme el ruido de la autodestrucción estallaba arriba, su descendencia —caliente, roja y generosa— llovía sobre un trío de Jedi y un escuadrón de comandos escalando una montaña vertiginosa.

—¿Crees que el Gran Tirano nos dejará descansar un minuto una vez que lleguemos a la cima?

—No te preocupes, Hal. Cuando consiga mi propio retiro en la montaña… podrás sentirte como en casa.

—Necesitarás convertirte en un tirano primero.

—*Aún* estás invitado… ¿Cómo van esos analgésicos?

—Lo mejor que esos impuestos de las rutas comerciales pueden comprar.

La marcha no era fácil. La fortaleza de Zeta Magnus se asentaba imperiosamente sobre el ápice de Skye, la Montaña Canaitith. Puede que hubiera habido montañas en la galaxia más espléndidas o traicioneras, especuló Anakin, incluso montañas más tristes… pero ninguna podía competir con Canaitith por su pura altura humilde. Desde esta altura, la curvatura hipnótica del mundo se quedaba al descubierto.

Con Lord Klarymére muerto y Kharys llevándose su cuerpo a salvo, los Jedi y los clones fueron abandonados con sus propios dispositivos sin alas para conquistar el pico. Afortunadamente, sin embargo, el buen músculo de toda la vida, los lanzadores de púas grapa y un par de saltos ayudados por la Fuerza programados duraron un largo rato. También ayudaba que la niebla de la montaña les ocultara de los esbirros de Magnus… agarrándose no accidentalmente a sus alrededores como polen a la lana de nerf.

La Fuerza, meditó Anakin, ciertamente ayudaba a superar ciertas limitaciones.

—Además, —continuó Halagad, su cabeza envuelta en una gasa—. *Tú eres* el que me preocupa. Yo tengo un montón de práctica trepando peñascos en Alderaan.

—¿Entonces por qué, —Anakin se detuvo—, …suenas tan …sin aliento?

El clima templado perpetuo del planeta ayudaba a mantener las cimas de la montaña rozando el cielo libres de nieve. Pero pese a ser su atmósfera más densa en oxígeno que la media, el aire a esta altura era inevitablemente más escaso. Anakin sentía que sus pulmones y sus músculos ardían del cansancio mientras trepaban en equipos fluctuantes de dos hombres —clon, Jedi, clon, Jedi— alternando entre uno y tres cuerpos compartiendo un saliente precario a la vez. Los analgésicos y estimulantes de los comandos entregados por la República se habían convertido rápidamente en su apoyo favorito.

—Señores, —inquirió el clon junto a ellos. Xoni, quizás—. ¿Por qué no simplemente vuelan los Jedi?

—Eso es… más difícil de lo que parece, —dijo Halagad, lanzando sus ojos hacia Anakin—. A no ser que tengas un STAP de un droide de combate a mano.

Anakin encogió los ojos hacia la noche, apuntando su siguiente disparo de grapa cuidadosamente.

—Confía en mí, Xoni…

—Kupe, —le corrigió Kupe.

—La levitación no es como fumigar cultivos, Kupe.

—Roger a eso, señor.

En teoría, ciertamente, aunque limitada, la levitación telekinética no estaba fuera de cuestión… simplemente era increíblemente debilitante. Si los bebedores de sangre del Entyrmion eran una indicación, los Jedi necesitaban conservar cada gramo de fuerzas para las defensas de la fortaleza y capturar al terrorista genético con vida.

Con vida. Las órdenes del Maestro Windu habían sido claras. El Canciller Supremo Palpatine quería arrestar a Magnus para que se presentara a juicio por sus actos de exceso. Pero incluso con tres Jedi y cuatro comandos de la República, había un motivo de preocupación. Por todos los registros, Magnus era diabólico. Si realmente era responsable

de tales atrocidades como la reciente epidemia del ácaro de la piedra y la flota del virus colmena *Katana*, era una fuerza a tener en cuenta. Anakin sólo podía imaginar los terrores que el Magistrado le guardaría dentro de su santuario aéreo.

Y entonces estaba el bantha en la habitación, también.

Con su último aliento, Lord Klarymére había suplicado que Magnus debía morir… y Anakin nunca se había tomado tales últimas palabras a la ligera. Ni tampoco lo hacía Obi-Wan… o Anakin nunca habría aprendido los caminos de la Fuerza, nunca habría visto todas las estrellas en la galaxia… *Casi todas ellas*. Nunca habría hecho a Padmé suya y sólo suya.

…Nunca habría abandonado a Mamá para que muriera en Tatooine.

Su púa grapa golpeó su marca. Anakin envolvió su mano alrededor del dispositivo y suspiró… de alivio o fatiga, pero probablemente ambos.

—Casi *deseo* que hubiéramos sido atacados por STAPs, —dijo él.

De repente, un chirrido perforó el aire. Pero no fueron máquinas con droides de combate lo que vino como furias a través de la niebla.

Un trío de Extranjeros macabramente deformes, dos mujeres bermellón y un hombre naranja pastel, cayeron sobre ellos como murciélagos-halcón en zambullida.

Los pies con garras arañaron hacia las caras expuestas de Anakin y Halagad mientras las enormes alas genéticamente reforzadas de las criaturas les golpeaban contra las rocas y les desequilibraban precipitosamente. Los Padawans golpeaban con una mano a la arremetida mutante, escudando sus ojos con los antebrazos en gancho. Pero Kupe con su armadura completa saltó a la acción. El comando disparó una ventisca concentrada de rondas hacia una de las harpías pestilentes, golpeándola llena de agujeros. Halagad, en armadura en su mayoría, entonces tomó su oportunidad, *lanzándose* hacia el humanoide perforado con una mano gigante, invisible. Se sacudió como un mono beek dentro del agarre intangible del Jedi antes de que Halagad aporreara a la bestia concluyentemente hacia los peñascos de la montaña.

Para que no le superaran, Anakin agarró una extremidad rojiza en su agarre esquelético, prostético, y despiadadamente *apretó*, aplastando la pierna inferior del Extranjero aullante hasta hacerla pulpa mientras tiraba del mutante hacia el suelo. Kupe no desperdició la oportunidad. El clon hizo estallar un globo de fuego, envolviendo al zombi deforme en un capullo ardiente. Golpeó el saliente en llamas junto a sus posibles víctimas, golpeando violentamente justo antes de que la bota de Kupe le lanzara como una cerilla apagada hacia el abismo.

Simultáneamente, sin embargo, el tercer volador atroz penetró las defensas de Anakin. Él sintió el corte al rojo vivo de las garras y su mente se volvió una concentración pura, desgarradora. Su brazo derecho se disparó hacia fuera con la Fuerza, y la mujer rubí aullante cayó antinaturalmente en silencio. Las manos en su garganta, las garras de la s'kytri sacaron sangre, como si desesperadamente estuvieran tratando de rasgar agujeros en su propio cuello. En pánico, las alas aleteando alocadamente, retrocedió.

El sable láser de Anakin se encendió en su otra mano. Sosteniendo la espada verde como una lanza, captó la atención de la criatura ofensora. Impulsada por un poder que no podía entender, la mutante luchó salvajemente, indefensa —en silencio— mientras *lentamente* se ensartaba a sí misma, por la tripa, en el plasma empalador, caliente, de Anakin… cocinándose centímetro a centímetro torturador de dentro a fuera.

Y cuando su cuerpo alcanzó la empuñadura, Anakin finalmente liberó su agarre en la Fuerza… cediendo a la gravedad el espantoso desenlace.

Desactivando su sable láser, Anakin colocó sus manos en ambas rodillas, jadeando.

—*Por el caos,* Ani, —dijo Halagad acusador—. ¿De qué demonios iba *eso*…?

—Estoy *bien*, —explicó Anakin—. Bien… bien hecho, Kupe.

—Es más fácil de fumigar cultivos, señor.

Antes de que Anakin pudiera decir nada, el comunicador de Halagad sonó.

—Comandante Ventor, —saludó él.

—*Padawan, ¿va todo bien allí arriba?* —gritó en respuesta el comunicador.

—Todo está… bajo control, Maestro. —Halagad miró al Extranjero biseccionado, luego a Anakin—. Estamos todos bien aquí, ahora.

—*Probemos a ser un poco más silenciosos la próxima vez. Kenobi fuera.*

Anakin esperaba alguna puntualización inteligente mientras Halagad cerraba el enlace. Pero en su lugar, su compañero Padawan sólo le miró a la cara con intensidad.

—¿Qué? —dijo Anakin.

Con un dedo enguantado, Halagad lentamente trazó una línea imaginaria desde su propia frente a través del rabillo de su ojo izquierdo y bajando por su mejilla. El ceño de Anakin se arrugó, y de repente sintió un dolor agudo por su ojo derecho. Reflejando el gesto de Halagad en su propia cara, se dobló del dolor. Cuando retiró su mano, una mancha roja cubría su dedo dorado.

—Esa es una buena, —dijo Halagad.

—Quizás llevar algo de armadura no es tan mala idea, —admitió Anakin.

—*Bacta* es lo que necesitamos ahora mismo.

—Quizás podamos pedírselo amablemente a Magnus.

—No te preocupes si deja cicatriz, Bordeño. A las *féminas* les encanta. Además, hace una buena diana.

—Hace que me alegre el doble de que Ventress no esté por aquí, entonces, —dijo Anakin—. Pero quizás tienes razón. Crees que alguien de la realeza Alderaaniana y un Jedi como yo…

—Cuidado, Skywalker.

—Si han terminado, comandantes, —dijo Kupe—, deberíamos continuar.

El clamor del combate creció. Unos proyectores láser automatizados chillaron fuego en las nubes del caos por arriba y los gritos de batalla s'kytri llevados por el viento, mientras el equipo de la República al fin alcanzaba la fortaleza.

Quedaba menos de una hora para el límite genocida de Magnus.

La fortaleza-guarida del Magistrado era un espectáculo arquitectónico. Construida completamente a partir de gypryst por los aduladores zombificados de Magnus, la fortificación desigual parecía epitomizar el alma trastornada de su dueño. Dos torres serennesas cruelmente aristocráticas, equivalentes en estatura, depredaban a una sección primaria rectangular… creando la apariencia de una cruz matemática digna de adoración por parte de los givin. Una tercera torre, superándolas en altura por la mitad, se alzaba desde el centro entre las otras dos, emulando un gesto único korunnai de un dedo irreverente.

Ventanas colosalmente poco prácticas, al moderno estilo onderoniano, decoraban cada lado de la estructura. La mayor de esas ofensoras ostentosas ornamentaba el frente y la parte trasera de la sección media con la forma inequívoca de una daga de doble filo, apuñalando en direcciones opuestas a través de la longitud de cada cara. Sobre cada torre, unos minaretes de aspecto orgánico como agujas de un enjambre geonosiano pinchaban hacia el cielo, y los rastros reveladores de heliotropo s'kytri trepaban por la superficie del castillo como laceraciones sin sanar. Los cimientos de la fortaleza finalmente se fundían sin fisuras en la propia roca de la montaña, como si todo Canaitith fuera pronto una escultura en homenaje al Gran Tirano.

La fortaleza de color champán parecía no tener una fachada principal, y sin ella, cualquier acceso obvio, salvo la terraza central o los balcones que circunscribían los minaretes, sobre los cuales los Extranjeros biológicamente alterados iban en enjambre como véspidos nevoota airados.

Afortunadamente, la mayoría de las baterías láser defensivas se agrupaban alrededor de esas áreas. Después de todo, una invasión desde abajo era casi impensable. Cuidadosamente, de forma que no alarmara a sus sensores de proximidad, Anakin disparó su lanzador de púas hacia un saliente protuberante. Se hundió con un shunk satisfactorio y, cuando las baterías no reaccionaron, se elevó a sí mismo un tercio del camino subiendo el muro de la fortaleza. Luego, él dio una señal, observando mientras los golpes quirúrgicos desde abajo hacían estallar sistemáticamente los proyectores láser a su alrededor. Sólo los soldados clon de la República eran tan precisos.

Aunque las numerosas ventanas de la ciudadela se convertían en objetivos tentadores, el crujir de energía delataba sus escudos de rayos protectores. Pero los Caballeros Jedi estaban bien versados en las artes quirúrgicas. Enganchando el cable grapa al cabestrante de su cinturón, Anakin encendió su sable láser y lo clavó en la fortificación. La espada entonces talló un anillo de un metro y medio con la rigidez de un escalpelo láser… una virtud, había que admitir, el obsceno grosor de la pared era mayor que la paciencia de un Padawan.

Anakin apenas había concluido su trabajo manual antes de que la impaciencia golpeara su palma de metal en el agujero por crear en la pared con una fuerza sobrenatural. Pero en lugar de salir como un corcho, la franja meramente se sacudió a medio camino, rechinando horriblemente y lanzando un estremecedor gruñido por la fortaleza.

—*Otro camino, Elegido,* —opinó su comunicador.

—Come chuba, pastor de nerfs.

—*Ese no fui yo*, —dijo una voz más joven.

El Elegido se encogió.

—Cierto. Lo siento, Maestro.

Agarrando la cuerda de la grapa firmemente, Anakin dio una patada para alejarse del muro. Una vez. Dos veces… la Fuerza amasándose quinéticamente en sus extremidades inferiores. Y mientras se balanceaba hacia atrás, sus pies *crujieron*, haciendo implosionar la losa dentro de la ciudadela.

Anakin se lanzó tras ella, rodando en una posición preparada con el sable láser, dispuesto a abatir a los centinelas Extranjeros y a cualquier otra abominación que Magnus tuviera patrullando. Su hoja lanzaba sobre todo en la habitación un verde enfadado.

Pero sólo fue eso.

No había nada *en* la habitación.

Sólo Anakin. Cuatro paredes… y su vela sobrecualificada. Pero en un señalado contraste con la fachada exterior, el interior estaba empañado en un cromado frío, reflectante.

—Cien por ciento, —dijo por su comunicador al fin. Argot estándar de soldado clon para *todo despejado*.

Nilo, llevando su hombrera distintiva, fue el primero en seguirle a través del portal. Pero si el capitán comando se preocupó, o siguiera entendió, la evaluación de Anakin, no lo demostró. Siempre profesional, entró en la habitación oscura, con las luces del casco buscando, el DC-17m preparado.

—Dije que es seguro, —dijo Anakin.

Las luces de los lumas focales de Nilo se congelaron sobre Anakin, como si algo hubiera dejado temporalmente perplejo al clon.

—*Doscientos* por ciento es mejor, Comandante, —dijo Nilo finalmente—. Tarks, procedan con cautela.

Los restantes comandos siguieron a Obi-Wan y a Halagad dentro, mientras Anakin y Nilo permanecían vigilando. Con todos dentro, dos clones hicieron un reconocimiento del pasillo adjunto antes de dar la señal para que Anakin continuara.

Como la habitación que habían abierto, el pasillo estaba completamente embarrado. Ni un solo tapiz o estatua autoidólatra típicos de los megalómanos de toda la galaxia. Un número de puertas simples talladas en bloques perfilaban el pasillo, cubierto por sí mismo en la misma capa especulada, las imágenes retorcidas de los Jedi y los clones rebotando desde cada ángulo.

—Ultracromo, —dijo Obi-Wan—. Superconductor. Resistente al bláster.

—¿Resistente al sable láser? —preguntó Halagad.

—Hasta cierto punto.

Anakin empujó una de las puertas de heliotropo. Pivotó abriéndose sin siquiera un susurro. Mirando dentro, no encontró ningún trono incrustado de joyas con un Lord Sith obligatorio reposando malignamente sobre él. En su lugar, la cámara estaba igualmente vacía. Como si nunca hubiera sido usada.

Estéril, pensó él.

Algo carcomía la mente de Anakin. Una presión que no podía tocar del todo con su dedo metálico.

—Algo va mal aquí.

Y conforme Anakin salió de la habitación, lo vio.

Al otro extremo del pasillo había un warbot táctico serie T azul real. Del tamaño de un súper droide de combate, el coordinador de campo de batalla Separatista parecía como si la sección media de su cuerpo hubiera sido destripada irreversiblemente. Eso restaba poco, sin embargo, al cumplido intimidatorio logrado entre la proyección de su torso encañonado y sus apéndices progresivamente hinchados, los brazos y piernas engrosándose en una musculatura falsa terminando en los tobillos y muñecas robóticas.

Incluso sin oír aún su vocodificador cecear esas tonalidades estereofónicas característicamente insensibles, Anakin sólo necesitó una mirada a los rasgos siniestros de la cara del serie T dentro de esa caja aplastada de cabeza para recordar al peligroso enemigo que los autómatas notoriamente inteligentes representaban.

Por supuesto, todo eso salió por el puerto de escape térmico mientras el droide dejaba escapar un pequeño y remilgado grito de sorpresa.

—*¡Oh!* —exclamó el warbot.

—¡Tú! —Dijo Anakin—. ¡Detente!

Pero el droide ya se había apresurado en volver la esquina fuera de la vista.

Un comando le dio caza, con el descomunal rifle en mano. Patinó al detenerse cuando alcanzó el punto que el droide había ocupado.

—¡Será mejor que le echen un vistazo a esto, señores!

Los Jedi y los Tarks restantes se unieron a él rápidamente.

Y allí estaba. Una entrada doble, incrustada de joyas, simple pero imponente, cubierta de un cegador aurodium. Bien podría haber sido la flecha marcando un holomapa del tesoro.

Anakin se abrió paso con el hombro junto al clon.

—Buen trabajo, Kupe.

—Xoni, señor.

Anakin asintió hacia su compañero Jedi.

—Sala del trono.

—Es una trampa, —dijo Obi-Wan.

—*Ya* lo sé.

—A la de tres, entonces.

—¿En el Estándar Galáctico o en Thyrsiano? —dijo Halagad, besando su medallón.

—Permítame, señor, —dijo Nilo, descontando con los dedos—: Xoni. Quo. *Kupe*.

Una vez más, la mano prostética de Anakin golpeó con un aplastante músculo telekinético, y esta vez las losas de piedra no se atrevieron a aguantar. Las puertas estallaron hacia dentro, y los Caballeros Jedi entraron con los sables láser encendidos.

Hubo un zumbido de tono alto, una explosión turquesa, algo asfixiante.

—¡Chuba! —gritó Anakin.

Luego todo fue oscuridad.

***

Una tempestad de violencia se arremolinaba sobre Aragh.

Los láseres gritaban por todo alrededor, iluminando la noche como fuegos artificiales, mientras el líder del ejército Celestial se hundía a través del campo de batalla aéreo. Rodando en una voltereta mortal, las garras del pie del s'kytri de las Tierras Altas encontraron su objetivo blando, desgarrando el abdomen de un Extranjero naranja como queso jerba. Justo mientras rodaba hacia arriba, los brazos de Aragh entonces golpearon brutalmente hacia delante, lanzando su lanza de punta dorada a través de la grotesca cara del enemigo, destrozándole el hueso de la mandíbula y perforándole el cráneo. Finalmente, con un poder nacido de la locura, el guerrero de alta cuna sacudió al mutante ensartado en un arco sobre su cabeza, lanzando al cuerpo hacia la negrura.

El asedio había estado encendido durante horas, y Aragh sabía que sus fuerzas cansadas no podían durar mucho más. Cansado él mismo —de la batalla, de sus heridas, del conocimiento del secreto de que su amado patriarca estaba muerto— el siervo parcialmente sólo deseaba durar lo suficiente como para ser testigo de ver a Marat Prime lanzando sus fecundos rayos una última vez, dispersando la ciega noche… Engendro Hija del Entyrmion.

<¡Comandante Alado!>

Aragh giró, su sangrienta lanza en posición, conforme Herana de las Tierras Bajas con el pelo llameante iba hacia él.

<¡Proclama!> Ordenó él.

<¡Sirviente, los caminantes Jedi se han infiltrado en el palacio del tirano!> Dijo ella.

Por un momento, los aullidos del pandemonio cesaron… y el sirviente suspiró con alivio. El viento del amanecer, dulce y frío, llenó las alas y pulmones de Aragh con la única santidad de… la esperanza.

Pero el respiro fue demasiado breve.

Sin advertencia, un inmenso estallido láser resplandeció junto a él, fallando a su hermana Celestial por meros centímetros.

<¡Herana!> —gritó él. Aún así no era el cañonazo anti-aéreo lo que le preocupaba… sino el borrón rojo asesino expuesto por su luz—. <¡*Detrás*…!>

Pero no sirvió de nada. Aragh sólo logró entrever las siluetas mientras el Extranjero enloquecido doblaba hacia atrás la cabeza de Herana y golpeaba con sus colmillos empapados, desgarrando su garganta con un apretón lechoso como un beso húmedo.

Una sombra cayó en picado en la oscuridad… y la esperanza en el pecho de Aragh murió con ella.

Soltando un mortal gruñido, una parte grito una parte lamento, el sirviente lanzó su cuerpo azul hacia la abominación rubí. El movimiento les lanzó a ambos gritando de extremo a extremo, como cometas arcoíris… de vuelta hacia la tempestad arrebatadora de vidas del anonimato.

***

Halagad… estaba soñando.

No fue mucho después de Okonomo. No mucho después de Tia… y abusar de su bienvenida en la Casa Organa. Halagad estaba buscando a un Maestro Jedi. El miralukano ciego Jerec, el bibliotecario Ashka Boda, el disidente Djinn Altis… todos le rechazaron. Halagad era demasiado mayor, decían, demasiado temerario, demasiado apegado… demasiado *obsesionado* con convertirse en Jedi.

Pero Prestor nunca se rindió con él. Ahora como el Senador Organa, se reunía con su partidaria Everen Ettene, una de aquellos Jedi entre la delegación alderaaniana del Maestro C'baoth… hacía tantos años. Ettene vio en Halagad algo de sí misma, saboreando el desafío de hacerle entrar en vereda. Ella le entrenó. Le castigó. Le crió.

Ella me amó… como una madre.

Él ya no podía reprimir el recuerdo.

Recordaba a su padre Ean, su madre Zollet… tan excitados mientras decían adiós. Los Organa les estaban mandando como sus representantes de confianza hacia la reunión anual más grande de aristócratas, intelectuales y filántropos adinerados Alderaanianos hacia el refugio de lujo en la isla paraíso de Okonomo.

Su madre, alta, igual que él, delgada y de pelo caoba. La estricta disciplinaria. Pero ahora mismo… deslumbrante como una colegiala.

Su padre, bajo y fornido, igual que él, rubio y de pecho corto. Sus ojos ahumados siempre sonriendo. Pero ahora mismo… de algún modo triste.

—Supongo que nos vamos a los lobos de sangre, hijo.

—Es más como un paraíso millinar, —dice Halagad—. Tan sólo no olvidéis atrapar algunas causas justas.

—Consíguenos un gato manka mientras estás con Tia, —dice él, guiñándole un ojo—. A tu mamá le gusta el magenta.

—Si te haces daño… —le advierte ella—. Lo sacaré del pellejo de esa niña mimada.

—Sí, mama. Veré de asegurarme de que sus enaguas no se entrometan.

—Pensándolo mejor, rufián, será mejor que ruegues porque esos mankas te alcancen antes de que yo lo haga.

—Vais a llegar tarde a vuestro coche nube, —les dice él—. Os veré cuando volváis.

Halagad sí acabó con un manka en ese viaje de caza. Y esa noche con Tia, disfrutando del bendito calor del corazón incinerador, Prestor se le aproximó… incapaz de ocultar la devastación cargando sus ojos conmovedores.

—Chico, —jadeó él—. Por el despiadado Molator. Ha habido una transmisión…

—Despierta.

Halagad, muy, muy lejos de la conciencia, sintió la orden hormiguear en su oído como el susurro de una amante. Y donde Anakin habría pensado en una reina y Obi-Wan en una duquesa, Halagad pensó en… su hijo.

—Por favor, —llegó la orden de nuevo—. Despierta, por favor, alimaña.

Halagad estaba despierto. Pero sintió su cuerpo paralizado en ese regreso a la consciencia del más profundo de los sueños. Sintió el pánico agarrarle hasta que una instintiva eternidad pasó.

Ahí es cuando abrió los ojos al fin… y registró una realidad de frío terror.

La cosa mirándole a los ojos no estaba viva. Por supuesto, las clasificaciones para la vida galáctica siendo lo que son, eso contaba poco. Ni importaba si las intenciones o no de la cosa fueran categóricamente maliciosas. Lo que importaba era que el droide sentado amenazadoramente sobre el cráneo de Halagad, inmovilizándole en el sitio, estaba leyéndole con unos fotorreceptores rojos sin parpadear y lanzando arcos amarillos de una energía eléctrica torturadora sobre su cara.

Mientras tanto, el droide táctico azul real que les había atraído estaba sosteniendo el sable láser zumbante de Anakin en la garganta de Halagad.

Se sentía completamente desorientado. Sentía como si pesara una tonelada.

De hecho, prácticamente lo hacía.

—Un hombre trampa, —gruñó Obi-Wan.

Hombre trampa.

Como los droides de tortura, no había nada *intrínsecamente* maligno en un hombre trampa. Sólo una física bruta, irrefutable. Aún así, cualquier dispositivo capaz de inmovilizar completamente a un Jedi exigía un módico respeto. Colocados en minutos, los finos dispositivos amplificaban la gravedad dada de un planeta por un factor de ocho sobre sus superficies metálicas. Frecuentemente desplegados por cazarrecompensas, los inteligentes artilugios anclaban a los objetivos ignorantes en plano mientras sus cuerpos se convertían en sus peores enemigos.

Tal aparato no podría generalmente subyugar a los usuarios de la Fuerza indefinidamente. Pero de nuevo, no era generalmente factible lograr saltar sobre un grupo de Jedi en absoluto. Lo que fuera que el droide agachado sobre Halagad estuviera haciendo, aún así, era dolorosamente efectivo y completamente perturbaba su conexión con la Fuerza Viva.

—Esa dieta ithoriana… suena bien… justo ahora, —dijo Anakin.

—Tú y yo… ambos, —respondió Halagad.

—Podría no haber peticiones de comida, —retumbó una voz como el óxido—. Sólo de ejecuciones.

La voz, monstruosamente baja, no pertenecía al droide táctico. Con una visión emborronada, los ojos de Halagad recorrieron la cámara. Ya no estaban en la sala del trono. Lo que parecían ser bioescáneres y cápsulas médicas, y un hedor acre antiséptico, sugerían que estaban en un laboratorio. Aún así, la habitación lograba imitar a una mazmorra con un soberbio éxito. Al contrario de la rudeza en el resto de la fortaleza, aquí las siniestras sopas químicas rojas, verdes y negras llenaban estantes de viales iónicos, tubos de ensayo de cristalpex y buretas, y vasos de precipitado carosite cubriendo las mesas médicas en muros cubiertos de ultracromo. Junto a ellos anidaban colecciones de pequeños criotanques con cerebros, corazones, pulmones y otras vísceras asquerosamente irreconocibles nadando. Igual de inquietante como era la variedad de latas totalmente transparentes con males microorgánicos invisibles.

Un sable láser desactivado —el de Obi-Wan— parecía estar magnetizado en una muesca plateada en la cadera del droide táctico. La postura del autómata parecía más severa ahora, casi orgullosa. Halagad podía ver ahora que *ambos* brazos estaban extendidos dramáticamente hacia sus laterales, el otro apéndice sosteniendo su sable láser verde contra el cuello del cuerpo prono de Anakin también.

—Una carrera en holoteatro… no es demasiado tarde, cerebro de circuitos, —dijo Halagad.

Pero como si lo esperara, el droide de serie T apagó los sables láser repentinamente fuera de la existencia y se retiró a un caballete quirúrgico cercano cubierto de stocks de instrumentos de operación que se hacían cargo de una malevolencia por la virtud de su misma visibilidad: vibroescalpelos, cortanervios, hipojeringas. Sólo fue mientras los ojos de Halagad flotaban sobre utensilios de corte menos elegantes, como sierras láser, cortadores de fusión, hojas ryyk y una alabarda de estilo Kashoonara ridículamente grande, que sintió que su estómago se revolvía.

Fue la alabarda en lo que el droide mostró interés. Intercambiando los sables láser de Halagad y Anakin por el arma, el droide táctico cogió la gigantesca vibro-hacha y la sostuvo como un poste de equilibrio desproporcionado de un equilibrista en la cuerda floja.

Y además del caballete quirúrgico, rodeando los muros como una colección de hidroesculturas nautolanas, había numerosos tanques de bacta. Sólo que las criaturas dentro de los cilindros burbujeantes no estaban siendo sanadas.

Estaban naciendo.

Meciéndose dentro de un tercio de esas incubadoras había comedores de sangre madurando, abriendo la boca ocasionalmente ante el rico néctar rojo que bullía de ellos. Los moradores de los restantes tanques a la vista consistían en Extranjeros s'kytri monstruosamente deformes, meciéndose en un suero verde… sus caras contorsionadas en un dolor indecible.

Y hombro a hombro enfrente de las tinas de nutrientes estaban Nilo y los Tarks.

Como el warbot táctico, los idénticos clones en armadura Katarn se erguían orgullosos y con la espalda recta, todos sosteniendo sus cascos con visor en T en el agarre

de sus brazos izquierdos. Permanecían indistinguibles, salvo por la hombrera identificativa de Nilo y los extraños blásters que dos de ellos habían intercambiado por sus DC-17ms.

Pero, como con los comedores de sangre, eran las *caras* de los clones lo que era más sorprendente. Porque no eran los rasgos familiares, oscuros de Jango Fett. Ni de cerca. Su rostro colectivo era blanco como la ceniza, y el pelo de sus cabezas un shock complementario de plata. Sus narices proyectadas afiladas desde sus estrechas caras, y rodeando sus cabezas había bandas parpadeando con electrónica.

—Buenos días, Comandantes, —dijo Nilo—. ¿Finalmente se está pasando el efecto de esos disparos aturdidores?

El capitán clon golpeó su rifle cálidamente, su acento thyrsiano llegando crispado, sin filtrar por un casco.

—Libérenos, Capitán, —dijo Obi-Wan—. Es una orden.

—No se inquiete, General. Prometo que su liberación, cuando llegue el momento, será especialmente dulce.

La verdad lentamente llegó sobre Halagad.

Imbéciles. Habían sido imbéciles.

Nilo, Xoni, Quo y Kupe no sólo eran comandos *entrenados* por thyrsianos. No. Los clones eran *thyrsianos* juramentados.

Mercenarios de la Guardia del Sol.

—¿Cómo podéis… traicionar a la República?

—Creo que eso debería ser obvio, —dijo Nilo, sus hombres colocándose los cascos mientras se miraban los unos a los otros—. Tan simple como «Uno,» «Dos,» «Tres.»

—Que os borken, —dijo Anakin.

Y ahí es cuando ese terrible bajo sin cuerpo volvió.

—No os avergoncéis tanto, hechiceros, —les consoló—. En la guerra poco bien sale de llegar a conocer a la carne de bláster. Después de todo, una vez que habéis visto a un clon, los habéis visto a todos.

El droide táctico ahora rodó en movimiento, llevando la descomunal hacha, y requirió de toda la fuerza de Halagad simplemente mover los centímetros fraccionales necesarios para rastrear su ambulación delantera.

Entonces el hombre, si podía ser llamado así, caminó a la vista de Halagad, reclamando el arma terriblemente proporcionada en su mano mientras el soldado robótico se arrodillaba ante su amo.

Anx, wookiees, Hutts… Halagad se había encontrado con grandes seres inteligentes antes. Pero conforme sus ojos y su mente aporreada trataban de asimilar este humanoide del tamaño de un dewback, no pudo evitar sentir una admiración primitiva.

Unas túnicas bermellón caían en cascada en capas imperiosas por una enorme envergadura de tres metros y medio que casi rozaban el techo. El torso superior del ser estaba cubierto de una armadura meticulosamente ceremonial, sus piezas entrelazándose como una flor puzle nimbanesa. La cubierta protectora trepaba por su pecho hasta un par

de hombreras atejadas y hasta una cota de malla icónica que ocultaba su cara y cuello como una barba de acero. Completando la panoplia había un casco de plata con protuberancias en púas extendiéndose con una malevolencia casi matemática en ángulos de noventa grados de cada lado de su cabeza, una creciente invertida recorriéndole como una melena desde la parte delantera de su casco hasta su espalda. Y finalmente, la alabarda Kashoonara, tan grande como su portador era alto, se extendía como un bastón prepóstero desde su cráneo hasta el suelo.

Y la única cosa visible, dentro de todas esas capas y capas de masa, eran dos ojos dorados completamente cautivadores… brillando con una sagacidad siniestra.

Zeta Magnus. Si no era un Lord Sith, malditamente lo parecía.

—Los analgésicos de los Tarks… —recordó de repente Halagad—. Los tomamos… de pleno.

—Tu ego agradecería tal conveniente salva. Pero no, aprendiz: tu juicio no fue nublado por esos roborantes vitalizantes, —dijo Magnus—. Por vuestro predicamento, no culpéis a nada más que a vuestros prejuicios clonales inherentes y a vuestra estupidez natural. Las excusas son guerreros impropios.

—Cyborgs clones, —pronunció Anakin—. Ligeros… en exceso.

—La excesiva confianza es el privilegio de los hechiceros, no de los científicos, —replicó Magnus—. Las bandas de control cibernético hacen a mis guerreros dron thyrsianos tan obedientemente sin escrúpulos, e ilegibles, como droides mientras que retienen las ingenuidades de los combatientes vivos. Sin malicia o intención salvo mi voluntad, son los soldados perfectos.

Él se volvió hacia los drones, y el mentón pálido de Nilo se hundió obedientemente.

—*Esclavos* perfectos, —escupió Anakin.

El clonador se rió a carcajadas, un sonido como un bantha pasando por un compactador de basura.

—¿Tan opuestos a los esclavos imperfectos de vuestro Gran Ejército? Tu juicio merece tanto respeto como tus débiles poderes de razonamiento, joven Skywalker.

En la distancia, el grito de los s'kytri muriendo persistía.

—Tus mutantes, —entonó Obi-Wan—, son animales. No soldados.

—Un tecnicismo. La conveniencia sigue siendo, siempre que sea posible, una máxima científica. Y el terror disfruta de su propio paradigma racional.

—Oh, *perfectamente* racional, —dijo Anakin—. Si eres un… jawa desmesurado demente.

—Explica entonces, Magistrado, —presionó Obi-Wan, su voz forzada rítmica—. ¿Qué es… lo que quieres?

Halagad sintió una onda frágil a través de la Fuerza. Trató de concentrarse, añadiendo su propia firma lenta a la fuerza de Obi-Wan, y reconociendo la breve consciencia de Anakin allí también.

El Gran Tirano se detuvo… aunque si estaba perdido en sus pensamientos o afligido por la Fuerza, Halagad no podía decirlo.

—Pasados, —dijo Magnus—, son los días en los que mi sed de sangre obedecía otra voluntad que la mía. Pero las reglas, algunas reglas, tienen excepciones. He negociado tu muerte, mago, y la de tu aprendiz Ventor, para que los talentos de ese joven Skywalker puedan florecer apropiadamente bajo la guía de mi benefactor.

—¿Y quién es… tu benefactor? —la inflexión de Obi-Wan ahora era hipnótica—. ¿Dooku?

Magnus vaciló de nuevo, y esta vez sus ojos brillantes se movieron. Alzó un índice como un garrote. Obi-Wan gritó mientras unos arcos amplificados de electricidad del droide de tortura se disparaban a través de su cerebro. Aunque los tres drones junto a su capitán permanecían inamoviblemente estoicos, Nilo se burló del general.

—Estúpido Jedi, —dijo Magnus—. He domado a demonios mucho más grandes que tú. Aunque la respuesta que buscas es insignificante, te la niego… ya que voy a anular los términos de mi acuerdo original.

—¿Y… eso… por qué?

—Recuerda el balbuceo final de Asenec de Crakull: «Los tiranos, sin importar cuán pequeños, no se doblegan ante nadie.» En su lugar, puedo mataros a todos y cada uno, Skywalker incluido, reemplazándoos por drones cibernéticamente mejorados crecidos a partir de vuestros propios tejidos e implantados con facsímiles de vuestros propios recuerdos. Esa es la tarea que corresponde a los droides escaneadores de mentes sobre vuestros cráneos. Y casi han acabado. Por mi inconveniencia, puedo obtener tres esclavos Jedi completamente entrenados, y un confidente del Canciller Supremo, nada menos. Y *ninguno* puede enterarse.

—Eso es imposible, —logró decir Anakin—. *Nadie* hace clones tan rápido.

—Te equivocas. Mientras que algunos métodos de clonación requieren de una gestación de tanto como sesenta semanas para producir un mero feto, mi experiencia en estándares de replicación genética, incluso en las técnicas propias abandonadas de los Jedi, me permiten generar un dron completamente viable en días.

—¿*Días*? —soltó Halagad.

—Horas, en realidad, cuando es necesario. Aunque tal incubación acortada predeciblemente resulta en la inestabilidad distintiva del producto final, tanto mental como, inevitablemente, física.

Halagad no podía decir si estaba mintiendo o simplemente estaba incondicionalmente demente, pero para su crédito, Magnus parecía mortalmente serio.

Entonces el Magistrado asintió hacia sus drones thyrsianos, y el Escuadrón Tark respetuosamente rompió filas…

Revelando tres tinas de incubación. Una de esas estaba notablemente vacía, como un ataúd translúcido esperando a un cadáver. Pero en los dos tanques adyacentes, flotando pacíficamente lado a lado, había dos chicos… no mayores de diez años estándar. Con sus caras mutuamente dulces, podrían incluso haber sido hermanos.

Salvo que no lo eran.

—*No puede* ser… —dijo Anakin.

Porque las caras de aquellos chicos… eran la de Anakin y Obi-Wan.

Halagad no podía ver las reacciones de sus compañeros Jedi… pero las *sintió*, sus mentes estallando emociones como ácido desgarrador a través de la Fuerza. Anakin, un caldero ardiente de confusión, un animal enjaulado radiando horror, rabia, repulsión, y… tristeza.

Pero *Obi-Wan*…

El agudamente calmado general había entrado en un estado de ser completamente extraño… y realmente aterrador. Como un narglatch domesticado volviéndose feral sin advertencia. Como un padre de camada habiendo sido testigo del brutal asesinato de su única progenie. Como alguien que había tenido *todo* por perder… pero ya no le importaba una pizca olvidada de dios.

Como un hombre dándose cuenta de que era el único jugando con las reglas en un juego que no tenía.

Al final, no había *nada* como un Maestro Jedi convencido del derecho a la sangre.

—*Clonador,* —jadeó Obi-Wan—. Te prometo… que vivirás para *lamentar* este día.

—No, mago, —dijo Magnus—. No lo haré. Yo soy, como dicen, hecho tal como para no arrepentirse. —el ciber-genetista hizo un gesto hacia los clones recién revelados—. Ahora mismo, esos especímenes jóvenes no son nada más que carne sin mente. Pero el engendro genético del aprendiz Ventor se unirá a ellos pronto, en cuyo punto la implantación ciber-mnemónica comenzará.

—Vosotros, psicóticos extremistas, —dijo Anakin—. Siempre… jugando a ser dios.

—No soy ninguna deidad, Skywalker. Yo soy un magistrado de la ley natural. Cierto, bombear los recuerdos de un sujeto, particularmente los de uno involuntario, no es fácil. Pero he mejorado señaladamente con el procedimiento de psico-sondeo, y está lejos de ser la tarea de un dios, te lo juro. Aunque lejos de mis obras maestras de Alderaan y el virus colmena, esta operación simple servirá a mis fines igualmente.

Y ante aquellas palabras, un estremecimiento glacial recorrió a Halagad. El agujero hambriento en su corazón se abrió, y la presión de la gravedad en su pecho pareció multiplicarse por diez…

—¿A… Alderaan? —repitió él.

Magnus inclinó su cabeza ligeramente, como si viera de verdad al Padawan por primera vez.

—Ciertamente… alderaaniano. Sin duda estás familiarizado con ese incidente placenteramente barbárico…

…El dolor en el pecho de Halagad empezó a palpitar. *Carcomer*…

—…transpirando allí no hace diez años, la llamada Tragedia de Okonomo…

Carcomer…

—…en la que una manada de nobles egocéntricos, barones ladrones, y científicos…

Saborear…

—Incluyendo a una matrona arkaniana, la última de mis reprobados creadores…

Tragando...

—…fueron vueltos irremediablemente locos por un pernicioso virus colmena…

Tragando…

—…y ansiosamente devoraron la carne y los órganos los unos de los otros como perros del fango hambrientos.

Ido.

Un gemido bajo, inhumano, se alzó suavemente en el aire.

E incluso antes de que el sonido se profundizara en un gruñido…

Incluso antes de que se alzara en un grito feral, animal…

El agujero hambriento en el corazón de Halagad se abrió desgarrándose para siempre.

Y se devoró a sí mismo.

El droide de tortura que le retenía respondió de acuerdo a ello, revolviendo su cerebro con shocks incesantes hasta que finalmente frió al Jedi gritando en la sumisión.

—Admitiéndolo, —continuó el clonador—, ese banquete fue vergonzosamente corto de miras. Pero tanto como huésped como partícipe, personalmente puedo ser testigo de mis invitados consentidos en sintonía con esta vulgaridad con la excepcional falta de modestia de sus apetitos y el… *suculento* sabor de sus humores.

El droide de serie T *kiklik-klikeó* una risita electrónica.

Los ojos de Halagad se cerraron… dejando caer largos riachuelos por los laterales de su cara.

—*Monstruo*. —Susurró él.

—Ay. —Levantando su enorme bastón cimitarra, Magnus golpeó con la larga empuñadura su mitón enorme opuesto—. Pero descansa tranquilo, chico, aún tengo corazón. No te negaré el mismo privilegio que les concedí a esas alimañas en Okonomo.

El coloso meció la descomunal arma hacia atrás y en alto sobre su cabeza. Atrapando un rayo del sol del amanecer, el hacha resplandeció con un coqueto brillo.

—Después de todo… —concluyó Magnus—. Los alderaanianos están deliciosos.

Y con toda la fuerza de su grueso colosal, la cimitarra del clonador cayó gritando sobre el pecho de Halagad.

Y la cimitarra le dio… desgarrando su víctima como el cuchillo de un carnicero a través de la carne cruda… el cuerpo convulsionándose incontrolablemente… manando la esencia de la vida… trozos volando desde la cavidad abierta… entrañas destrozadas expuestas en la dolorosa herida, una vitalidad oscura, supurante, encharcándose en el suelo.

Halagad… abrió los ojos.

Por un instante —o una eternidad— la dulce consciencia se desvaneció. Una mente conquistada por el intolerable shock se apagó, el mundo natural se desmoronó y el familiar aquí y ahora se rindió a la oscuridad sin disputa.

Entonces, igual de repentinamente, el hombre muerto sentía la húmeda neblina de la irrealidad disolverse… reemplazada con la suave consciencia luminosa de amanece al convertirse en uno con la Fuerza.

Y fue en esta unidad con la energía que rodea y penetra a todas las cosas vivas… que el hombre muerto se dio cuenta de que no estaba muerto en absoluto.

En ese instante, Halagad vio el hacha de Zeta Magnus, directamente sobre su cabeza… hendida limpiamente a través del mermado y errado droide que había estado torturando su mente y obstruyendo su conexión con la Fuerza.

Libre de la pulverizante psico-sonda, Halagad encontró los ojos dorados, inescrutables, del Magistrado, suspendidos justo a centímetros de los suyos propios, mientras radiaban la más sutil sombra de completa estupefacción.

El Halagad *sin* excoriar definitivamente *no* había sido el plan del Gran Tirano.

De repente, dos disparos pulsaron desde uno de los rifles de los comandos thyrsianos, calcinando a través del insignificante espacio que separaba al tirano del Padawan. Los rayos bláster chocaron con el escáner mental flotando sobre la cabeza de Obi-Wan, y el autómata murió en una detonación aullante.

Incluso a través de su casco, el comando culpable de disparar pareció aturdido. Entonces Nilo resolvió el misterio.

—¡Reventadla!

Halagad sólo tuvo un segundo para mirar, viendo un aleteo verde contra el cielo enrojecido justo fuera de la ventana del laboratorio. Era Kharys… sus ojos parcialmente cerrados y sus manos vueltas hacia arriba extendidas como si aferrara un arma que sólo ella podía ver.

Caos. Los drones thyrsianos descargaron un torrente de fuego de bláster contra la chica s'kytri… sólo para que la mayoría de ellos rebotaran en el escudo de rayos protector de la ventana. Pero el droide de combate azul rodó en acción. Un componente de su antebrazo resplandeció, bombeando un misil de conmoción en miniatura.

—¡Kharys! —gritó Anakin.

El proyectil mortal penetró el escudo de rayos. Los ojos de la chica se abrieron como platos, y sus manos abiertas se cruzaron por reflejo enfrente de ella… justo mientras el cohete en miniatura estallaba.

Kharys gritó, desapareciendo completamente mientras la nube de la explosión la envolvía.

En el instante siguiente, sus brazos y alas ennegrecidos estaban plegándose hacia arriba mientras su forma cayendo iba en picado hacia el terreno implacable, serrado de abajo.

Justo entonces, los drones se reorientaron para disparar a Obi-Wan, escupiendo fuego de bláster de sus rifles. Igualmente ágil, su cómplice droide de combate rápidamente desenfundó el sable láser del general Jedi, magnetizado en su cadera. Pero Obi-Wan fue más rápido. Aún amarrado a la trampa para hombres, dio la voltereta, camilla incluida, alejándose de los rayos de energía estridentes. Y mientras extendía su mano, el brazo del droide táctico casi se sale de su cuenca de un tirón mientras el sable láser salía de su agarre. Obi-Wan golpeó el interruptor de encendido, y la hoja cortó a través de la matriz

de la trampa de hombres anclando a Anakin antes de acurrucarse sólidamente en el agarre del general.

La confusión de Halagad se evaporó, una emoción cruda, escarlata, corrió para llenar el vacío. Él aulló. Un peñasco invisible de furia incoherente se abrió paso en el pecho de Zeta Magnus. Hubo un horrible crujido de hueso fracturado mientras la masa inmensa del Magistrado golpeaba una pared. El clon vomitó un icor azul mientras su vibrohacha golpeaba el suelo.

Obi-Wan hundió su sable láser a través de su propia matriz de la trampa de hombre, acabando con su agarre justo mientras Anakin destrozaba los cerebros positrónicos de su droide de tortura con su puño derecho robótico. Conforme los comandos dron disparaban en respuesta, Anakin inmediatamente emuló a su maestro, dándole la vuelta a la unidad médica pesada sobre él como un escudo trasero.

Entonces, en tándem, los sables láser del caballete quirúrgico navegaron hacia las manos en espera de Anakin y Halagad, los Padawans apenas notando que, incluso en este manicomio, cada uno había invocado improbablemente la espada de su hermano, honrando su sagrado juramento.

—¡Tark-Azul! —gritó Magnus. Y con una velocidad que contradecía su apariencia tensa, el warbot azul corrió para escudar a su amo como una araña retrocediendo, los blásters mortales flexionándose desde cada segmento de su chasis como músculos mecánicos.

Magnus había erguido su titánica envergadura con una asombrosa velocidad y señaló a los Jedi con su destral.

—¡*Aniquiladles*! —gritó él, cargando hacia la salida con su guardaespaldas autómata mientras el droide cubría su escapada en una llovizna de fuego de bláster.

Reflejando los rayos láser, la hoja azul ardiente, Halagad se separó para ir tras ellos.

***

—¡Hal! —berreó Anakin… justo mientras los drones thyrsianos jugaban su mejor carta.

El fuego de bláster fue derecho por la habitación, reventando el panel de control de la salida. Justo mientras Halagad pasaba encogiéndose, la puerta sellada envuelta en ultracromo se cerró de un golpe, sellando a todo el mundo adentro.

Un silencio aterrador prevalecía mientras Anakin y Obi-Wan jadeaban con fuerza, cada uno tras su respectiva unidad médica, ninguno siendo capaz de ver al otro. Y Anakin aún estaba luchando por disipar la neblina de su maltrecha mente cuando… se dio cuenta de que no era realmente silencio en absoluto.

Sus oídos sonaban. Con un zumbido peculiarmente ominoso.

Y el comandante Jedi se dio cuenta de que la orden de Magnus de aniquilarles no era sólo una expresión.

—¡*Muévete*! —rugió Obi-Wan.

Automáticamente, Anakin actuó, saltando desde su escondite en el mismo instante en que los comandos dispararon. Con un trino y un siseo enfermizo, un rayo de energía espástica literalmente desgarró el aire.

Conforme contactaba la unidad médica que había ocultado a Anakin, dicha unidad se *disolvió* en una iridiscencia extrañamente hermosa pero aún así nauseabunda… conforme los enlaces químicos se rompían en éxtasis de absoluta e inequívoca eliminación atómica.

Disruptores. Clase-D.

Y conforme Anakin saltaba, los comandos estaban esperándole. Como el nacimiento de soles gemelos, dos ríos de carmesí frenéticos se hincharon desde unos guanteletes en espera, reptando sobre el cuerpo expuesto de Anakin.

—¡Me acerco caliente! —gritó Anakin, aterrizando forzadamente junto a su maestro y apagando sus atavíos llameantes con las palmas.

—Te *dijimos* que llevaras…

—¡*Armadura*, lo sé! Maestro, Hal y Kharys…

—¡Céntrate, Padawan! ¡En el *aquí* y *ahora*!

—Lo *sé*… —Anakin cerró con fuerza sus párpados, sintiendo como si estuviera luchando contra una migraña—. …pero aún siento esta… extraña *presión*.

—Nuestros *reemplazos*. —Obi-Wan movió la cabeza en dirección a sus yos rejuvenecidos—. Creo que sus firmas de midiclorianos idénticas están interrumpiendo nuestras conexiones con la Fuerza Viva.

—¡Última oportunidad, Jedi! —Llegó la voz sin filtrar de Nilo—. Rendíos o sufrid la transnebulización.

—¡Capitán! —Gritó Obi-Wan por encima de la unidad médica—. Creí habértelo dicho: ¡Nada de desintegraciones!

—Lo siento, General. Somos el stock de la Guardia del Sol Thyrsus. Guárdate esas patéticas órdenes para tus doncellas clonadas de Mandalorianos.

—*Realmente* no les gustan los Mandalorianos, —dijo Anakin.

—No puedo decir que les culpo, —dijo Obi-Wan.

—Déjame probar. —Anakin se aclaró la garganta—. ¡Escuadrón Tark! ¡Aquí el Comandante Skywalker! El *Elegido*. El *Hijo* del…

—¡Que te borken, mago!

Anakin se volvió hacia su maestro

—Realmente no les gustan los Jedi, tampoco.

—Profetas vivos, —le corrigió Obi-Wan—. *¡Muévete!*

***

Rojo.

Escucho la puerta sellada cerrándose de golpe detrás de mí, mi medallón chocando en mi placa pectoral con cada zancada. Pero como un nexu en un bosque oscuro, todo lo que veo es rojo… como esas túnicas escarlata del gigante huyendo ondeando tras él.

Y el azul del sable láser de Ani ardiendo en mi mano.

El fuego de bláster y los cohetes de conmoción del matón droide de Magnus silban hacia mí como cuchillas disparadas desde un Spiner en celo. Pero igualmente como una pesadilla, o el objeto de la paradoja de Xenu, no importa lo rápido que mi espada bloquee, no importa lo rápido que corra… no puedo llegar a ver al monstruo mientras da vueltas por el castillo en una carrera ahogada.

Justo como esas túnicas escarlata ondeando. Derramándose tras él como un rastro de sangre.

El Canciller Palpatine exige la detención de este cobarde, desarmado, para que atienda al juicio…

Magnus… debe morir.

Las órdenes contradictorias del Maestro Windu y Lord Klarymére caen como plasma fundido a través de los surcos de mi cerebro. Pero ambos me dicen sólo una cosa.

Esta vez, Magnus no puede escaparse.

Y con esa seguridad, esa absoluta clara *como el cristal… la Fuerza está conmigo.*

El plasma fundido en mi mente se cuela hasta mi núcleo, cruzando cada conducto invisible en mi cuerpo, conectando cada parte de mí con cada otra parte de mi ser como una constelación cuántica.

La Fuerza arde a través de mí sin rival, un combustible como ningún otro. Mis piernas se convierten en fuego móvil, motores de inconmensurable poder mientras aceleran a través de los pasadizos tortuosos, mi sable láser se convierte en un escudo impenetrable de velocidad cegadora.

Siento mi cuerpo desplegarse a un nivel celular bajo el bombardeo de energías cósmicas. Incluso así, sigo la orden de «más y más rápido.» No puedo decir si los susurros vienen de mi imaginación o de la sabiduría de los midiclorianos… o de algo más insidioso.

Pero, cualquiera que se… me importa un carajo. La Fuerza está conmigo.

Y Magnus no es escapará.

Y al fin, la increíble inmensidad del Magistrado llega completamente a la vista, mientras el monstruo y su secuaz robótico salen en desbandada a través de una entrada alzándose hasta un hangar de naves estelares. Levemente, escucho la estereofónica femenina perturbadora del vocodificador del bot murmurar algo acerca del Invasor Skyriver *no estando preparado para el despegue. Bien.*

Con un arrebato final, salto a través del portal contrayéndose. Mi armadura, o mi hombro, crujen mientras aterrizo con dureza y extrañamente, y mi sable láser se me resbala de la mano. Pero mi adrenalina temporalmente salva cualquier dolor y, rodando en pie, veo a Magnus y al droide de combate destripado correr hacia un extraño navío triangular que me recuerda al modelo roto T-11 con el que solía jugar de niño.

Agarrando mi lanzador de púas, apunto y… disparo. Conforme el pincho corta diez metros a través del aire, el cable líquido sacudiendo como una serpiente de viento, me aferro con ambas manos por mi vida.

El arpón en miniatura da en la marca, perforando el muro de la espalda de Magnus. Con un rugido, tiro del monstruo hasta detenerlo con fuerza, su droide Tark Azul surgiendo delante y cargando por la rampa de la nave estelar.

Los reflejos del gigante son increíbles. No puedo decir si Magnus está usando la Fuerza o si él es naturalmente así de condenadamente rápido. Pero con una velocidad asombrosa, el monstruo gira su repugnante masa, envolviendo su brazo hinchado alrededor de la liquicuerda y tirando con todo su poder. Casi pierdo mis brazos mientras vuelo de cabeza hacia el suelo del hangar.

Por un momento, todo se vuelve negro. Pero lo siguiente que sé, estoy de pie, y mi sable láser está en llamas en mi mano.

Su cara velada es completamente misteriosa. Pero aquellos ojos dorados, ardiendo como estrellas en el espacio profundo, se convierten en rendijas ardientes.

Desde alguna parte, encuentro el coraje para decirlo. Mientras las palabras salen, puedo saborear la sangre saliendo de mi boca destrozada.

—Se ha acabado, aborto retorcido. Por orden del Canciller Supremo, estás bajo arresto.

Sin decir ni una palabra, Magnus retrocede en toda su altura… el bastardo es de casi dos veces mi tamaño en toda dirección. E igualmente calmado, extiende el brazo alrededor de su espalda y saca el pincho alojado allí, ahora empapado de un moco azul oscuro. Luego, lentamente, quita la cota de malla de su cara.

Conforme el velo cae, sus rasgos permanecen imposiblemente ocultos en una sombra impenetrable… salvo por un rizo revuelto de dos docenas de colmillos irregulares como diamantes brillando desde el pozo de su cara, exactamente como las mandíbulas de un dianoga comedor de hombres.

Entonces, como un rey alimentándose de joyas de fruta, hunde la púa de agarre de duracero en esas fauces de muerte, cubriéndola en el olvido con un sonido como el choque de una vaina de carreras. Entonces él saca esa guadaña suya entre sus dos puños gigantescos.

—No… no hay salida, —le digo—. No me hagas destruirte.

Ante estas palabras, al fin, él habla.

Él se ríe y se ríe y se ríe.

Es un sonido vil, destroza almas. Un sonido enfermizo, como el de un droide desguazador mascando un montón de gutkurrs en pedacitos. Un sonido como el metal corroído ahogándose en la carne en descomposición. Un sonido de podredumbre y muerte mezclado incomprensiblemente con… alegría.

Es el sonido de un asesino enamorado de la vida.

***CHICO**, dice él a través de su grotesco orificio, **ME VOY A ATIBORRAR CON TU CORAZÓN CON UNA GUARNICIÓN DE DIAMANTES ARKANIANOS Y UN FINO VINO DELTRON ESPECIADO**.*

Recuerdo a mi padre. Le recuerdo leyéndome mi hololibro favorito, cantándome para que me durmiera por la noche con el sonido reconfortante de su voz:

Esta es la historia de un gran guerrero. Su nombre es Busteromuchmacho, o Buster para abreviar, y él es el más pequeño y más valiente de todos los Jedi…

No puedo evitar que las lágrimas caigan por mi cara. Se fríen con diminutos siseos en la hoja de mi sable láser.

Es sólo en la oscuridad que todos estamos solos juntos…

—¿Por qué? —imploro—. ¿Por qué lo hiciste?

El monstruo se toma su tiempo. Y yo espero una eternidad, temiendo que nunca sabré la respuesta que necesito escuchar con cada fibra infinitesimal de mi ser.

Pero entonces él habla, presentándome la única explicación real, la única razonable, que podría esperar oír:

***PORQUE, JOVEN ALIMAÑA**, confiesan sus fauces asesinas…*

Yo soy la Oscuridad, ya ves, y estaré contigo para siempre…

…YO SOY ZETA MAGNUS.

Y él se ríe y ríe y ríe…

***

—¡*Muévete*!

Como resortes, Obi-Wan y Anakin saltaron justo mientras unos rayos gemelos de centelleante incoherencia atomizaban sus coberturas de las camillas. Y los Tarks, más que preparados, lanzaron un espray de fuego incandescente directamente en su trayectoria.

Pero esta vez, Obi-Wan y su Padawan estaban también preparados.

La extensión del tiempo se derritió bajo la arremetida de las voluntades de los Jedi gemelos —hermanos de armas, padre e hijo en todo salvo en la ocasión— maestro y aprendiz ralentizando la realidad en una ventisca extrasensorial accesible únicamente por la rendición a esa fuente que une a toda la galaxia.

Las bolas de fuego rodantes consumieron a los guerreros Jedi a mitad del vuelo. Luego, abriéndose paso a través de las melazas de la realidad material, Obi-Wan y Anakin *erupcionaron* desde la nube de llamas como pájaros de fuego formax. Los sables láser en lanza llevados como cuerpos derviches perforando un vacío a través de los rizos calcinantes que lamían la mera sombra de materia sin proteger, chamuscando la túnica de Obi-Wan y carbonizando su mata de pelo.

La sorpresa de los drones llegó a través de la Fuerza. Pero los Jedi no habían acabado. Mientras Anakin se desenrollaba de su rotación, su brazo mecánico azotó con su sable láser a los comandos traicioneros. El sable colgando dio la vuelta de punta a punta como un rotor descolgado hasta que… *contactó*. La densa armadura de uno de los soldados con disruptores aguantó mientras la hoja esmeralda cortaba por su pecho… pero la hoja continuó, cantando a través del cuello de uno de los drones lanzallamas y fundiendo a través de las tinas de comedores de sangre nonatos, rompiéndolas en un borbotón de fluidos embrionarios y muerte ignominiosa.

Los comandos restantes no perdieron ni un segundo.

Incluso mientras el Jedi aterrizaba —Obi-Wan ondeando su túnica exterior ardiendo como un matador kaleesh— dos pegotes de energía azul en cascada de un DC-17m se lanzaron hacia él como eidolones amorfos. Los estallidos aturdidores de rango militar estaban diseñados para atrapar a sus objetivos como una red, al igual que seguramente lo habían hecho antes en la sala del trono. El general Jedi alzó su espada para interceptar el disparo amébico… cuando de repente su sable láser tosió, parpadeando hasta apagarse de la existencia.

El calor y la humedad extremos de la cueva habían dañado su arma mucho más de lo que había imaginado.

—Oh… ¡*blast*! —gritó Obi-Wan.

Pero el velo de la inconsciencia nunca llegó.

En ese medio segundo, Anakin rodó alejándose de los anillos concéntricos que caían sobre él y se descolgó hacia el camino de aquellos que volaban hacia su maestro, cortando con su sable láser a dos manos a través de las olas paralizantes.

Inmediatamente, los anillos aturdidores reaccionaron, colapsando con rapacidad en el arma mientras Anakin movía su espada láser en un movimiento de remolino. La energía furiosa se enmarañó alrededor de su hoja de energía verde como una telaraña en un palo… agarrando su mano izquierda sin armadura e instantáneamente durmiendo su apéndice. Pero con su mano buena, su mano *prostética*, Anakin atrapó su sable láser y lanzó el rayo aturdidor de vuelta a sus asaltantes.

Mientras la armadura de un dron absorbía el golpe, el disparo desequilibró al Guardia del Sol y Obi-Wan lo capitalizó. Usando la Fuerza, *acunó* la miríada de instrumentos quirúrgicos del laboratorio y los lanzó volando a los Tarks: cuchillas ryyk, sierras láser y jeringuillas hipodérmicas en un unísono barbárico, como un popurrí de jabalinas primitivas. Con su brazo, entonces golpeó toda una mesa de frascos y viales nocivos en el aire y —con un *empujón* suave— lanzó los compuestos malignos a *un* Tark específicamente.

La mezcla de químicos tóxicos golpeó la cara expuesta de Nilo… aunque esto no resultó tan beneficioso como Obi-Wan podría haber esperado. Cegado y aullando, el disruptor del capitán del comando disparó salvajemente. El rayo mortal golpeó el suelo, las paredes, el techo, rebotando frenéticamente en los paneles de ultracromo. El orden colapsó. Secciones enteras del laboratorio, ya bañadas en un fuego famélico, ahora centellearon en el olvido mientras se abrían agujeros en el suelo y llovían segmentos del techo.

Comandos y Jedi por igual se agacharon para evitar ser desintegrados o aplastados, cuando un dron se agachó directamente en la línea de fuego errática de Nilo. En un espectáculo de luz aterrador, el estallido del disruptor mascó hambriento a través de su cuerpo mientras el thyrsiano gritaba fuera de la existencia.

—¡Anakin! ¡Los *jóvenes*! —gritó Obi-Wan.

Una mirada perturbada cruzó la cara de su aprendiz. Pero Anakin asintió… justo mientras un gran bloque de heliotropo caía chocando sobre su hombro, creando un profundo *pop*. El Padawan chocó desorientado contra el suelo duro, pero no fue un segundo antes de que las estrellas salieran de su visión, y el aprendiz Jedi se lanzó liberándose dolorosamente del bloque desgarbado.

…Y directamente hacia el punto verde de la mira láser de un Guardia del Sol.

El brazo capaz de Anakin instantáneamente se disparó, y el muro debilitado tras el comando hizo un gemido monstruoso. El soldado se volvió justo a tiempo de verlo, junto con los tanques de incubación, rompiéndose sobre él en una avalancha dispensadora de muerte de mutantes y piedra.

Por un momento, Obi-Wan supuso lo peor. Pero entonces ahí estaban: las tinas clones con las copias de diez años de sí mismo y de Anakin… aún intactas.

Y, directamente enfrente de *ellos*… estaba Nilo. El último dron en pie en mitad de los cuerpos yacientes de sus alternadamente aplastados y separados camaradas. La cara pálida del capitán de la Guardia del Sol estaba fundiéndose de los químicos ácidos, y una sonrisa jocosa, retorcida, sólo deformaba aún más su semblante maligno. Ya que en su mano, doblada hacia atrás como un shockballer profesional, resplandeció una esfera plateada del tamaño del puño inequívoca.

Un detonador de *Clase-D*. Capaz de vaporizar a la mitad del laboratorio fuera de la realidad.

La mitad *Jedi*.

Obi-Wan se percató de algo en su visión periférica. De repente, el brazo dorado de Anakin se lanzó hacia delante.

Obi-Wan gritó:

—¡No! *Espera*…

Demasiado tarde.

La sintió. La orden silenciosa en la Fuerza… como alguien golpeando una miga de su cena. Entonces, lo oyó. Algo dentro del detonador hizo clic.

Entonces… los Tarks muertos, los jóvenes clones de Anakin y Obi-Wan y el Capitán Nilo —aún sonriendo— fueron hechos pedazos y tragados en un zeptosegundo en la nada impecable.

Un perfecto semicírculo del suelo del laboratorio desapareció, abriéndose hacia el nivel inferior, junto con una sección idéntica del muro abriéndose hacia los cielos del amanecer del planeta. Un vacío helado más frío que el vacío del espacio cortó en la Fuerza como una herida abierta.

Obi-Wan se giró hacia Anakin.

Finalmente fue, para el general Jedi, demasiado.

Las muertes sin sentido de Shard y su tripulación en el *Golandras*. Los millones de s'kytri hambrientos y masacrados sin sentido. Klarymére y Kharys. Los clones…

Los… jóvenes.

El vacío opresor, incondicional de la aniquilación de *Clase-D* era palpable. La afronta definitiva a la vida… y a la Fuerza.

Las defensas de Obi-Wan se desintegraron al fin. Anakin… Anakin *nunca* escuchaba.

…Y con sus defensas finalmente cayó su compostura inmaculada perfecta de guerrero. Una *rabia* caliente, empalagosa, le inundó, y Obi-Wan no luchó contra ella… permitiéndose este fallo en el control mientras al fin sucumbía, y *desataba* los años de decepción e ira genuina en su imprudente, impetuoso, *egoísta* Padawan…

—¡*TE LO DIJE, ANAKIN! NADA DE DESINTEG*…

—¡Ese no fui yo! —dijo Anakin.

Y ahí es… cuando Obi-Wan le vio.

La puerta sellada se había levantado. Y ahí estaba Halagad. Una mano asustadamente firme —o mejor dicho, los muñones carbonizados de sus dedos seccionados— inequívocamente extendidos hacia el área atomizada por el detonador… la otra mano sosteniendo su sable láser hacia el suelo.

Su túnica y su capa estaban desgarradas. Su Medallón de Honor colgaba sobre su armadura manchada de sangre. Unas grietas en su equipo de combate destrozado exponían aperturas penetrantes en su muslo, pecho y brazos. Lo que parecía alarmantemente como mordiscos enormes de las coberturas de su hombro y bíceps revelaban trozos de tejido perdido, ennegrecido como sus dígitos perdidos por la cauterización. Su mano intacta estaba goteando y bañada hasta el hombro en algún icor viscoso, de un azul real, mientras que su cara, también, estaba manchada de moco.

Salvo sus *ojos*.

Sus irises eran tan familiares, una suave tonalidad marrón, como siempre habían sido. Pero los *blancos* que los rodeaban ya no eran blancos. En su lugar se habían convertido en unos espantosos receptáculos de escarlata oscuro… llenos a rebosar de sangre.

La mirada de Halagad se fijó en su hoja cobalto ardiente, esos ojos estigmáticos sin parpadear, como si estuviera al borde de llorar carmesí.

—Magnus, —dijo al fin—, está muerto.

***

Al pie de una sierra anónima, Obi-Wan miraba al rostro indisputable de Jango Fett.

—Ni rastro de los drones thyrsianos, General Kenobi, —dijo el hombre—. Pero sí que recuperamos el cuerpo en el hangar. Lo que quedaba de él.

Clones…, se recordó a sí mismo Obi-Wan. *No Jango*.

—Buen trabajo, —intervino Anakin—. Que sus hombres lo pongan en una cabina de campo de estasis entrópica cuando nos reunamos con el *Resuelto*.

—Veré que se haga personalmente, Comandante. —El soldado clon se volvió para marcharse, alzando su casco de borde azul sobre su cabeza mientras lo hacía.

—¿Señores? —gritó él, mirando por encima de su hombro.

—¿Sí? Qué pasa, Rex. —inquirió Obi-Wan.

—Nunca, —dijo el capitán clon—, confíen en que un thyrsiano haga el trabajo propio de un Mandaloriano.

Pese a todo, el labio de Obi-Wan se tensó en media sonrisa.

—Trataremos de recordarlo, Capitán.

—Veré que lo hagan. —Rex volvió a ponerse el casco, y se volvió hacia Anakin—. Y usted debería probar… —ktunktunk— …una de estas la próxima vez, señor.

Conforme el soldado corría hacia uno de sus hermanos, Anakin tocó la herida cerrada en su ojo.

El Padawan dejó escapar un aliento demacrado.

—Juro que nunca más pediré clones más obedientes, —dijo él.

—Rex y Cody tienen sus momentos, —le concedió Obi-Wan—. Pero al menos sabemos de qué lado están.

Obi-Wan observó mientras CC-7567 —Rex— y el CC-2224 ornamentado de amarillo —Cody— escoltaban a las dos vastas mitades del cuerpo sin vida de Zeta Magnus independientemente en gravi-camillas separadas.

Mientras tanto, otros soldados clon cargaban los restos del laboratorio de Magnus —instrumentos, tanques de clonación y pupas de comedores de sangre— en un cañonero de la República.

—Tendremos que dar ciertas explicaciones cuando informemos al Maestro Windu, —dijo Obi-Wan. Halagad no dijo nada.

Les había contado cómo había ocurrido. Halagad había perseguido al clonador y a su droide de combate hacia el hangar de la fortaleza, en el que declaró al Magistrado bajo arresto. Una violenta batalla ocurrió a continuación. Mientras su droide Tark-Azul preparaba el caza estelar alienígena de Magnus, el ciber-genetista atacó a Halagad de cabeza. Pese a su tamaño, el clonador impulsó su físico copioso al combate con la elegancia abrumadora de una bailarina acuática quarren, portando su letal alabarda y un escudo tlöniano a juego con una eficacia homicida, incluso como un Jedi. Enfrentaron armas, y Magnus directamente se cenó el brazo de Halagad, mascando un bocado de su extremidad, armadura y todo, y cortando los dígitos de su mano.

El sable láser se le escapó del agarre inexistente del Padawan… Magnus provocándole mientras, uno a uno, el monstruo hacía desaparecer los dedos desmembrados en su garganta como entremeses chandrilanos.

De acuerdo a Halagad, desde ese punto, su recuerdo se volvió neblinoso. Recordaba a Magnus gritando su traición al droide de serie T mientras los motores de su caza estelar se encendían y despegaban… ahogando al Magistrado simultáneamente en un aluvión de fuego iónico radiactivo azul… no matándolo, sino transformando al clonador en una torre de demencia ardiente. La acción de Halagad —su sable láser volviendo a su palma de golpe mientras este huracán de infierno irradiado golpeaba a partes iguales el acero desgarrado y las llamas ciánicas incineradoras, la carne fundiéndose del monstruo volando desde su cuerpo inmolado como proyectiles asados— hasta que Halagad se

lanzó, cortando por arriba con su espada, la empuñadura hasta el hombro, en el infierno viviente, empujando a través de la espectacular corpulencia del genetista…

Pero Magnus era imparable. Y las fauces ciber-colmilludas, moledoras, del monstruo perforaron la cara del Padawan…

Y lo siguiente que supo Halagad, Magnus estada seccionado.

Sai tok… la maniobra de sable láser para partir en dos a un oponente.

Al igual que había hecho Obi-Wan con Darth Maul.

No me dejó opción, dijo Halagad. Tan sólo por su aspecto, era difícil dudarlo. Pero hubo algo más que Obi-Wan reconoció en su comportamiento, algo oculto tras esa mirada una vez penetrante… un hundimiento familiar en los hombros del hombre.

Era la misma mirada embrujada que Anakin tenía tras enterrar a su madre en Tatooine… la misma mirada que había visto en Kharys mientras los comedores de sangre la dejaban huérfana justo ante sus ojos.

¿La tuvo también Obi-Wan… desde Qui-Gon?

Y estaba también… la fría marca estigmatizante en los ojos de Halagad, negándose a lavarse con el resto de la sangre índigo de Magnus. Obi-Wan había visto una marca comparable sólo dos veces antes. Una vez, durante su juventud en el templo, cuando un adolescente sikurdiano entró en una ira violenta tras negársele continuar entrenando como Caballero Jedi. Unas líneas irregulares como relámpagos se habían necrotizado subiendo por el cuello y los tentáculos del chico, y casi corta al Maestro Tera Sinube.

Y la otra vez fue dentro del Entyrmion… con la marca como una lágrima que se había materializado en la cara de Kharys tras su arrebato sangriento.

Cada marca se manifestaba de forma diferente. Pero cada una venía de una rabia antinatural que ardía desde el interior, explotando los capilares del cuerpo aleatoriamente.

Cada marca venía… de una rendición total al lado oscuro de la Fuerza.

—No tuvimos elección, Maestro, —dijo Anakin. Los efectos de la explosión aturdidora desaparecidos, colocó una mano reconfortante sobre el hombro de Halagad—. Hicimos lo que tuvimos que hacer. Y ahora Skye es libre. Puede que el Maestro Windu no lo entienda, pero el Canciller Palpatine lo hará.

Era cierto. Skye *era* libre. Durante las exequias por Klarymére y la tripulación del *Golandras*, la Portavoz Nebaél prometió honrar la petición del patriarca de eterna fidelidad al trío Jedi. Pero los Clanes de las Tierras Altas y las Tierras Bajas habían sufrido unas bajas indecibles durante el ataque a la ciudadela de Magnus.

Estamos agradecidos por su asistencia, Extranjeros, y honraremos nuestra obligación hacia ustedes, había clarificado Nebaél. *Pero esta catástrofe sólo ha demostrado nuestros peores temores. Allá donde pisan los caminantes, estallan las tempestades de destrucción. Skye nunca más, en buena consciencia, dará la bienvenida a otro caminante.*

Por el lado bueno, el Ministerio de Ciencia había cultivado con éxito un antídoto para el Clan Extranjero biológicamente alterado. Aunque demasiado tarde por poco para los

muchos mutantes arrasados en la batalla, los exiliados rituales supervivientes de Skye tendrían otra oportunidad.

Así va la «victoria» en la guerra, pensó Obi-Wan.

O es en… ¿las guerras clon?

Recordó los simulacros de Anakin y él mismo atomizados en el laboratorio, Nilo y los traicioneros Tarks, y, por supuesto, el propio Magnus… el producto de los caprichos perversos de los clonadores arkanianos. El Despacho de Inteligencia del Senado insistió en que la Confederación estaba desarrollando legiones de superarmas, incluyendo a un droide de combate respondiendo a los comandos de operaciones encubiertas de la República… pero algunos creían que los Separatistas tenían planes de generar su *propio* ejército clon. La imposible omnipresencia y evasión de Dooku desde que la guerra había comenzado había hecho crecer rumores de la existencia de un «Dooku Clon,» e incluso había saltado el rumor de que los Supercomandos Mandalorianos, diezmados por el propio conde hacía años, estaban siendo resucitados como una fuerza de choque Separatista por parte del hijo del Jango. Obi-Wan aún recordaba al «hijo» de Fett, el clon sin alterar Boba, de su tiempo en Kamino… un chico demasiado joven para liderar ningún ejército de élite. Aún así, el general Jedi no sabía ya qué creer.

Obi-Wan suspiró.

—¿Cómo cree que Magnus intercambió sus guerreros clon con los nuestros? —preguntó Anakin.

Una vez que has visto a un clon, se había mofado el tirano, *los has visto todos*. A decir verdad, parte de Obi-Wan *había* evitado mirar a las caras indistinguibles de los soldados clon… no había querido ver a través de sus máscaras sin expresión al rostro frío como la piedra de Jango… no había querido mirar a través de los rasgos del cazarrecompensas muerto y ver esos clones a los que ordenaría sus muertes por lo que eran.

Gente.

Jóvenes.

Como Anakin. Como Halagad.

Un ejército de… hermanos.

—Maestro… —dijo Halagad al fin—. El Maestro Windu dijo que los Tarks vinieron directamente de Kamino, ¿recuerda? Eso significa que él o el Agente Trachta podrían saber quién autorizó la transferencia.

Obi-Wan lo fijó con una mirada calculadora… incapaz, a su pesar, de ignorar la mirada inquietante del Padawan. El Agente Trachta, un miembro de inteligencia ambicioso, a menudo sirviendo como el enlace entre el Consejo Jedi y el Director del DIS[4] Armand Isard.

—Es *posible*, Comandante, —admitió Obi-Wan.

Halagad pareció encogerse visiblemente ante su respuesta… y Obi-Wan se dio cuenta de que accidentalmente había vuelto a llamar al Padawan por su rango militar formal.

---

[4] Despacho de Inteligencia del Senado (SBI en el original).

—Puedo indagar en ello, —dijo Halagad—. General.

No *había* sido intencionado…

…¿verdad?

—Pero la auténtica cuestión, —empujó Anakin—, son esos… jóvenes en el laboratorio. Incluso si Magnus *pudiera* hacer crecer clones nuestros en horas, no estuvimos inconscientes ni siquiera treinta *minutos*.

—Sí… —dijo Obi-Wan.

—Tuvo que ser un truco, —sugirió Anakin… no especialmente convencido.

—Pero si no, —razonó Obi-Wan—, habría tenido que tener acceso previo a muestras de nuestra sangre y tejidos. De grado analítico. No raras, pero generalmente restringidas a las configuraciones médicas.

—Tuvieron que ser muestras tomadas antes de que nos uniéramos a Hal, entonces.

—Entonces tenemos una pista.

—*Yo* puedo indagar en eso, —dijo Anakin—. Y, Maestro… hay algo más. La chica, Kharys.

—¿Sí?

—Ella… percibo que ella aún está viva.

El general frunció el ceño. El criado leal de la chica, Aragh, le había dicho a Obi-Wan que los cuerpos masacrados de los s'kytri habían caído del cielo a tropel, algunos tratando fútilmente llegar al Monte Krisklar para morir. *Quién sabe cuántos yacen pudriéndose al sol en los riscos sobre nosotros*, dijo Aragh. El criado había peinado el paisaje personalmente alrededor de Canaitith en busca de alguna señal de Kharys, inútilmente.

—Anakin, yo…

—Ella está *viva*, Maestro, —insistió su aprendiz—. Y… creo que deberíamos llevárnosla con nosotros.

Las cejas de Obi-Wan se afilaron.

—¿Llevárnosla con nosotros?

—Para entrenarla.

—¿*Entrenarla*? —se hizo eco Obi-Wan—. Tú no eres ni siquiera un Caballero Jedi aún.

—No quiero decir para hacerla *mi* aprendiz, —aclaró Anakin.

—Bueno, ciertamente espero que no estés sugiriendo que la haga *mía*. Tengo todos los aprendices Padawan que puedo manejar.

—No, quiero decir… ella *salvó nuestras vidas*. Alguien más en el templo podría tomar responsabilidad…

—¿Alguien *más* puede tomar *responsabilidad*?

—Eso no, no, eso no es lo que quiero decir.

—¿Qué es lo que *quieres* decir, Anakin?

—¡Ella es… *poderosa* en la Fuerza, Maestro! —rogó él—. Ella está… sola.

Por un rato, el general Jedi no dijo nada, y Anakin pareció iluminarse con esperanza. Pero entonces, Obi-Wan simplemente sacudió la cabeza.

—Lo siento, —dijo él—. La viste en las cuevas. No es estable.

—¿No es estable? Obi-Wan, ¡Halagad acaba de *seccionar* a nuestro objetivo y *vaporizar* a unas versiones jóvenes de nosotros! ¿Y cree que *Kharys* es inestable?

Anakin abruptamente se congeló con la boca abierta mientras sus ojos claros como el cristal se encontraban con la mirada desolada y sangrienta de Halagad.

Anakin apartó la mirada.

—Lo siento.

Pero Halagad no dijo nada.

—Mi respuesta final es no, —dijo Obi-Wan—. La chica simplemente es…

—¿Simplemente qué, Maestro? —Soltó Anakin—. ¿Simplemente otra «patética forma de vida?»

Obi-Wan hizo un esfuerzo para no encogerse. Había sermoneado a Halagad frecuentemente acerca de carecer de sensibilidad… pero *nadie* era más sensible que Anakin.

Excepto quizás Qui-Gon.

—…Ella simplemente es *demasiado mayor,* —terminó Obi-Wan—. Y entiéndelo Anakin, puede que yo ocasionalmente me exprese bruscamente, pero los Jedi debemos ser *cuidadosos* de que nuestras compasiones se diluyan demasiado. Valoro profundamente a aquellos individuos más *cercanos* a mí, incluso mientras soy… *extremadamente* consciente de *mis* limitaciones.

Por un tenso instante, los ojos de Anakin buscaron los de su maestro, fervientemente moviéndose en busca de la más ligera señal de insinceridad. Entonces… las mejillas del Padawan se hincharon de sumisión, y su mirada acusadora flaqueó.

Obi-Wan se permitió un poco de alivio. Su confesión más sincera parecía haberlo logrado, suavizando a su emocionalmente volátil aprendiz.

Eso es, hasta que su otro aprendiz habló.

—El General Kenobi tiene toda la razón, —aseveró Halagad, sus ojos cabizbajos—. La chica es muy demasiado mayor para entrenar.

De nuevo con la boca abierta, esta vez en shock, Anakin dijo:

—Estás bromeando, Hal. ¿Verdad?

Halagad se lamió los labios.

—Ani… —Él alzó la mirada con aquellos ojos carmesí, apuntando a su cabeza vendada con el muñón de un dedo a medio seccionar—. ¿Parece que esté bromeando?

Cualquier similitud a la frágil calma de Anakin fue aniquilada.

—¡Hal, tú eras casi tan mayor como *yo* lo soy *ahora* cuando te convertiste en Padawan!

—*Y no fue fácil,* —contraatacó Halagad—. Estuve estudiando y entrenando para convertirme en un Jedi *toda mi vida* antes de encontrar a un maestro.

Anakin puso una mueca, agarrando su cinturón con ambas manos.

—De hololibros para bebés y cuentos de hadas.

Halagad frunció el ceño.

—Hermano, no todos fueron libros para bebés… y fue mucho más de lo que algunos skugs gimoteantes hicieron antes de ser proclamados un niño del destino.

—Padawans… —dijo Obi-Wan.

—¿Entonces qué, *Pastor de nerfs*? —Respondió Anakin—. ¿Tú eres la *excepción* a las reglas?

—*Una* excepción, sí. ¿O creías que tú eras la única, *mi lord*?

Anakin asintió… sonriendo fríamente.

—Lo pillo, —dijo él—. Así que ahora *tú* quieres ser El Elegido. ¿Es eso?

Una oleada de confusión ondeó en la Fuerza. La cara de Halagad se oscureció… sólo para resolverse en una conclusión despiadada.

—No, Bordeño. No necesito ninguna estúpida profecía que me diga que soy especial para poder olvidar que nací siendo un esclavo inútil.

Sin advertencia, el armazón dorado de Anakin se extendió hacia delante… agarrando el medallón de Halagad.

—Claro… todo lo que *tú* necesitas para sentirte especial, *Pastor de nerfs,* es este estúpido ladrillo sobre el que babeas como tu señora de diez créditos. Hasta el día en que también te canses de él.

—Skywalker… vigila tu boca chupa-escoria.

—¡Padawans, es *suficiente*! —dijo Obi-Wan—. Sois Jedi y comandantes del *Gran Ejército de…*

—Vigila la tuya, —dijo Anakin—. Asesino de jóvenes.

—Al menos yo no salivo mientras lentamente los *aso ensartados* en mi sable láser, *Elegido*.

—No, tú simplemente los abandonas… como lo hiciste con Tia y Nial.

Entonces sucedió.

Las palmas de Halagad chocaron contra el pecho de Anakin, y él se tambaleó hacia atrás… aún aferrándose al Medallón de Honor. La cadena de aurodium de la medalla se resistió valientemente, luego… *chas*.

Todo fue silencio, mientras los tres Jedi miraban perdidos al disco dorado en la mano fría, mecánica de Anakin.

Y entonces… el rebote.

Halagad tiró del arma del Jedi de su cinturón e, interceptando los ojos de Anakin, *aplastó* la espada láser azul prestada con hasta la última fracción de su poder a los pies del otro Padawan. Anakin saltó instintivamente mientras algo en su sable láser *estallaba* mientras golpeaba el suelo. Halagad entonces agarró su propio sable láser de la cintura de Anakin, alejándose incluso mientras el cilindro daba la voltereta en el aire hasta su mano vendada, desfigurada.

Obi-Wan estaba fuera de sí… y estaba a punto de reprender a Halagad cuando Anakin, evaluando su arma dañada, ofreció su propio análisis cándido de la situación.

—*¡HIJO DE PERRA DEL CIENO FORNICA-GUSANOS!*

Palabras. Un farfullo progenitor sólo en el sentido más literal.

Pero con las cosas yendo fuera de control en espiral, Obi-Wan ahora se volvió para reprender a *Anakin*…

Y ahí fue cuando vino el inequívoco relato crispado de un siseante *chas…hiss*.

Pese a la mirada de sorpresa en la cara de Anakin, reaccionó en un borrón difuso. El Medallón de Honor se deslizó de su mano mientras sus brazos se entrecruzaban, atrapando su sable láser a sus pies y el de la cintura de Obi-Wan telekinéticamente, encendiendo ambas espadas azules en una X defensiva incluso antes de que la medalla hubiera besado el suelo.

Aún así, la infernal carga de Halagad fue simplemente demasiado poderosa.

El hierro de energía de jade cayó chocando, devastando la defensa de Anakin mientras su propio sable láser dañado chisporroteaba instantáneamente y moría. Conforme su espalda golpeaba el suelo, su brazo mecánico hizo un agarre mortal alrededor de la espada de Obi-Wan mientras ambas espadas brillantes, la suya y la de Halagad, lanzaban chispas a un pelo del corte —*la diana*— en la cara de Anakin, el rostro de Halagad retorcido en una ira maligna.

—¡Mi madre *PERRA DEL CIENO* está *MUERTA*! —gruñó Halagad—. ¡Mi padre *FORNICA-GUSANOS* está *MUERTO*! *Fueron…* ¡FUERON *COMIDOS VIVOS*! ¡Por ese… engendro del mal psicótico, putrefacto, *hinchado de estiércol* que mandé al Molator! —La devastación inundó sus ojos—. ¡¿Lo entiendes?! *Arrogante, esclavo bastardo con corazón de piedr…*

Nunca terminó. Para Anakin, el *sensible* Anakin —nacido en la esclavitud, hijo de la profecía, un hombre completamente incapaz de dejar morir o morir ante sus verdades infantiles— se había guardado todo su *miedo* venenoso, toda su *rabia* inmoladora, todo su *sufrimiento* devorador —su secreto más profundo, más desesperado y sofocante— para el final.

—***¡ELLA <u>MURIÓ</u> EN MIS BRAZOS! ¡RECHAZO DE JEDI GIMOTEANTE! <u>¡PERO AL MENOS TÚ</u>*** **<u>TUVISTE</u>** ***<u>UN PADRE!</u>***

Palabras… sólo palabras.

Pero *explotaron* de Anakin con la energía sísmica desenfrenada del poder de mil volcanes. La carga psíquica *estalló* en Halagad por el aire y casi le empaló con su propio sable láser mientras volaba desde su agarre mutilado.

Como un trueno, Anakin se lanzó en pie sobre su indefenso hermano Jedi, el sable láser de Obi-Wan en mano. Lanzó la ardiente espada láser hacia atrás y por encima de su cabeza como la aparición de la muerte…

—*¡ANAKIN! ¡ANAKIN, NO!*

…y *gritando* hacia abajo.

Un *crack* implacable golpeó todo el cuerpo de Anakin, como una flota de avispas colosales del tamaño de naves estelares suicidándose hacia la luna, haciéndole patinar sobre la mordaz gravilla.

Obi-Wan bajó la palma de su mano derecha inquieta mientras Anakin alzaba la mirada, los ojos salvajes con recriminación.

—¡¿Habéis perdido la *cabeza* por completo?! —dijo Obi-Wan—. ¡Apagad vuestros sables láser, y dádmelos! ¡*Inmediatamente*!

Al principio ninguno Padawan se movió. Sólo estaba el zumbido calcinador del sable láser de Obi-Wan en la mano de Anakin, la espalda de Halagad en el suyo, y la hoja de Anakin furiosamente escupiendo chispas entre ellos, frenéticamente tratando de volverse a encender.

Los combatientes se evaluaron el uno al otro como dragones krayt rivales, jadeando y lanzando un aliento caliente.

Entonces, la melodía acuosa de la retirada sonó mientras Halagad apagaba su sable láser.

Anakin inmediatamente hizo lo mismo, y en el momento se alzó en pie. Pero mientras Halagad se levantaba, él le entregó su arma a Obi-Wan primero. Sus ojos hemorrágicos se encogieron en rendijas oscuras sobre Anakin… pero, antes de un momento, se suavizaron en algo casi simpático.

—Al menos, —dijo Halagad—, tú *tienes* un padre.

La afirmación flotó en el éter mientras Halagad se volvía señaladamente hacia Obi-Wan, interceptando sus iris ahumados… el general Jedi encontrando su mirada con una neutralidad disciplinada.

Halagad apartó primero su mirada llena de sangre y, con su mano buena, recogió su medallón del suelo.

—¿*Todo bien por ahí, General*? —dijo una voz por el comunicador de Obi-Wan.

—Asuntos Jedi, —dijo Obi-Wan—. Todo está bien, Cody.

Pero Halagad ya estaba marchando —cojeando— hacia el cañonero de la República.

Anakin alzó su mano en la dirección del otro Padawan.

—¿Va simplemente a dejarle *librarse* así?

Obi-Wan se volvió hacia Anakin. La palma extendida.

—*Dámelo*.

Anakin vaciló, sus ojos perforando los de Obi-Wan. El salvajismo se había ido de ellos, pero en su lugar, Obi-Wan reconoció un vacío terriblemente inexpresivo… como si su aprendiz le estuviera evaluando.

…Pero el mentón de Anakin se hundió, y él entregó el arma de su maestro.

Obi-Wan ancló ambos sables láser a su cinturón. Se agachó y cuidadosamente agarró la espada rota de Anakin… retirando su célula de energía sin esfuerzo.

—Anakin, puede que seas o puede que *no* seas El Elegido, —dijo Obi-Wan, su tono duro como el duracero—. Pero si *alguna vez* actúas así contra un hermano Jedi de nuevo, ciertamente *no* serás ningún hermano *mío*.

Obi-Wan sintió una severa sacudida de miedo recorriendo al joven, y tuvo que reprimir el sentimiento de culpa que cortó a través de su corazón. De repente, la reprimenda del Consejo Jedi contra los apegos tenía sentido perfectamente.

Volviendo su espalda hacia Anakin, él también fue hacia la nave.

Pero no había dado ni una docena de pasos cuando el tono resentido de su alumno estiró la distancia como un lazo.

—No soy *ningún niño*, Obi-Wan, —gritó Anakin—. ¿Cuándo recuperaré mi sable láser?

Obi-Wan se detuvo a medio camino, el sable láser de su Padawan aún aferrado a su puño. El joven maestro pareció volverse con un cuidado inquietante hasta que finalmente aquellos ojos plateados, viejos más allá de su edad, atravesaron a su alumno con una mirada que podía fisionar un átomo nuclear.

El desafío de Anakin flaqueó… ni por un segundo.

Entonces, con una extraña mirada de tristeza, Obi-Wan se volvió hacia la nave… un hombre incapaz de resignarse ante una terrible verdad inevitable.

***

Anakin estaba solo, silenciosamente observando los imposiblemente altos picos de Skye. Exhaló un aliento pesado, entrecortado.

De repente, sintió tener nueve años de nuevo… preguntándole a Qui-Gon qué era un midicloriano.

—¿Ani?

Por medio segundo, imaginó que la voz era la de Padmé. Pero cuando Anakin se giró, sólo vio a un ángel frágil y maltrecho.

—Estás *viva*… —dijo él.

Anakin puso sus ojos sobre la chica —sus dedos agarrados con inseguridad en los nudillos internos de los dedos opuestos, la piel lima adolescente de Kharys quemada, cortada y fuertemente magullada, sus alas desgarradas y su pelo empapado de sangre— esa pequeña marca en forma de pera marcando su mejilla, esos vívidos ojos verdes golpeados por…

Miedo.

Fue al final, para Ani, demasiado.

Un instinto infantil le agarró inesperadamente. Anakin bajó la cabeza, los ojos ardientes, apretando la mandíbula con todo su poder incalculable… determinado a no ceder a la naturaleza, sin importarle si todos sus dientes se destrozaban.

—¿Qué pasa? —preguntó la chica.

—Nada, —dijo él—. No pasa nada… —cuando finalmente él alzó la mirada, logró formar una sonrisa—. ¿Cuánto tiempo has estado ahí? No te percibí.

—Un rato, —dijo ella, señalando a un gran peñasco—. Estabas… distraído.

—Temía… que te hubiéramos perdido.

Ella entrecruzó los dedos.

—Detoné el misil de conmoción, con la Fuerza del Gran Viento… pero el estallido aún me golpeó. Me di contra las rocas y me quedé inconsciente.

—Tú nos *salvaste*, —dijo él.

—Tú trataste de salvar a mi padre… tenía que volver.

Él asintió.

—Tu padre tenía razón… serás una gran matriarca.

Ella sonrió.

—Yo… te vi pelearte con tus hermanos Jedi, —dijo ella—. ¿Estás bien?

—No son mis hermanos. No realmente. —Sus brazos cayeron a sus laterales mientras se volvía de nuevo hacia las infinitas sierras. Su mano izquierda se movía inquieta, un reflejo nervioso de sus días como esclavo de Watto—. Yo sólo… echo de menos a mi madre.

—¿Y a tu padre?

—No. Yo no tengo de eso.

Kharys se quedó en silencio. Pero Anakin conocía bien ese silencio. Un silencio tan exacto que se traiciona a sí mismo como el artefacto de la deshonestidad.

Cuando se volvió hacia ella, unas perlas de cristal estaban silenciosamente abriéndose paso a través del laberinto de heridas de su cara joven, hermosa.

Caminando hacia ella, Anakin tomó sus manos.

—Kharys, —dijo él—, te lo prometo, cuando acabe esta guerra… encontraré una forma de que te entrenen como Jedi.

Alzando la mirada, sus ojos ondulantes esmeralda buscaron los suyos.

—Una Jedi… ¿Como tú?

—Como yo. ¿Te gustaría eso?

La cara de la chica se encendió con emoción. Ella pasó sus brazos alrededor del cuello de Anakin, envolviéndole de cabeza a espinillas en el suave cuero de sus alas.

—¡Sí!

—*Gua*, está bien, —dijo Anakin—. Está bien. Bueno, mientras tanto, quiero que seas paciente. Como una *buena* Jedi. Vuelve con tu clan, y tan pronto como pueda… volveré a por ti.

—¡Está bien! —dijo ella—. ¡*Está bien*!

Sus alas gigantescas infligieron una poderosa sacudida, y de repente Kharys se disparó hacia arriba hacia el cielo melifluo y alejándose, como si pretendiera hacer inmediatamente lo que él le había dicho.

Sólo, mientras Anakin ponía su mano sobre su ceño, escudando sus ojos de los rayos de Marat Prime, la vio flotando en el aire. Sus alas golpeaban rítmicamente mientras una mirada de indecisión cruzaba su cara.

Entonces, antes de darse cuenta, la chica bajó en picado y presionó sus labios contra los de él.

Durante un pálpito, sus ojos esmeralda ribetearon en su azul cielo. Entonces la joven salió disparada de vuelta al firmamento, dirigiéndose hacia uno de los picos distantes en el vasto paisaje… sin mirar nunca atrás.

Anakin estaba entonces solo de nuevo entre los interminables sistemas de montañas de Skye.

Él sonrió… inconscientemente flexionando su mano prostética. Entonces él también se volvió y se dirigió hacia la nave.

Su reina le estaba esperando.

POSTLUDIO

En los confines más lejanos de la galaxia, profundo en la principalidad conocida para una selección como los Mundos Oscuros…

En el corazón del opulento palacio Rennek, envuelto en vestimentas no distintas de aquellas de los Centinelas Magos de Onderon…

En un inmenso trono de aurodium, incrustado de joyas… reposa un monstruo de similares dimensiones y apetitos sin prejuicios.

Sosteniendo una bandeja de ionita junto a él, llevando una botella de vino de especia, un lado de diamantes arkanianos que hacían la boca agua, y una pila de carne cruda había un soldado estoico, de pelo blanco y sin pigmentos. Un mercenario, para ser preciso.

—Ya sabes que Mongo Beefhead no es bueno para ti, —dijo el Guardia del Sol.

Armado con un par de bastones excavadores asogianos, el monstruo pinchó un único diamante de la diminuta montaña de joyas en su plato… escudriñando con ojos dorados, por ventura, en busca de imperfecciones.

Un autómata destripado, azul real, entró en la cámara, deambulando con una brusquedad que delataba su apariencia tensa, robóticamente musculada… empujándose junto a los cientos de cuerpos suspendidos que perfilaban la sala del trono.

Conforme el droide de combate se inclinaba teatralmente ante su amo, el monstruo al fin deslizó la gema arkaniano por su buche repulsivo, como el de un dianoga… liberando un suspiro profundo.

—¿Qué noticias traes, Tark Azul? —preguntó esa base de óxido de rejilla.

—Lamento informar a mi Magistrado, —dijo el droide táctico con preámbulos, estereofónico y femenino—, de que los Caballeros Jedi han destruido a los drones.

—¿A todos ellos?

—El señuelo transgénico acelerado también, señor.

El thyrsiano de pelo blanco junto al trono, estudiando las filas de cilindros de clonación que perfilaban la cámara con sus propios rasgos cenizos, se aclaró la garganta.

—Hombre… —se aventuró sobriamente el Guardia del Sol—. …droide y monarca por igual no es sino una composición de tecnicismos. Ensalzado por sus promesas. Para citar a ese gran pensador, Plaristes.

—Ay… —replicó el monstruo—. …el tiempo, el insignificante tiempo, es ese mismo tirano ante el cual *todos* somos humildes. —Limpiándose su boca infernal, extendió una mano pantagruélica—. Ahora, Sarsius, mi arpa drumheller, por favor, ya que tengo una promesa que cumplir… a un Lord Oscuro.

El mercenario voluntarioso hizo lo que le ordenaron.

Mientras unos dedos monstruosos movían las cuerdas de ese maravilloso instrumento, un sonido melifluo tal y con la intención de ser sólo para los oídos de los dioses del espacio *llenó* la cámara… llegando, por la ciencia alienígena, a todos los mundos de este barbárico reino… y emitiendo en la galaxia conocida por *todos* sus ciudadanos… en cada

hogar, en cada lugar de trabajo y en cada plaza, en cada comedor y establecimiento, y cada nave estelar y cada vehículo… para *disfrutar*.

Y en esa tormenta de rapto melódico, Sarsius Torne reflejó sabiamente:

—Nunca… mandes a un clon hacer el trabajo propio de un antropófago.

Y mientras el *primer* planeta de la República prometido moría, ahogándose en plagas…

El monstruo… tocaba.

Fin



Sobre el autor

Abel G. Peña es el autor y co-autor de numerosos trabajos de ficción y no ficción de *Star Wars*, incluyendo *El mal nunca muere: Las dinastías Sith*, *La historia del General Grievous* y *Vader: la guía definitiva*. También es conocido por prestar su aspecto al personaje Jedi Halagad Ventor para representaciones oficiales. Escribe el blog VIP de StarWars.com *¡Sólo los Sith tratan con absolutos!* y hace un buen show en www.abelgpena.com